

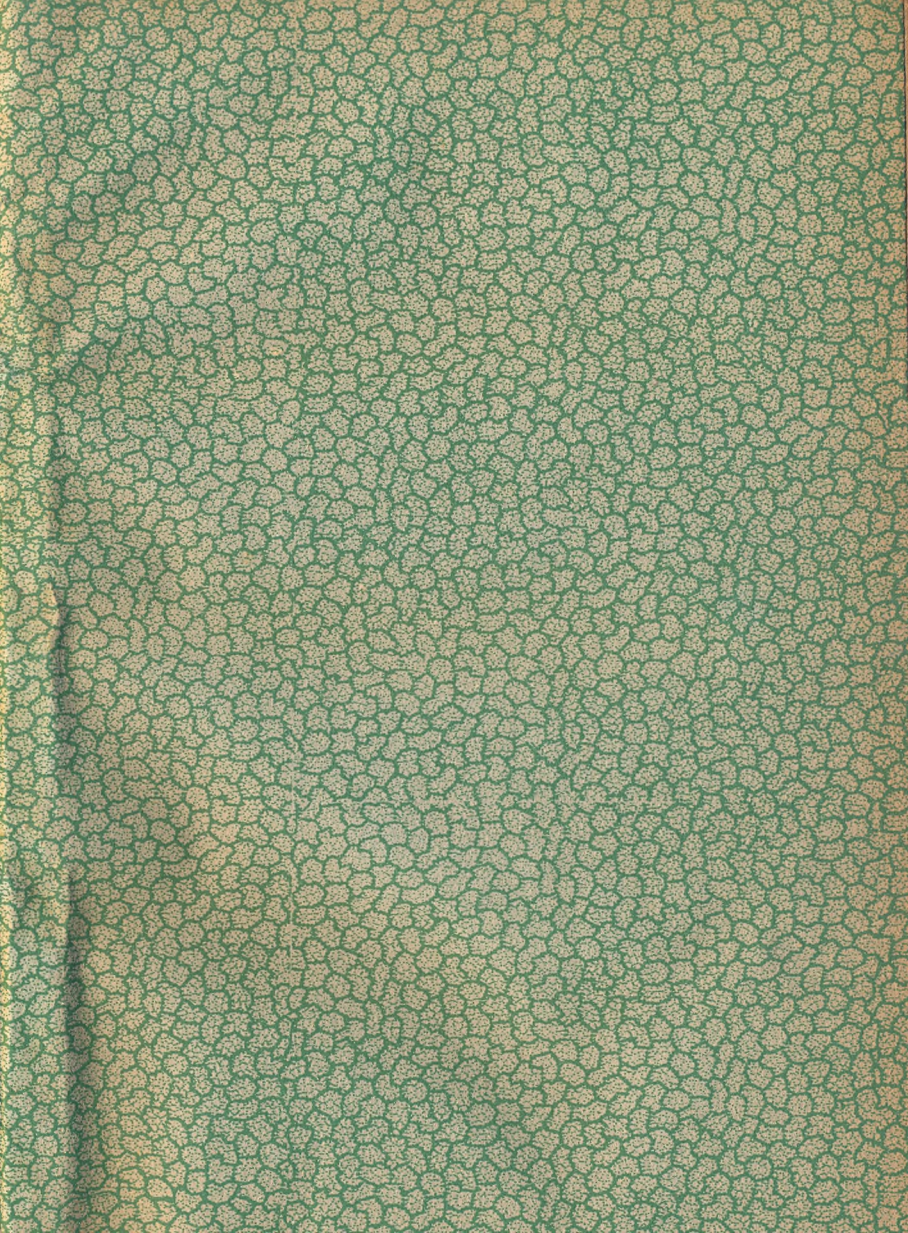
NIN FRIAS

ALEXIS

132.7546

N





132.754.6

N

T: +

62



ALEXIS

— o —

EL TEMPERAMENTO
HOMOSEXUAL



PROF. ALBERTO NIN FRIAS

ALEXIS

EL TEMPERAMENTO HOMOSEXUAL

(UNA TEORIA ACERCA DEL ORIGEN DE ESTA
ANOMALIA DE LA VIDA SEXUAL, CON EL ESBO-
ZO DE UNA PSICOLOGIA DEL HOMOSEXUAL)



COLECCION CLARIDAD

"BIBLIOTECA CIENTÍFICA"

BUENOS AIRES

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Ensayo sobre Taine (en Francés) 1900; sobre una Sociedad Internacional para propagar el idioma y la literatura Españoles (llamada "Sociedad Cervantes", de la que es fundador); Ensayos literarios e históricos (entre los cuales se encuentra una refutación al estudio del Profesor Rodó sobre la civilización Americana del Norte), 1902; Nuevos Ensayos de crítica e historia, 1904; segunda edición revisada del primer libro de Ensayos literarios e históricos, 1907; Ensayo sobre el nuevo movimiento social del Dr. Josiah Strong, 1909; ídem sobre la República de Platón desde el punto de vista sociológico; ídem sobre el interés filosófico del "Sueño de una noche de verbená"; ídem sobre la filosofía de la vida, tal como lo describe "Como gustéis", de Shakespeare (todos estos estudios están escritos en Inglés); "Ensayos sobre la Religión", siendo éstos un análisis sobre el idealismo desde el punto de vista cristiano; "Carta a un escéptico"; "El árbol", 1910; estudios sobre la naturaleza, que contribuyeron mucho al establecimiento del "Día del Arbol" en el Uruguay en 1899 y más tarde en España; "La Fuente Envenenada", 1911 (Novela psíquica dentro de las ideas "New Thought"); "Sordello Andrea", 1912 (sus ideas y sentires, novela autobiográfica, llamada el "Wilhelm Meister Español", una síntesis hermosa de aspiraciones hacia la nueva vida del espíritu en el sentido Hegeliano); "Marcos, el amador de la belleza" (novela que trata de la familia Médici durante el Renacimiento de Florencia y que ha sido llamado "un libro de oro" para la juventud de América); "Un Huerto de manzanas", 1917 (estudios sobre la educación desde el punto de vista de la naturaleza); "El carácter inglés y la novela", 1924. Páginas escogidas de los libros de Alberto Nin Frías, 1923; S. José de Costa Rica. "Repertorio Americano", "Ariel", de J. E. Rodó, publicado con introducción, notas y vocabulario en inglés, por A. Nin Frías y J. D. Fitz Gerald, 1928. Boston; "Alexis" o el significado del temperamento urano (Madrid); "El Homosexualismo Creador" (Madrid); "El Culto al Arbol".

EN DEFENSA DE MIS LIBROS

EL DRAMA DE LOS OPUESTOS

"ALEXIS o EL SIGNIFICADO DEL TEMPERAMENTO HOMOSEXUAL Y "EL HOMOSEXUALISMO CREADOR O LA AMISTAD ROMANCESCA A LO LARGO DE LAS EDADES"

Las consideraciones que siguen, a fuer de un alegato de la pureza de mi intención y de la honradez de mi propósito al estudiar el problema intersexual, pueden tomarse asimismo como el prólogo de un nuevo drama filosófico: "El Drama de los opuestos" cuya fábula es la honra de un hombre de estudio y de un artista.

Tras toda cosa exquisita existe algo trágico, y este pensamiento del cual sobreabundan los ejemplos en las vidas de los pioneers de las artes y de las ciencias, resulta doblemente verídico, en el ambiente de frivolidad ideológica de que adolece la América Ibérica. El delito de pensar, de investigar es de los que menos perdona una sociedad carente de espontaneidad y de esa cultura sin la cual la vida social, sólo se atisba a través del agujero de la llave.

Los temas intersexuales constituyen, según el criterio iberoamericano, lo intocable. Es lícito y hasta deseable, para la venta de una obra, el sugerir cosas pornográficas, mas el escritor ha de evitar cuidadosamente el filosofar sobre estas cosas que han de dejarse para los espíritus nortños. Jovier Morata, mi gentil e inteligente editor, decía a raíz de mi desazón por el silencio de la crítica ante mis libros: "si los hubiera escrito usted con un apellido anglosaxo o escandinavo, el éxito hubiera sido resonante."

El expresarse en castellano es una terrible cosa para el pen-

sador o el filósofo, por que ya de antemano se descarta que el español o el hispanizante, puedan pensar sabiamente.

Mas, preciso es convenir, que esta postura del mundo de la ciencia hacia nosotros, es un fruto de las fuerzas ambientales ibero-americanas que viven empeñadas en disminuirse a expensas del extranjero. Los intelectuales de aquende el océano, no han llegado aún a gobernarse perfectamente a sí mismos; sólo avizoran lo que acontece en lugares muy distantes, y se aplican en todo momento a engañarse a sí mismos y a extraviar con su indiferencia y egoísmo a los escritores de buena voluntad. Angustia y azoramiento he sentido cuanto me he capacitado de la indiferencia insólita que se ha hecho en torno a mis dos libros, y esos pesares se han acrecentado cuando me ha sido dado conocer la opinión de un hombre esclarecido y principal, por su ciencia y virtud, sobre ellos, en todo conforme al sentir honrado y limpio que los dictó.

Veamos cómo en parecidos trances se condujeron los colegas de un escritor, cuando una crítica ultramontana y la censura puritana inglesa, desnaturalizaron sus intenciones, y ésta última suprimió la circulación de la primera novela que describe pródigamente el homosexualismo femenino: "The Wells of Loneliness": "La cisterna de la soledad". Arnold Bennet, George Bernard Shaw y H. G. Wells, se apresuraron a condenar tal decisión en la prensa. Luego, unos cuarenta escritores, de los más encumbrados por el "consens gentium" suscribieron una carta en la cual se aseveraba que, juzgadas con el criterio de un puritanismo medioeval, habrían de suprimirse desde "Los Sonetos" de Shakespeare hasta "Tess of the D'Urbervilles" de Tomás Hardy. No se dió por resuelto el asunto; comparecieron ante el Juzgado de Bow Street, dos eminencias médicas mundiales y muchos clérigos para atestiguar que no podía aplicarse a la novela el mote de obscena ni que su lectura pudiese depravar o corromper al leyente. Y, como gesto final de solidaridad entre caballeros y damas sólo movidos por la belleza y la verdad, Havelock Ellis, uno de los más autorizados explanadores del homosexualismo, precedió de un significativo comentario la edición estadounidense de "La Cisterna de la Soledad". Entre otras cosas el anciano médico, cuyos libros mandó quemar el año pasado un magistrado londinense pundonoroso en exceso, subrayó la notable significación psicológica y sociológica de la obra de la señorita Radclyffe Hall, realzando de paso el arte consumado con que la novela había sido realizada. Señala el autor de "El alma de España", "la situación de ciertos individuos,

—que siendo distintos de sus semejantes, revelan a menudo un carácter elevadísimo y las aptitudes más admirables,— en el mundo hostil en que se agitan, situación que no sólo presenta dificultades sino que engendra problemas que aún están por resolverse.”

La mentada novela, escrita en un inglés impecable y armonioso, ofrece el cuadro más vívido y el más sincero de un aspecto doloroso de la vida sexual en que el sujeto se siente justamente la víctima de uno de los caprichos de la Naturaleza. El sentido de abandono, de soledad, de desesperanza ha sido retratado por la novelista con un hondo sentido de la realidad.

Quién me hubiera dado el haber sido inglés en el momento de escribir estos dos libros que me han llenado de pesadumbre y han aumentado la incomprensión que existe acerca de mi obra y de mi vida solitaria, por falta de las amigables costumbres de una vida camaraderil.

¿Por qué hemos de considerar como anormal, lo que es tan sólo poco común y ajeno a nuestro íntimo modo de ser o de reflexionar? El vocablo anormal es genuinamente humano; la naturaleza lo desdén, para ella, todo es normal, desde el momento que acaece una cosa. La excepción confirma la regla. Cada cual es un microcosmos y debe ser juzgado de acuerdo con las leyes de su órbita.

Desde que la biología asigna al uranismo una base orgánica, constitucional, huelgan las discusiones teológicas fulminatorias que parten del principio de que el individuo, es el solo responsable de su desvío o de su diferenciación del consenso común.

Fuera de los médicos, son los educacionistas los que han abordado este problema, porque cabalmente se manifiesta en la adolescencia. Mi punto de mira ha nacido de mi profesión de maestro, y, asimismo de las observaciones que me sugirieron la vida de un internado internacional, del cual fui alumno durante dos años. He intentado reconstruir mi vida psíquica de adolescente relacionándola con la de otros compañeros que la vida puso en común. Desde luego, la moral sexual del internado y de esa edad, sin las sofisticaciones que la vida social aporta, luego, es muy distinta de la corriente y más vecina a los dictados de la biología. Sólo los que poseen la virilidad muy recta y normal, pueden ocuparse de tales investigaciones, porque han de ser veraces en sus conclusiones y sin ambages ni remilgos.

La teoría que he lanzado como una explicación del ura-

nismo parte, por supuesto de la única base admisible, la premisa sentada por Gregorio Marañón (1) de que el invertido es tan irresponsable de su anormalidad como pudiera serlo el diabético de su glucosuria.

Después del estudio, a través de su constitución física y de su comportamiento ante los acaecimientos de la vida, en los ámbitos psíquicos y nerviosos, y asimismo en los de la nutrición, ha de considerarse el ser humano como una víctima de sus glándulas endocrinas. Explana Leopold-Levi que el temperamento normal o el perturbado, depende de las glándulas de funcionamiento interno. Corroborar esta aserción Louis Berman, cuando estima que, si después de la pubertad en vez de degenerar el timo, conserva considerable desarrollo, y gobierna el conjunto endocrínico, se forma la personalidad timo-céntrica en la cual el timo que persiste, arroja su sombra sobre la personalidad entera. Y, finalmente si aquél predomina con preferencia; aquella glándula que en circunstancias normales debiera desaparecer o por lo menos atrofiarse a partir de la pubertad, presta al hombre manifestaciones femeninas e infantiles, y "a hombres y mujeres inclinaciones homosexuales." (Ver Louis Berman: *The glands regulation personality*, Macmillan, 1922).

Sentado que el hombre, endocrinamente considerado, debe sus características a la actividad de las glándulas virilógenas, testículo, suprarrenales e hipofisis, los intersexuales reúnen en su psicosis, las tendencias que resultan de la fórmula endocrina de la mujer y del hombre. La hiperfunción de la glándula tiroidea, rasgo característico de la endocrinología femenina, funciona de la misma suerte en el urano, originando en él, la sutileza en percibir y un estado de sobreexcitación nerviosa, condiciones que tienden a desenvolver en aquél el sentido artístico.

La moral sexual actual, a pesar de los progresos de los conocimientos biológicos, dista mucho de concordar aún con ellos. Sigue ella siendo rudimentaria para Karl Jung (2), porque se considera el acto sexual, y no a las personas y su actuación. La sexualidad no es únicamente el diablo, tolerado y patentado en el matrimonio, y reprobable en toda otra

(1) Ya, en 1897, Havelock Ellis, sostenía lo mismo (prefacio de "L'Inversion Sexuelle", v p. 271-273 opus. cit., siguiendo en esta tesis, a Westphal (1870), y al Dr. Albert Moel (1901).

(2) Karl Jung: *L'Inconscient dans la vie psychique, normale et anormale*, págs. 49-50.

circunstancia, como el mal en agraz. Ella puede perfectamente adaptarse a fines más altos, si la colocamos en relaciones con el desenvolvimiento moral del individuo."

Y, a continuación agrega: "en el fondo, pues, la batalla librada a la moral sexual hoy día, es un acto moral, pues obliga al sujeto a tener una concepción diferenciada y genuinamente moral."

Si bien Freud encarece el perpetuo conflicto entre el ego y el instinto en su matiz sexual, enuncia tan sólo una parte de una verdad, pues al afectar los instintos para satisfacerse los más variados disfraces, puede darse el caso de que manifestándose sexualmente, tienda a otras cosas ajenas a la sexualidad. Así el uranismo, sublimándose de continuo, en las naturalezas selectas se transforma en vocación artística y asimismo, en apostolado moral, religioso o meramente social. El que posee un bello ideal no puede ser malo ni perverso. Existen quienes, perturbados por el exceso de deseos efectivos, huyen del sitio donde pudieran satisfacerlos y cambian el curso de lo que a todas luces, parecía un hado inexorable.

LA TEORIA EXPUESTA EN ALEXIS Y COMPLEMENTADA EN EL HOMOSEXUALISMO CREADOR

He procurado comprobar por la introspección, de si el "Complejo de Edipo", teoría de Siegmund Freud, pudiese explicar el origen de todo homosexualismo, si bien esta exposición contiene un gran fondo de verdad, en lo relativo al apego y a la comprensión que el urano tiene de su madre, en modo alguno acierta a precisarlo todo. El instinto homosexual deriva de la bisexualidad orgánica, cosa ya definitivamente demostrada, y por ende anterior al nacimiento, y si-gue su evolución independiente de todo complejo posterior. Desafío a quien pueda dar cuenta de este desvío, de esta anomalía de la vida sexual, reflexionando como lo hace Freud, cuyo complejo supone una causa postnatal que condiciona el fenómeno intersexual. El que adolece de esta peculiaridad psíquica, está enfrascado en algo que lo sustrae a todo razonamiento sobre el origen o procedencia de su anormalidad con respecto al sentir mayoritario.

Mi interpretación excluye el complejo, por innecesario, puesto que la identificación con la madre, es un efecto y no

una causa de la anomalía sexual. El homosexual por venir o por precipitarse definitivamente en la época del trance puberal, netamente diferenciado por la agudeza de su amor hacia la madre o al padre, si el sujeto es una mujer, no es un anormal "per se", sino un ser que, al manifestarse la pubertad no egresa, sexualmente hablando, de manifestar sus afectos anímadamente. Las consecuencias de la bisexualidad fetal, desaparecen en la pubertad, cuando el ser humano, macho o hembra, se desenvuelven normalmente; no acaece esto último al tratarse del urano futuro. Mientras todo en él se transforma, la libido que se satisface en la amistad, sentir muy desenvuelto en los niños, queda estacionario.

El pueblo heleno que creó la postura científica hacia las cosas, allí donde su ciencia rudimentaria no podía develar un enigma, inventaba una fábula, una alegoría basada siempre en una intuición sorprendente. Así, para explicar la intersexualidad, idearon un garzón cuya maravillosa belleza llegó a todo su embrujo a los quince años. Llamábase Hermafrodita, lo cual significaba que sus padres habían sido Hermes, el mensajero de los inmortales y, Afrodita, la encarnación de la hermosura femenina. Al bañarse en una fuente le divisó la ninfa Samacis e inmediatamente se prendó del tímido adolescente. A fin de no separarse jamás de él, solicitó la ninfa de los dioses que hicieran uno solo de sus dos cuerpos. Su ruego fué favorablemente acogido, y desde ese momento los seres bisexuales se designan con el nombre del mísero adolescente que no pudiendo acoplarse a la ninfa como varón, se identificó con ella.

Este esquema mitológico encierra todo el contenido de la unisexualidad; nótese bien que la hebefrenia que le arrebató al hijo de Hermes su futura definición sexual, ocurre con precisión matemática en el momento decisivo. Y, asimismo, el arrebatado impulso de que es presa la ninfa, representa la excesiva ternura de la madre para el vástago que tanto se le parece psíquicamente. El amor a la madre que pudo ser incestuoso, se transforma así en piedad maternal.

Malgrado cuanto ha hecho la ciencia médica por fijar la posición del tipo urano en el cuadro fenomenal de la naturaleza, aquél no puede amar con sinceridad, sin herir las convenciones sociales.

La concepción a que daría yo el nombre del "Complejo de Hermes" es en cierto modo más lógica, más de acuerdo a la naturaleza que la de Siegmund Freud, pues explica el génesis de este sentir biológico y psicológico, de esta básica

anomalía de la vida sexual, fuera del ambiente de las perversiones, si por éstas últimas, hemos de entender actividades calculadas para producir males conscientes.

En resolución, el uranismo fuera una forma intermedia del desarrollo sexual con fines de reproducción, una etapa transitoria de la actividad sexual que el urano congénito no ha de sobrepasar, sin dañar su propio ser. ¿No podría darse que este sentir fuera una defensa de la misma naturaleza para impedir la reproducción de los que no son aptos para una vida social normal? A no considerarse estos acaeceres como yo los expongo, fuera extremadamente fácil a cualquier hombre o mujer, el convertirse a esta intimidad erótica.

El alma está ausente en esta clase de allegamientos, cuando los participantes, no son uranos.

Todo ser humano, atravesaría hasta los umbrales de la pubertad, un período urano, más o menos acusado en su intensidad, pasado el cual todo varón o hembra de venidera definición heterosexual, dejaría de serlo automáticamente, por así decirlo, mientras que el urano esencial, permanecería estancado en dicho tramo, para toda la vida.

POR QUE LLEVA ESTE LIBRO EL TITULO DE "ALEXIS"

Corydón, acaudalado hacendado de Sicilia, se enamora de su joven zagal, Alexis. Al sentirse rechazado el dueño en sus ardores afectivos, brinda al atractivo mancebo toda suerte de halagos materiales para vencer su antipatía amorosa.

Alexis desvía airado el "vehemente amor" del pastor Corydon, y le señala que en su delirio ha descuidado los útiles trabajos que dan vida a sus ganados y lozanía a sus vides. Corydon justifica su pasión con esta máxima diáfana y simple: "Cada cual se desliza por su pendiente, en pos de la afición que le arrastra."

Este episodio, asoleado por los encantos de la vida pastoril, lo refiere Virgilio en la segunda de sus églogas. Aun el severo Macaulay prefería esta bucólica, a todas las demás del "Cisne de Mantua".

Al dar a mi ensayo interpretativo del temperamento urano, el nombre del bello zagal, he querido precisar con ello, que mi ideario acerca de una posible y plausible explicación de este intrincado problema biológico, se inclina a la postu-

ra del donoso adolescente, sincero y leal consigo mismo. Advierte Alexis a su dueño, que toda vez que el urano entra en delirio de la urgencia amorosa, pierde algo de su nobleza, de su idealidad, y puede arrastrar al hombre al abandono de sus más preciados afanes prácticos.

Estaba acaso el desdeñoso doncel por adolecer de este secreto mal de amores, cuya dulce languidez tan bien cantó Virgilio, pero, entre tanto, sostiene con su resistencia que si ha de caer en semejante afición, ha de ser por experimentarla en lo más hondo de sus entrañas, y en modo alguno, por rendirse ante el halago de bienes materiales.

Esa es mi postura ante el uranismo, que si deriva de una base orgánica, es irresponsable e ineludible. Sentido el transporte del amor como lo experimenta Alexis, cauto y prudente, si ha de seguir la pendiente de Corydon, ha de ser esa modalidad, fuente de bienes, y no el origen de reprochables escándalos.

No ha de torcerse el instinto, ello sería substituirse a la sabia naturaleza, y producir neuropáticos, pero sí encaminarlo y transformarlo, por sublimaciones sucesivas a cosas más puras, más útiles, más elevadas, que una mera satisfacción deficiente del instinto genésico.

* * *

Oye en estos momentos el prologuista, las murmuraciones de los tramoyistas a quienes urge arreglar el escenario para que puedan platicar las protagonistas del drama.

* * *

El prologuista termina la defensa de su libro, solicitando que no se juzgue a hombre alguno a través de los problemas que procura dilucidar y, recordando el apotegma de un renombrado jurisconsulto anglo, sir Edward Clark, aconseja al público que no desconcierte al autor de una obra intelectual achacándole las calidades de los caracteres que ha sacado a luz.

Y, con voz vibrante, que sale del fondo de su ser, se despidе del auditorio con esta máxima de una nueva Biblia:

"Quienquiera seas tú, desarrolla en tu pecho el hombre que allí se agita en germen e elimina a la Mujer (esto es, el instinto), que, hartо a menudo, comparte tu desenvolvimiento." (1).

(1) Glosa de un pensamiento de Winniger.

EL DRAMA DE LOS OPUESTOS

DRAMATIS PERSONAE:

El prologuista o sea el autor de "ALEXIS": este personaje permanece mudo mientras todos hablan, semejante a un nuevo San Sebastián sujeto al tronco de un árbol para servir de blanco a sus amigos y enemigos.

El Católico Rev. Padre Ventura Chumillas.
 El Protestante Dr. Manuel Núñez Regueiro.
 El hombre de ciencia Dr. Gregorio Marañón.
 Otro hombre de ciencia más, sudamericano Dr. Lázaro Sirlin.

El Dramaturgo D. Jacinto Benavente.
 Un intelectual izquierdista en extremo D. Raúl González Tuñón.

Un escritor costumbrista cubano D. E. Roig de Leuchsenring.

Un galeno trasnochado, amigo de Gil Blas Dr. A. San de Velilla.

Este personaje por lo procaz de sus juicios y lo anti-científico de sus opiniones, está movido por un inquistorial "odium theologicum". En los siglos trece, catorce, quince y dieciséis, este individuo hubiese sido el director del auto de fe que hubiera acabado con el desdichado teorizador del "Complejo de Hermes".

Una víctima del capricho de la Naturaleza, a quien ha confortado la lectura de "Alexis" y de "El Homosexualismo Creador" Ignotus.

El Barón de Charlus que regresa del vallecito infernal danés por breves momentos para opinar . . Marcel Proust.

Un editor de libros de medicina Xavier Morata.

Un profesor de enseñanza secundaria, dotado de una insaciable inquietud mental Emilio Gouchon Cané.

Un músico curioso y culto . . Profesor Carlos Ramos Mejía.

Un hojeador lijerísimo de los últimos libros (este personaje representa la fobia hacia todo lo nativo, parte él del principio que ningún argentino o ibero-americano puede pensar por sí mismo) Lucas Godoy.

Radclyffe Hall, la autora de la novela "La Cisterna de la Soledad" Radclyffe Hall.
 Havelock Hellis, el patriarca de estas disciplinas.
 Charlotte Haldane, la autora de la novela "Man's World",
 "El Mundo del Hombre" Charlotte Haldane.
 Alegorías muy ibero-americanas: el odio a primera vista; la conspiración del silencio: dos personajes mudos que están impedidos de alternar y dialogar con los demás personajes del drama, porque están atascados de avisos, el único alimento que los sostiene El Dios Janus.

ACTO PRIMERO Y UNICO

La escena representa un delicioso claro de un bosque, donde esta extraña caravana heterogénea ha ido a pasar el día; después de un sabroso almuerzo, se sienten los excursionistas en vena de hablar del prójimo. Un espíritu inflexible, más por la menesterosidad de su ministerio que por los impulsos de su corazón, recto y sano, inicia el debate.

DON VENTURA CHUMILLAS. — Es "Alexis" un libro bien escrito, esmeradamente escrito, en una prosa clara, de gran naturalidad y sencillez, pulcra, fácil, fluída y ondulante. La prosa del señor Nin Frías se lee con verdadera fruición.

Pero la materia sobre que versa "Alexis" es escabrosa, demasiado escabrosa . . .

De los muchos artículos que he escrito en mi vida para periódicos y revistas, no recuerdo ninguno que haya sido sobre tema tan escabroso y delicado como el presente. La materia de que trata "Alexis", y de que voy a ocuparme, no sin cierta repugnancia —la verdad— es materia más a propósito para tratarla en alguna revista científica que en "El Pueblo".

No en la Argentina —que es donde en la actualidad reside don Alberto Nin Frías—, sino en España, en Madrid, ha sido "Alexis" editado y el origen de este libro fué una conversación que este escritor tuvo sobre asuntos de educación escolar con el doctor Sáinz Rodríguez, un excelente expositor y tratadista de la historia y de la mística españolas.

A los pocos días de aparecer "Alexis", dijo el doctor Marañón que "esta obra será en adelante imprescindible para el estudio del problema homosexual. "Don Jacinto Benavente

felicité efusivamente al señor Nin Frías por la publicación de tal libro, y habló de que el doctor Marañón "*a pesar de ser de los más comprensivos, no acababa de comprender bien la parte ideal, psíquica del problema.*"... También aquí en la Argentina ha sido "Alexis" calurosamente elogiado por el doctor Manuel Núñez Regueiro, profesor en filosofía en la Universidad del Litoral; y hace poco, en un periódico de Buenos Aires, se ha dicho del libro de Nin Frías, entre otras cosas, que "puede considerarse como un tratado de amor".

Efectivamente, es un tratado de la psicología del amor, escrito con talento, pero no a la luz de la verdadera filosofía y de un criterio sano. El señor Nin Frías ha tenido muy poco en cuenta lo que la filosofía y la moral católicas expresan acerca del asunto que él expone en "Alexis".... No parece sino que don Alberto Nin Frías sólo se hubiera propuesto, al escribir "Alexis", idealizar, poetizar y hasta disculpar antinaturales aberraciones y monstruosidades ante las que se sienten heridas y conculcadas la naturaleza y dignidad humanas...

Deslumbrado el autor por las actitudes mentales de algunos biólogos, médicos, filósofos y novelistas estadounidenses, alemanes, ingleses y escandinavos, cree, como Carlos Lalo, que *las civilizaciones latinas no están aún maduras para el estudio científico y desinteresado de los problemas sexuales*"; cree que, sobre todo, en los pueblos hispanoparlantes, el uranismo no es considerado suficientemente en su aspecto científico y transcendental, y que hasta ahora no ha sido discernido este asunto de las pasiones anormales leal y objetivamente.

Sobre erotismo se ha dicho ya todo lo que hay que decir. La filosofía católica, y la misma Teología no rehuyen, señor Nin Frías, el estudio y dilucidación de esos problemas.

Soslayando el tratar a fondo la idea capital de "Alexis" y también muchos de sus matices y detalles, porque no es posible hacerlo en un periódico de la índole del presente, sólo me atendré a señalar someramente al señor Nin Frías algunas obras donde encontrará mucho y bueno acerca de la materia sobre que versa su libro.

Cervantes, en el prólogo de la primera parte del *Quijote*, dice: "Si trataredes de amores, y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, "Del amor de Dios", donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare a decir en tal materia".

Advierto al señor Nin Frías que no repare en el título

"Amor de Dios", pues el Padre Fonseca, para hablar de Dios, habla de todos los linajes y diferencias de amores. Aunque, claro está, el señor Nin Frías no hallará en el Padre Fonseca *las platónicas filigranas ideales y refinamientos psicológicos* que acaso busque.

Ya que veo que don Alberto Nin Frías hace citas en latín, que conoce bien a Virgilio y a Horacio, y que es hombre de gran cultura y erudición, lea al doctísimo Meibomio, el famoso médico alemán que en siglo XVII escribió en latín sobre lo mismo de que trata "Alexis", y que acaso pueda muy bien decirse de él que agotó la materia. También hallará algo sobre el particular en una obra recientemente publicada por un sabio redentorista, el P. Luis Wouters, y titulada "De virtute castitatis et de vitiis oppositis". Lea don Alberto Nin Frías este tratado dogmático-moral u otro cualquiera, entre los muchos y muy buenos con que cuenta la copiosa bibliografía de la moral católica. En todos ellos encontrará raudales de excelente doctrina y arribará a la misma conclusión que ese escritor católico de *gran envergadura y calificados conocimientos*, Andrés Raffalovich, autor del notable libro, "el uranismo y la unisexualidad", autor citado por usted, y que aconseja al invertido la práctica absoluta de la castidad.

Castidad, castidad, y oración y prácticas religiosas. No siga, señor Nin Frías, las huellas de ese satánico calumniador de la benemérita Compañía de Jesús, André Gide, a quien tan admirativamente cita usted en "Alexis". (El prologista aquí contradice mentalmente al autor, pues si bien cita a Gide, lo hace para criticarle. Por otra parte, el espíritu seco, falto de todo entusiasmo y calor del autor de "Corydón" le es altamente antipático a su espíritu), y del cual se ha dicho con razón, que es *la encarnación del espíritu del mal*.

En el terreno en que se sitúan los que estudian las cuestiones de que trata "Alexis" se plantean siempre innúmeros problemas, pero nunca se resuelven y aclaran. . . .

* * *

Coro (formado por una parte del público que cree que la moral de la Iglesia debiera ponerse a tono con los resultados de la endocrinología y del estudio biológico de los estados intersexuales).

Una voz aislada: ¿Y qué nos dice el Padre de la frigidez ante la mujer, uno de los aspectos del uranismo, que debe experimentar todo sacerdote para conducirse serenamente en

su ministerio? ¿Por qué la Iglesia se subleva tanto por uno de los males de que más adolecen muchos de sus hijos predilectos?

Ahora, entra en escena un hombre, algo miope, de arrogante figura, se dirige al público seguro de sí mismo, y asume la postura de un orador.

* * *

Dr. Manuel Núñez Regueiro. — De la lectura de las páginas de "Alexis", me ha quedado una impresión vivísima y llena de sugerencias para mi espíritu, siempre ávido de buscar la verdad donde pueda hallarse, aunque fuese en el mismo infierno. Conozco la obra y la tesis de Marañón, amigo mío, sobre la homosexualidad, sobre la intersexualidad; y he escrito varios artículos tratando el problema del amor, y el feminismo y cuestiones afines, penetrando en la médula de las últimas teorías científicas acerca de asuntos tan inquietantes. Su libro me llega en momentos propicios para mi espíritu, en que busco afanosamente la verdad en el fondo de estos problemas. Sus capítulos enjundiosos, bien escritos y hábilmente documentados, me traen datos al problema de la sexualidad que no conocía sino muy fragmentariamente. En este sentido su obra es preciosa en alto grado para mí. Conozco a fondo la posición de Platón y de su maestro Sócrates en asuntos del amor; y no desconozco que usted ha acertado en el análisis, en cuanto se refiere a denunciar la única interpretación que es juiciosamente admisible. Pero, en otro sentido, no estoy con usted, mi noble y carísimo amigo. En cambio, estoy muy cerca de la tesis de Marañón, y de la necesidad de afianzar el sexo en dirección de la definición y no de lo intersexual. Usted ha "destapado el tarro", como suele decirse, de muchas verdades que andan ocultas por el prejuicio mojigato de aquellos que ocultan sus propios pecados o instintos pervertidos bajo la capa de ostentosa definición sexual. Sin ser mojigato, y sin más Dios que la verdad que me anima, le confieso que su obra tiene el aspecto de una especie de justificación del amor urano. No me atrevo a condenarlo; pero sí debo decir que mi comprensión de ese amor no puede sino seguir el camino de la virilidad, sin considerar recomendable ese amor por cuya vía acaso, según usted, podría "allegarse mayores bienes". Yo, en su lugar, habría escrito "mayores males". De aquí a la amistad honda y verdadera, sin uranismo alguno, tal como siempre existió

entre nosotros dos, hay una honda sima. Con toda probidad yo también me limito a decir mi *verdad*, aún a riesgo de llamarme equivocado”.

El prologista se retuerce de dolor en su sitio de suplicio, y mentalmente, contesta a quienes le han ofendido con suponerle envuelto en siniestros propósitos y deseos de proselitismo, y, reflexiona de esta suerte:

Nuestras más sinceras y puras intenciones son las que menos resultan como tales para los que no nos contemplan con los ojos del amor. Los hombres atisban las intenciones ajenas en la medida de lo que realmente son en su fuero interno. Donde los Fariseos sorprendían pecados, columbraba el Divino Maestro al espíritu del Amor, desbordándose suave como el perfume de las cándidas violas.

Los moralistas “a priori” ven por doquier el fantasma del pecado, no capacitándose que lo que los inhibe, en realidad, es el no poder ser ellos mismos pecadores sin ofender de continuo a un código de reglas y preceptos que desentonan con el conocimiento que hoy tenemos de la naturaleza humana. Participo de la incommovible convicción, y eso lo hago resaltar de continuo en mis dos libros, que el nacer con un temperamento urano, es de las peores asechanzas en que puede envolver la naturaleza a un ser humano. Si me fuera dado el constituirme en juez de mis hermanos, los hombres, yo castigaría a mi enemigo el más encarnizado con la posesión de semejante líbido atormentada, y sabría haberle infligido una de las mayores torturas a que puede estar sometido un individuo, sobre todo, si el tal es un caballero de la naturaleza, un alma honrada, una persona que procura convivir noblemente con sus semejantes, una inteligencia que abraza con fruto toda cosa buena, bella y verdadera.

* * *

Dr. Gregorio Marañón. — Su “Alexis”. Me parece muy bien, con algunas reservas que no es ésta la ocasión de exponer, porque espero realizarlo en algunas de mis próximas publicaciones. A parte estas reservas, creo que su libro será en adelante imprescindible para el estudio del problema urano. Su libro “El Homosexualismo Creador” está muy bien. Es un documento importante y no necesita padrinos. Yo hablaré de él en el momento oportuno.

* * *

Coro interno. — La filosofía de la amistad tendrá siempre sus raíces en el diálogo de Platón, que por realizarse durante el transcurso de un ágape ameno, lleva por sobrenombre "El Convivio o el Banquete". Autor alguno, antiguo o moderno, ha tratado el tema con la misma comprensión y amplitud que Platón, y se hará forzoso el traerlo a colación cuando quiera el hombre elevarse a esa región, en la cual la amistad se vuelve un verdadero sacramento. — Párrafos de "Alexis", p. 117, Edición Morata, citados por "Crítica".

* * *

Dr. Lázaro Sirlin. — Una de las modalidades más interesantes del instinto sexual es la tendencia homosexual que en ciertos individuos ella toma; a pesar de ser tan antigua como la humanidad, hasta mediados del siglo pasado, sólo era conocida por las crónicas policiales y las descripciones pornográficas, concepto aún de gran parte del público semi-ilustrado, la ciencia, la literatura y la psicología han revisado por completo el problema y ha superado en mucho el viejo concepto.

Infinidad de libros hanse publicado últimamente sobre el tópico, entre ellos el de Nin Frías —vastamente conocido en nuestros círculos literarios—, tiene un significado propio y nos demuestra una vez más que no toda la erótica consiste en el *inmissio membri*...

La tesis que sustentaba en "Alexis" —un libro anterior— que el homosexualismo es una detención de la afectividad de la adolescencia y su supervivencia en el adulto, no es completa, indicaría a lo sumo algún caso particular, no va al fondo del problema, quizás nos tentaría más la interpretación psico-analítica —la identificación con la madre—; pero, por otro lado, tenemos las constancias de la intersexualidad clínica y anatómica que pueden coincidir o no con las formas psicológicas que varían desde el uranista viril al uranista afeminado.

La obsesión fálica o utérica que nos esboza en esta obra (capítulo II), teoría apenas esbozada, si bien tiene algún contacto con la psico-analítica, es menos amplia y aceptable y él mismo la aminora al considerar homosexuales viriles platonizantes. Es que una teoría única, dada la diversidad de tipos homosexuales, es imposible. ¿Puede aceptarse que el ser innato —el homosexualismo puede adquirirse y de ahí el peligro de ciertas apologías— es una degeneración?, se pregunta

uno, nuestro autor dice que no, lo exalta aunque a ratos nos habla del "ominoso" signo de Urano (pág. 259).

Que la tendencia homosexual en los casos puros no es una *perversidad* del instinto, nos lo demuestra magníficamente nuestro autor, si ella se da en tipos superiores puede sublimarse, si da ella en tipos inferiores puede degenerar y degradar por completo al individuo, Nin Frías apenas se ocupa de esto último. Casi todo el libro exalta la sublimación del instinto —de ahí su título— en una de sus formas, que parecería más alejada de la erótica: la amistad. Con análisis minuciosos, que ocupan gran parte del libro, nos muestra cómo Urania interviene en las amistades santificadas por el consenso unisexual —aunque al tratar de las amistades antiguas haríamos una pequeña objeción: no se trata en mucho de reminiscencias matriarcales transmitidas en forma de leyenda—. *En este sentido el libro de Nin Frías es de un valor básico y al tratar de la amistad, todos los que quieran ilustrarse deberán recurrir a él.*

* * *

Don Jacinto Benavente. — Grande ha sido mi alegría al tener noticias tuyas, después de tanto tiempo. No crea que le había olvidado, pues su amistad y sus conversaciones son de los más agradables recuerdos que tengo de esas tierras.

He leído su libro "Alexis". ¡Bravo! De todos modos le agradecería el envío de su ejemplar, pues el mío, de unas manos a otras... (se lo disputaban) ha terminado por perderse.

Leí el juicio de Marañón. ¡Qué timidez! Y eso que es de los más comprensivos, pero no acaba de comprender bien la parte ideal, psíquica del problema. ¿Estos Doctores?...

No pueden vertir el misticismo de la carne y que es todo el secreto. Además, para ellos todos son unos... y hay tantos géneros...

No deje de escribirme de cuando en cuando, se lo agradeceré mucho. Un abrazo de su afectísimo amigo y admirador.

* * *

D. Raúl González Tuñón. — ¿Hay libros inmorales, escandalosos? Creemos, con Oscar Wilde, que los libros no son morales ni inmorales, sino buenos o malos. Hay libros

que son escandalosos para los mojigatos, para los que carecen de toda sensibilidad, amplitud de espíritu, comprensión. A esta gente han escandalizado los Gide, los Joyce, por ejemplo, con "Si el grano no muere", "Corydon" y el "Ulises". A esta gente escandalizará —y sobre todo en un clima como el sudamericano— el "Alexis" (o el significado del temperamento urano), que acaba de publicar en Madrid, Alberto Nin Frías.

Alberto Nin Frías es conocido en América y en Europa por su labor de escritor y de crítico. Ex-profesor de literatura inglesa en la Universidad de Washington, ex-profesor de castellano, de historia y de geografía de América en la Universidad de Siracusa, autor de varios ensayos, novelas, estudios, críticas y tratados de gran valor, como "El Arbol", la vida de Alberto Nin Frías es la de un hombre que tiene una extraordinaria capacidad de investigación y de fervor.

"Todas las cosas malas tienen en común que toman el medio por el fin". Con esta máxima de Tomás de Aquino abre su último libro, "Alexis" o el significado del temperamento urano", Alberto Nin Frías. "Alexis", que es la primera incursión de un iberoamericano por tan intrincado problema, no se reduce solamente al estudio del uranismo, sino que muy bien podríamos considerarlo "*un tratado del amor*".

Tres valores primordiales acusa este libro singular: científico, moral, literario. Científico, porque trata el problema de la homosexualidad, sus orígenes, sus etapas, sus consecuencias y relaciones, sus secretos y posibles justificaciones de diversa índole, complejos freudianos, etc. Moral, porque constituye una temeridad en estas latitudes, y porque esencialmente, proclama la fórmula de Gide: "Ninguna ley humana o divina puede impedirnos vivir de acuerdo con nuestra naturaleza". Literario, porque está escrito en un lenguaje claro, preciso, bello. Bello hasta la exaltación, como en algunas páginas que tratan de Shakespeare, y en otras en que se recuerda a Virgilio.

Un libro, en fin, denso y documentado, en donde prevalece la naturaleza espiritual, urano, casi siempre, sobre la física, y una atmósfera de unción platónica, una atmósfera poética, y al mismo tiempo, freudiana, lo que da al libro un doble valor de investigación y de realidad artística.

El señor Nin Frías publicó su libro a instancias de su amigo, el doctor Marañón, con cuya cita de indiscutible valor ilustra algún párrafo, y de quien ha merecido estas palabras:

"Creo que su libro será en adelante imprescindible para el estudio del problema homosexual".

* * *

Coro interno. — Cualesquiera sea la opinión en que se les tenga a los "sonetos de Shakespeare, expresiones únicas en toda la literatura lírica del mundo, ora se les juzgue como paráfrasis de las obras teatrales del dramaturgo, influenciadas por los dulces recuerdos de la lectura de Horacio y de Cátulo, ora, como creemos "firmemente", representan ellos "una autobiografía idealizada" de Shakespeare, su contenido psicológico es tal y tan denso, que pueden proyectar muchísima luz sobre la fisiopatología del carácter del poeta. ("Alexis", pág. 88).

Un escritor costumbrista cubano. — Alberto Nin Frías, hombre de letras, profesor, diplomático, publicista, legítimo orgullo de su patria —Uruguay—, artista y filósofo, justamente encomiado por las más altas mentalidades europeas y americanas, acaba de publicar en Madrid un notabilísimo estudio —*Alexis o el significado del temperamento urano*—, en el que revela su hondo conocimiento del intrincado problema y del amor en general, libro escrito en claro, bello y preciso estilo, obra de alto valor científico, literario y artístico, que le ha valido cálidos juicios de la crítica mundial.

* * *

Un galeno trasnochado, amigo de Gil Blas. — Su juicio, lo lee él mismo de su libro: "Sodoma y Lesbos modernas", páginas 112 a 119. Con una taimada malicia puntualiza que el autor de este libro *satánico* se pone en la situación del escritor que litiga *pro domo*, imputación grosera y falsa, que a ser permitido el hacerla a todo autor, acabaría con la psicología aplicada y el arte. La cuestión ha sido estudiada en "Alexis" como un tema de psicología y de arte tan sólo, y no es posible, a menos de poseer esa mala fe del fanático religioso, el citar una sola frase en que se incite a alguien a convertirse al uranismo. ¿Cómo no hallar ideales, poesía, profundas emociones en hombres como Virgilio, Hadriano, los platónicos de Florencia, y Shakespeare, entre otros muchos de los espíritus, dotados de una imaginación maravillosa y de una sensibilidad incomparable?

Este Hipócrates que aún vive en la etapa medicinal del

tristel y la sangría, con la inconcebible y ultramontana fe de carbonero, acude para fustigar los fenómenos que describo, a los relatos del Pentateuco y, a la existencia de Asmodeo, espíritu tutelar de las inmundicias de la carne. Para este médico, el uranismo fuera una posesión demoníaca.

¿No existen, acaso, en la Botánica, ejemplos sorprendentes y continuos de hermafroditismo; no se dan, asimismo, en Zoología, seres que en un mismo individuo pueden producir al mismo tiempo espermatozoides y óvulos? La sanguijuela posee una glándula masculina y una femenina distintas. El caracol de tierra tiene una glándula única masculina y femenina. ¿Estarán, acaso, estos moluscos gasterópodos y aquellos gusanos anélidos también poseídos de Asmodeo? Las experiencias convincentes de Pézard, con los injertos de ovarios y testículos, aplicados a gallos y a gallinas, han dilucidado muchos enigmas de la sexualidad y de la intersexualidad. En resolución, le repito a este médico, único en su especie, las palabras de Havelock Ellis:

“El médico al cual repugnen las enfermedades debe ceder su sitio a otro colega”.

* * *

Una víctima del capricho de la naturaleza, al cual ha confortado la lectura de “Alexis” y de “El Homosexualismo Creador”. — Pocos días ha, adquirí sus libros sobre intersexualidad, y las pocas frases que hasta este momento he leído, fuerza es decirselo, me conmueven profundamente.

No hay para el sentir que me embarga, una frase más verdadera que la siguiente, en la cual usted expresa lapidariamente una honda intuición: “El temperamento urano paga con creces su brillantez, su exaltación artística, su aptitud creadora, con la carencia de felicidad personal”.

Perdóneme si le importuno con esta carta, pero soy poco diplomático, y me place la franqueza aunque ella sea ruda, le repito, doyle las más cumplidas gracias por el eco ruidoso que su libro ha producido en mí, que me creía solo, y por su libro he llegado a comprender que el planeta simbólico de Urano, ha sido siempre sobremanera poblado y con gran frecuencia por seres de excepcional valor.

Padezco de una afección muy idealizada hacia mi propio sexo, de un tono profundamente íntimo, no he llegado nunca a la perversión propiamente dicha, y he sufrido lo indecible por un continuo “refoulement”. He experimentado muchos

contratiempos afectivos, y el incesante engaño espiritual en que he vivido, han socavado mi voluntad y mi entusiasmo. Pronto amanecerá el momento de la renuncia a la búsqueda de ideales de amistad, y para entonces habré perdido la fe en llegar a poder encontrar jamás a un alma que se hermane con la mía.

Su libro siembra el consuelo a voleo; me ha servido de refrigerio y de estímulo a la vez. Abrigo la firme convicción que, a pesar de los conflictos y vicisitudes infinitas que nacen a la sombra del uranismo, los hombres más eminentes y que más han contribuido a la evolución de la humanidad han adolecido de mi temperamento. Este espontáneo y presuroso juicio es a la vez mi secreto orgullo y mi refrigerio en mis penas, que no son pocas.

Estoy convencido que no ha de tardar en reconocerse lo que usted expone acerca de los varones uranos: su vida, en efecto, no es tan cómoda como la de los llamados "normales". El urano tiene que buscar su amor en el cañamazo de la irrealidad y al mismo tiempo perderse a sí mismo en su libido sofocada. En la ñoñez del ambiente sólo asequible naturalmente al heterosexualismo, se pierden aquellos sin poder encontrarse a sí mismos. Para sobrellevar su vida sin arriesgarse en un terreno peligroso, han de conducirse como hombres superiores.

Llevan la vida de cualquier hombre que trabaja y gana duramente su pan, mas en su intimidad desenvuelven un vivir alado, oculto, pleno de fantasías, ahíta de poesía erótica y, no obstante, se ven imposibilitados para realizarlo limpiamente. Las costumbres, irónicamente llamadas buenas, se oponen a lo que se ha dado en designar las desarmonías de la vida sexual.

¿Cómo se evade el urano de esta situación depresiva? Ardiendo de actividad espiritual, consumiéndose en fantasías extrañas, lanzándose a la acción fecunda, organizando alguna gran empresa.

He perdido, de tanto sufrir, lo que describe usted poéticamente como "el arte de ser amigo" y estimo por descontado de que no he de hallar jamás lo que vengo buscando desde hace quince años: un alma. . . .

* * *

Coro interno. — La uranidad, toda proporción guardada de dignidad y decencia, no resta al ser humano la maestría ni

la habilidad, ni la virtud mística o profana; antes bien, suele sublimar todas esas excelencias de la criatura humana. — (De "El Homosexualismo Creador", pág. 386).

El barón de Charlus. — No ha de burlarse siempre el mundo del uranismo con idéntica fortuna. Apenas nací en 1914, mi padre, Marcel Proust, me hizo altanero y distraído. Mi tipo, si bien ha hecho viables todos los uranismos, aunque los hay en tan considerable número, no es el mío el que se complace en describir este autor, cuya sinceridad y afán emotivo me avergüenzan un poco; fui un algo el deportista del amor frívolo, aunque íntimamente profundo. Pertenezco a esas naturalezas de nobles que tan vívidamente pinta en sus "Memorias", Madame la mère du Regent: "Il n'y a que les gens du commun qui aiment les femmes". Como me hallo muy fuera de tono en el seno de tan sabia compañía; —en mi tiempo no se pensaba tanto—, mas se aprovechaba mejor la vida, regreso al cálido vallecito que edificó para nosotros el piadoso Dante. (Desaparece el hombre-mujer sin inmutar a nadie).

Un editor de libros de medicina. — El "Corydon" de Gide inquieta sin satisfacer; el "Alexis" de Nin Frías, su valioso complemento, tranquiliza e ilumina al que se sienta influido de esta extraña sed de amar o quiera investigarla.

Nadie que desee imponerse en la evolución de los sentimientos de amistad y de los impulsos de la sexualidad, podrá prescindir de conocer este libro, único en la literatura original iberoamericana. Firmas prestigiosas del nuevo y viejo continente lo aseguran y propalan a todos los vientos. Es una obra profunda en el pensamiento y en la investigación, pero escrita y concebida en términos que la ponen al alcance de todas las inteligencias medianamente cultivadas.

Un profesor de enseñanza secundaria, Emilio Gouchon Cané. — Sobre su libro hay mucho que decir y, sobre todo, que meditar; los estudios sobre Virgilio y los sonetos de Shakespeare, son singularmente interesantes, y muy bello el capítulo VII, dedicado al *quattrocento*. En sus conferencias de este año, se propone citar y comentar algunos trozos de "Alexis", el libro denodado, sutil e intenso, que merecen una atención profunda.

* * *

Un músico curioso, C. Ramos Mejía. — No es nuestro propósito abrir juicio sobre la obra de este escritor. Para ello, debido a la índole poliforme de su producción, fuera

necesario un estudio, que el reducido espacio de esta crónica hace de todo punto irrealizable. Sólo nos proponemos señalar aquí, los rasgos característicos de su personalidad literaria, la que ha recibido, al cruzar las fronteras de la patria, el aplauso de hombres como don Miguel de Unamuno, Gregorio Marañón, Azorín, Herrera y Reissig, Baldomero Sanín Cano, Siegmund Münz y tantos otros.

* * *

No nos tomaría de sorpresa, a buen seguro, la interrogante que en muchos espíritus puede hacer surgir esta crónica. Se podría responder a ella, con la frase bíblica: "Nadie es profeta en su tierra". Pero, en este caso, añadiremos, la sentencia milenaria se cumple bien cruelmente. Alberto Nin Frías vive en el ostracismo, casi desconocido en su patria, a la que ha consagrado sus energías más puras de intelectual, de profesor y de erudito estudioso.

* * *

Nin Frías en materia de idealismo es espontáneo y sincero, ya se trate de una doctrina filosófica, ya de creencias religiosas o de su casi místico sentimiento de lo bello que exterioriza a menudo en el pensamiento y en su forma de decir.

* * *

Clasificando su producción por su índole ideológica, veremos cómo en su mayoría los problemas morales, sociales, psicológicos y de carácter especialmente educacional que afectan al desarrollo de la evolución de la vida consciente han despertado en su espíritu una inquietud.

* * *

Desde sus primeros estudios sobre el Renacimiento italiano, pasando por los de carácter religioso, hasta la novela psíquica dentro de las ideas "New Thought", para culminar finalmente en lo que constituye, a nuestro juicio, su verdadera personalidad, Nin Frías ha recorrido en franca superación de sí mismo, el largo camino de depuración. En efecto: el "Alexis" reafirma sus calidades de observador sagaz y de espíritu pleno de erudición científica. Es una obra sincera y

valiente, que estudia de frente un problema social que a través de las edades se reproduce sin tregua y cuyas raíces parecen remontarse al subconsciente de la vida humana. Sin embargo, si de su libro surgen incontaminadas la buena fe y una sana intención, nos permitimos, no obstante, alguna reserva desde su punto de vista doctrinario cuando trata la justificación histórica de un flagelo que, como se desprende más adelante de las observaciones del autor, responde a una cristalización del instinto, en una faz de su desarrollo que, en los seres considerados como normales, obedece al ritmo de su natural evolución biológica. Creemos, no obstante esos reparos, que el "Alexis", o sea: "el significado del temperamento urano", es una obra de interés general por encarar el difícil problema desde un punto de vista original, en forma amena y hermoso estilo.

* * *

Coro interno. — Héroe de Homero, efebo de Atenas, soldado de Esparta, sofista de la época de Sócrates, *imperator* romano, César del imperio del Lacio, blondo doncel de Escandinavia, reyes, guerreros, pontífices, poetas, filósofos, escritores, pintores, artistas de toda laya, políticos, ¿por qué razón habrían de revelar su psique delicada y ardiente, si no correspondiera ello a una realidad interna?

* * *

Un hojeador ligerísimo de los últimos libros. — Después de "Corydon", "Alexis". El mismo verso de Virgilio que describe las andanzas del bello pastor Alexis con el acaudalado Corydon y que sirvió ya a Andrés Gide para uno de sus libros más ruidosos, inspira ahora esta obra de Nin Frías, que pretende, según dice el editor, "completar" el desarrollo y la intención de aquella tesis famosa....

Inspirado, según el mismo autor declara, por los estudios de Marañón, el señor Nin Frías se ha propuesto esclarecer la "extraña sed de amar" a que aludió Virgilio en el verso famoso de la segunda de las "Eglogas". Pero, con ser el libro bastante nutrido, no se ve en ningún momento la contribución original. Largos capítulos cargosos sobre Virgilio y Shakespeare, Platón y Augusto (el presuroso leyente no ha notado en su cabalgata por un libro que no ha leído con simpatía ni criterio, que no se trata de Augusto, sino de Hadriano), no añaden nada al tema que se debate, y como el

autor parte de un evidente "parti pris", cita a cada rato, en apoyo de su tesis, los nombres más ilustres de la historia en una extraordinaria confusión de siglos, sin detenerse un momento a controlar (galicismo) la exactitud de las leyendas". (Según este erudito a la violeta, Tucídides, Plutarco, el Dante, los historiadores del Renacimiento y otros, en que el autor apoya sus conclusiones, no deben tomarse en cuenta al tratar de sucesos que observaron, en muchos casos como contemporáneos. Una cátedra le aguarda al señor Godoy para dilucidar toda su ciencia histórica.)

Para no citar más que un caso, ¿quién no sabe que el pretendido "uranismo" de Robespierre es una de las interpretaciones más torpes que la calumnia lanzó sobre la vida del gran hombre. (Diría yo más bien, gran criminal). Las pruebas en que se apoya von Hentig, por ejemplo, no resisten a la crítica más leve; y si eso ocurre con casi todos los ejemplos que el señor Nin Frías hace desfilar rápidamente, se justifica la impresión de ligereza que su libro deja. Libro que no alcanza en ningún momento ni la fuerte dialéctica de "Corydón" ni el arte extraordinario de su prosa; y que al remover un problema de por sí bien turbio, no hará sino agregar una confusión más en el lector desprevenido que lo lea.

* * *

Una vez leído este trozo aderezado con palabras de santo y uñas de gato, se elevan en el aire primaveral, las espirales azuleñas del incienso, y el *Coro interno* entona su canto:

La obra de André Guide, espíritu bizantino, no es convincente ni agota el tema en ningún sentido, porque su autor rehuye cuanto puede dar el fruto de su propia experiencia psíquica, situando la argumentación fuera de la personalidad humana. Jamás el animal podrá explicar al hombre, y menos aún, de entre aquéllos, la familia de los insectos y de los pájaros. Al hombre y sus peculiaridades, es menester estudiarlos en los hechos de su propia vida psicofísica, en las palpitaciones angustiosas de su corazón, que va en pos, como enloquecido, de un objeto que recibe el anatema del *consensus fidelium*. — ("Alexis", pág. 15).

* * *

Radclyffe Hall. — Las bombas no hacen vibrar los nervios del invertido, más bien le taladran su sistema nervioso

ese bombardeo silencioso y terrible que proviene de las baterías de la gente buena que pertenece a Dios. ("La Cisterna de la Soledad", pág. 311).

No hay nada pornográfico en mi novela que describe las etapas de una amistad emocional entre la protagonista y varias mujeres. Los mal intencionados buscarán en vano en estas páginas estimulantes para excitarse sexualmente. Los lujuriosos sheiks y hombres de la caverna y las vampíresas de la novela popular pueden continuar inmoles sus respectivas vidas en novelaciones que se venden por millones de ejemplares, yo he hecho caso omiso de los toscos y violentas figuras del melodrama sexual. He procurado dar a las letras inglesas un estudio profundo y movido de un problema igualmente hondo y conmovedor.

(Glosa hecha por el autor de "Alexis" sobre un juicio del "Daily Herald", de Londres, sobre "La Cisterna de la Soledad", y que él atribuye a palabras pronunciadas por la novelista).

* * *

Coro interno. — ¡Debe de decirse la verdad, toda la verdad puramente sentida, de lo que se aprende y experimenta, en beneficio de la ciencia?

Creemos firmemente que sí.

Los antiguos filósofos poseían un valor de que hoy carecemos los modernos como conjunto social. — ("Alexis", páginas 119-120).

* * *

Havelock Ellis. — Resulta muy probable que bien poca gente se da cuenta de que la propensión (tendencia del alma) hacia los individuos del mismo sexo puede ser innata, de la misma suerte que la inclinación hacia los individuos del otro sexo. Y, muy raros serían, los que no permanecieran estupefactos si se publicara la lista de los invertidos, hombres y mujeres, que en nuestros días ocupan una situación espectable en la Iglesia, en el Estado, en la sociedad, en las artes y en las letras. — ("L'Inversion Sexuelle", pág. 8).

Espero haber hecho comprender el elevado interés social y psicológico de un estudio serio de la inversión. Todas las cuestiones sociales no se tornan inteligibles sino por un conocimiento ahondado, preciso y decente del papel que desempeña la inclinación homosexual en la vida general. "Ella se

encuentra dentro de la Naturaleza, decía Goethe, de la pedestria, aunque ella sea contra natura." (Op. cit.)

* * *

Charlotte Haldane. — En mi novela profética "El mundo del hombre", describo a una República como la de Platón, pero desenvuelta sobre base científica. Los actos antisociales no son castigados; o se les previene o, si no es esto posible, se quita del medio al individuo, de manera que no sufra más. Esta medida no cuenta para uno de los protagonistas del libro, Cristóbal. Este último es un anormal, porque su madre no cumplió con los ejercicios prenatales, y, en consecuencia, Cristóbal en vez de estar dotado de una activa virilidad, revela una pendiente hacia la afición homosexual. Su mentalidad es urano. Esto explica científicamente su misticismo y su búsqueda de un dios. He querido señalar que la sociedad futura se preocupará seriamente del problema de los sexos y que eliminará de su seno a los que no son aptos para sus fines o los esterilizará para que no puedan reproducirse más.

* * *

Las alegorías mastican chicle sin cesar, todo problema humano como no sea el del momento palpitante, no les interesa.

El coro interno es llevado de lo extraño de esta actitud y prorrumpen en su canto final:

La Naturaleza distingue con sutileza las cosas y aborrece el repetirse siempre sin variaciones, mas toca a los hombres imperfectos, en su presunción niveladora, a menudo, el confundirlas y dificultarlas.

Ello es lo que ocurre con este sentir y los problemas que suscita su excentricidad. La perla es el producto de una enfermedad. Pudiera darse, y esto refuerza cuanto hemos expuesto con probidad, que el "uranismo" fuera un "medio", factor misterioso aún en la química sutilísima de las almas, para allegarse a mayores bienes, muy otros que los pasajeros y bastos de una mera satisfacción de la carne, según se podría deducir de la aplicación al caso presente de la máxima del gran pensador aristotélico de la Edad Media, Santo Tomás de Aquino: "Todas las cosas malas tienen en común que toman los medios por el fin."

Bajo la advocación de esta cita luminosa, casi una oración para nosotros, por venir de quien viene, un alma santa y pu-

ra, hemos comenzado este tratado de amor, y la volvemos a evocar al llegar al término de la jornada.

Tras toda cosa exquisita existe algo trágico.

Tan sólo es dado al amor el comprender al amor.

(De "Alexis", págs. 190 a 198).

TELÓN RÁPIDO

Una voz que parte del público:

Hay más regocijo en las regiones estelares donde mora la mente Infinita y creadora cuando un espíritu valiente se defiende y se busca a sí mismo, que cuando un hipócrita se disfrazaba tras inmutables definiciones de su ser.

ARTE Y MORALIDAD

Ensayo breve acerca de si el arte tiene en sí mismo su razón de ser o debe servir de medio para vestir ideas preconcebidas de política o de moral

Si lo que es eterno y perdurable, no se manifiesta pristina-mente más que en la belleza y en la armonía, entonces el artista, sacerdote de lo bello, tiene ante sí el infinito para seleccionar sus temas.

Existen libros que deben su nombradía al silencio que en un principio se hace a su alrededor, rodeándolos tácitamente, de un halo de morbidez, que están en realidad lejos de tener. Ejemplos: "Madame Bovary" de Flaubert y, "El Retrato de Dorian Gray" de Oscar Wilde, entre muchos otros. Tan impersonal fué el autor de "La Tentación de Saint Antoine", que dedicó su vida de artista a describir aquellas cosas por las cuales no sentía afición, para poder de esa suerte referirse a ellas, con absoluta impasibilidad. Sus novelas son la aplicación de su tesis del arte por el arte mismo. Su minuciosa pintura de las costumbres provinciales de Francia, le acarreó un proceso judicial. Y, ¿por qué tanta severidad con el eminente fundador de la novela moderna? La razón es obvia y sencilla: no idealizó ni poetizó la vida, la diseñó tal cual le pareció, a través de una escrupulosa observación, más mala que buena. Llegó este forzado de la perfección de su arte, hacia el crepúsculo de la vida, a la misma conclusión "del Predicador, hijo de David, rey en Jerusalem": "Vanidad de vanidades; todo es vanidad", es decir, la convicción amarga de la inanidad de la búsqueda de la perfección y de la dicha, en un mundo de inconcebibles contradicciones. Y esa verdad, que a todos alcanza, tarde o temprano, es tan valedera para las mortificaciones que se impone el santo como para el tedio del vivir que consume a los burgueses "Bouvard et Pécuchet", los desolados protagonistas de su última novela. Llega asimismo el hermita de la Tebaida, a esta filosofía nihilista, oculta, sin embargo, tras la pompa de una fe elevadamente poética.

"El Retrato de Dorian Gray", publicado en 1890, removi6 todo el fango innecesario que se agita en torno a la cuesti6n primigenia, de si el arte persigue la realizaci6n de lo bello o la condenaci6n de lo que mayorias sociales, reputan como in o amoral. Cinco a6os m6s tarde, el artista sutil y preciosista que habia en Wilde, fu6 a parar a la C6rcel de Reading (25 de Mayo de 1895). La pieza de convicci6n, fu6 el an6lisis malicioso de la 6tica de su novela filos6fica. Las fuentes de este libro, harto ret6rico, est6n sin duda en "La peau de chagrin" de Balzac, en "A. Rebours" de J. K. Huysman, cuyo torturado protagonista, Floressas des Esseintes tiene afici6n al mismo simbolismo de las cosas, cultiva los mismos gustos por las joyas raras y la ornamentaci6n recargada de reminiscencias del Renacimiento it6lico. Asimismo se ha traído a colaci6n, atinente a la dulce heroína de la novelaci6n, Sybil Vane, un relato de Balzac: "Masimilla Doni". Tambi6n debe a un freudiano, "d'avant la lettre", Nathaniel Hawth6r el incidente del cuadro fatal. Las conclusiones a que se arrib6 al final de la pol6mica acerca de este tema, eternamente debatable, las resumi6 deliciosamente Wilde, en una de esas paradojas, que una vez leídas, se tornan inolvidables:

"Cuando un p6blico declara una obra incomprensible, significa que el artista ha dicho y realizado una cosa hermosa que al mismo tiempo es verdadera. Cuando el p6blico tilda una obra por ser groseramente inmoral, se infiere que el artista ha dicho o realizado una cosa bella que es verídica."

Somos de su opini6n: el dominio del arte y de la verdad, no es el de la propaganda de ning6n credo politico o 6tico. Cada cosa en su esfera. Por esas razones, cuando un escritor consciente de su misi6n, llegado a la madurez de su espíritu, estudia la vida con finura, con penetraci6n crítica, y observa las reglas elementales de la decencia humana, puede abordar cualquier clase de tema. La vida nos incita a estudiarla sin apasionamiento o premura.

Mas, convengamos lealmente, que ello no es del agrado aún de un considerable sector de la p6blica opini6n, que cree ingenuamente, que, por el hecho simplista de que no se hable de alguna cosa reputada "intangible", esa cosa deja de influir en el 6nimo humano, o m6s bien deja de hacer sentir sus efectos sobre la existencia.

Cuando uno se familiariza con la incomparable literatura de la Antigüedad, con el "Satyricon" de Petronius Arbiter. con "Daphnis y Cloé" de Longus, con la "Vida de los Doce Césares" de Cayo Suetonio Tranquilo, con ciertos pasajes de las

"Vidas paralelas" de Plutarco, con las "Mil y una noches" con los cuentos de Boccaccio, con la "Tragicomedia de Calisto y Melibea" del licenciado Fernando de Rojas, con los epigramas y poesías de "El Panormita", con la "Autobiografía" del artista rufián, Benvenuto Cellini, con la comedia dramática de Shakespeare, "Measure for measure", lo cual vertido a nuestro vernáculo, sería "La ley del talión", y otras obras de alta alcurnia literaria, que paso por alto, en gracia a la brevedad, se constata en verdad, que la humanidad ya no apura la vida con tanto desenfreno ni los artistas se expresan con la desenvoltura de otrora.

Hoy día analizamos más que como cosas nuevas. Quien no ha leído o lee, los clásicos piensa sin perspectiva histórica.

Lo expuesto aquí no implica que cada vez que un artista, sin poner un adarme de su propia vida, describe una dolorosa y tremenda realidad del alma humana sea perversamente interpretado como si su obra fuera tan sólo un desahogo personal, o cual surgieron otros, una justificación de su conducta, "pro domo sua".

Para interesar, acaso al mismo Jehová, Adán y Eva, tuvieron que comer la fruta simbólica del bien y del mal. Desde ese momento, se convirtieron en los protagonistas, por excelencia del drama humano que todavía nos angustia y desasosiega. A la expresión de los conflictos pasionales, de las luchas de la ambición, es adonde se encamina la atención del artista. No necesita de apologistas interesados la virtud; ella esplende sola como el lirio en su alba túnica deslumbrante. Su encanto es igual al que surge de la contemplación de la naturaleza, cuyo ideal se me hace, un estado de dulce y suave inocencia, de absoluta prescindencia de todo conflicto entre el bien y el mal.

Sigamos aclarando nuestro pensar, con ejemplos recientes.

La época de la post-guerra ha hecho surgir nuevos estados psicológicos. David Herbert Lawrence se incauta de una transformación del psiqué femenino, fruto de la guerra, y lo hace vivir en "Lady Chatterly's Lover". Para algunos, esta novela del Marcel Proust británico, es tediosa, para otros, una admirable incursión por la subconciencia. Esta obra permeada de una amarga emoción sensual, huella todas las convenciones más caras de una hipócrita vida social. Causó ella el consabido revuelo de escándalo; fue proscripta por la censura. Jamás libro fue leído con más avidez en los países anglosaxos. Había un ejemplar en una biblioteca circulante inglesa

de Buenos Aires y lo solicité en vano, durante el curso de dos años. Así terminaba una doncella de leerlo, estaba comprometido para otra. Se esperaba el turno como un rito religioso.

En resolución, ¿quién es la tan ansiada baronesa? Una hidalga dama, provista de un temperamento desbordante de erotismo frente a un esposo lisiado, en el curso de la gran guerra. Otrora fué él, héroe adorado, la matanza internacional lo recompensó con la pérdida de lo que el varón tiene de más íntimo y deliciosamente atormentador. No puede conformarse la real moza con la añeja moral, a base de resignación, misticismo y suspiros, y se entrega a la conquista de lo que ella vislumbra ser la dicha en este mundo, que sólo perdona al que desaprovecha la oportunidad de engrandecer su personalidad. Este conflicto entre el deber y la carne, dista lejos de ser una novedad en la vida, pero acaso lo sea como tema de novela. Lawrence lo ha señalado y con qué acierto, nos lo proclama el éxito de su intento literario.

¿Qué quiso significar con ésa y sus otras obras este hijo de un minero de Derbyshire? Para el hombre de ciencia, anota profundamente la evolución de la moral sexual; para los espíritus convencionales, propaga el conocimiento de males inevitables.

Para mí esta alma de poeta de la emoción del amor, es como el entomólogo J. H. Fabre, una de las almas más encantadoras que haya conocido en mis peregrinaciones por el reino de la naturaleza—, un coleccionista de humanos insectos. "El amante de Lady Chatterly", describe quizá la vida inconsciente de la llamada "Mantis religiosa", trasladada al plano humano. Bajo un asaz poético nombre, el citado ortóptero es un Barba Azul femenino. Devora a sus cónyuges temporales. Quien observa a la amatita en un día del ardiente estío deslizarse graciosamente con sus largas patitas verdes como en actitud de orar, apenas si podría imaginarse que tanta serena humildad esconda tan inveterada astucia para cumplir las leyes de su vivir.

Ahondemos más en estos espejos de los hombres. El xifóforo, insecto de Méjico, cambia de sexo a voluntad. Los moluscos gasterópodos pulmonados, como el caracol de tierra, poseen dos clases de elementos sexuales. De hermafroditismo recíproco, adolecen los Gusanos anélidos.

La naturaleza no es ninguna moralista "ud usum delphini", y el artista sigue sus pasos, muy de cerca.

Por encima del precepto estricto de la ley, que se tiene por intangible; más allá del concepto limitado de nuestra

justicia, más atenta a concepciones abstractas que a la biología, —existe un sentimiento inexplicable de piedad, de caridad, de perdón que se insinúa en el corazón del varón íntegro y le hace sobreponerse a todos los fetiches de la mayoría.

Este sentir expresa lo supremamente justo, dada la desventura loca de la vida, y arranca de una sabiduría circunstancial que la ley no pudo prever. El hombre más santo, el más morigerado de costumbres, ha cedido a menudo a las varias tentaciones que le ofrecen el mundo y la carne; algunos de sus malos actos han escapado a la sanción visible, y es acordándose de ella que, cuando le toca actuar de juez o de censor, debe inclinarse por la atenuación de todo castigo hartamente severo. Nadie es completamente el dueño de sí mismo. Hay un destino y él se cumple, malgrado nuestra voluntad más exasperada.

De esta suerte se atisba claramente que la estricta y quisquillosa justicia humana, puede a menudo confundirse, sin torcer para nada lo esencial de su espíritu, con la clemencia. La justicia poética es a todas luces, la que más se acerca a la de Dios mismo.

Septiembre 27 de 1932.

A manera de breves prólogos de ALEXIS

Respectivamente por Dr. Havelock Ellis, de Londres.

D. Jacinto Benavente, de Madrid.

Dr. Manuel Núñez Regueiro, de Rosario.

Dr. Gregorio Marañón, de Madrid.

He demorado en contestarle por haberme enviado su libro "Alexis". Llegó a mis manos hace largo tiempo, y en tanto he estado muy atareado, y he querido esperar para el aviso de recibo hasta haber leído el libro. "Está muy atractivamente escrito, y revela su amplio conocimiento del asunto. Debiera contribuir en mucho (en conjunción con los libros del Dr. Marañón) a aclarar las manifestaciones de homosexualismo para los lectores de los países de habla española."

Dr. HAVELOCK ELLIS.

Londres, Junio 6, 1933.

Leí su libro con todo el interés que pueda figurar. Supongo que allí como en España, la hipocresía ambiente habrá procurado hacer el silencio, ya que no se ha atrevido a hostilizar. ¿Qué importa?

La verdad es verdad aunque no convenga que lo sea. Muy bien.

JACINTO BENAVENTE.

Para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y repruebas.—CERVANTES.

En el ambiente de despreocupación espiritual de nuestros días por los problemas esenciales de la vida moral que aspira a hacernos dueños de una mansión más bienaventurada, el nombre de Alberto Nin Frías merece señalarse con rasgos singulares que lo destacan con un gesto de apóstol rebelde, incontaminado por el medio y amo de sí mismo. Con él se ha cometido un injusto olvido, al no dársele el puesto de honor a que es acreedor en el combate de las ideas y la mesa olímpica de los llamados vencedores. Su amor al bien y a la suprema belleza hacen de él uno de los escritores más dignos de señalarse en nuestros tiempos.

Su vena espiritual henchida de la buena sangre que se ha nutrido en viejos solares montevidéanos, ingleses y suizos, ha recoquido substancia activa intelectual y moral, que en nuestro medio puede parecer exótica, por lo mismo que no es autóctona, auténticamente originaria de nuestro áspero terruño nativo.

A veces puede advertirse en este hombre educado a la inglesa, cierta manera característica de un puritano hijo de Albión, culto, poeta y erudito.

A veces su verbo se cubre de la naturaleza domeñada y limpia de los montes suizos, para darnos la impresión de que en su alma duermen los lagos de Ginebra y anidan junto a la flor de nieve que crece en la altura, las águilas que vigilan en sus grutas de piedra. Otras veces su sentido profundo de la vida y su preocupación santa de eternidad, su sed de inmortalidad, parecen denunciar al poeta nacido entre las rocas del mar de Montevideo, que se ha hecho meditabundo y filósofo a fuerza de contemplar la línea cortada en hoz del horizonte azul infinito.

De todo en esta mezcla rara pero, a la vez selecta de su linaje espiritual hay en él; pruebe de su universalidad que no está dividida por fronteras. Así su espíritu ávido de comprensión y de luz abarca mayor extensión y profundidad en toda su obra de escritor. Por ello no desdeña la buena influencia de Taine, de Goethe, de Reclus, de sir John Lubbock, etcétera, para darnos la visión de sus panoramas interiores espléndidos de devoción por lo creado y de amor por el hombre.

El autor de tanto libro interesante y lleno de altas sugerencias espirituales, el pensador cristiano, el ensayista erudito que hay en este escritor, es, por definición, un hombre de nuestros tiempos que se ha colocado moralmente por arriba de su siglo.

Es una excepción honrosa ser en estos días escritor valiente que es capaz de señalar una veta interior espiritual, denunciando al hombre hasta darnos el "significado del temperamento urano" en "Alexis".

Quien habla del "Homosexualismo Creador", es un hombre que no teme descender a los abismos de la biología para desempeñar, en concurso con elementos históricos la verdad sombría o simplemente humana; aunque esa sombra del limo humano pueda calificarla de "amistad romancesca".

Tal vez su apego a la verdad fuese explotada contra sí mismo, por vocearla a todos los vientos, ya se trate del amor a Dios, a la tierra o al hombre, puede significar un mal avenimiento con la vida o con el pecado dueño de este mundo. Pero, ni aun aquí su afán de perfeccionamiento escapa al análisis de sí mismo o de los demás. Como Amiel, no temería desnudarse espiritualmente si fuera necesario para revelar alguna verdad oculta en la psicología del hombre. El pronunciarla vale algo más elevado que el silencio mismo, que la cobardía de callarla. Su amor por la verdad de naturaleza, se hace en este caso exaltación poética, misticismo voluptuoso que rebasa, desbordándose en la vida el contenido del deseo. Aspiración imperiosa de realizarlo, según el pensamiento de Siegmundo Freud, en el arte, en la ciencia o en la vida, en las alturas del pensamiento, o en la conducta misma.

"A Alberto Nin Frías no se le ha comprendido" En torno suyo sopla el viento de una incompreensión dogmática cerrada en círculo que desconoce el sentido del amor y el ritmo de la evolución creadora. Su fondo humano es hasta el límite de la ternura que lo alienta angelical. Hay algo de paternal, de santo hogareño en las manifestaciones artísticas de este hombre bueno cuya bondad misma es fortaleza invencible, y fecunda. Es más valiente en su aparente mansedumbre que muchos varones. Es una virilidad incondicionada a la medida vulgar del hombre.

Tiene el valor de confesar la verdad, a riesgo de verse incomprendido. Sabe ser él mismo, definiéndose como escritor que vive su propia vida interior, creyendo servir dignamente a la vida.

Si hay versatilidad en él, deberá traducirse en devenir. "Evoluciona, transformándose." De aquí su interés manifiesto en

toda su obra de ahondar la conciencia de la vida a través de lo bueno cuya bondad misma es fortaleza invencible, y fecunda crítica histórica, de la interpretación del fenómeno cristiano, del culto a la naturaleza, poniéndose siempre al lado de los dioses y no de los demonios. "Intenta construir y no destruir". Otros hombres que ensayan su fortaleza, su agresividad viril destruyendo la vida, sólo han pontificado para dar a luz obras impías, llenas de pecado y de servidumbre moral. Por mi parte, que soy de los que no se asustan de descubrir la verdad, aunque con ello me vea condenado a sacrificar mis viejos ideales a cambio de nuevos y mejores, —alabo en Alberto Nin Frías su obra de escritor como la de un escogido que, por tan diversos y valiosos títulos, debe alcanzar la legítima gloria de los vencedores. Y éste será su destino.

MANUEL NUÑEZ REGUEIRO.

Profesor de Filosofía en la Universidad
del Litoral, Rosario, Junio 25 de 1933.

Su libro "Alexis" o el significado del temperamento urano" me parece muy bien, con algunas reservas que no es ésta la ocasión de exponer porque espero realizarlo en algunas de mis próximas publicaciones. A parte estas reservas, "creo que su libro será en adelante imprescindible para el estudio del problema urano."

Recibí todas sus cartas. Si no las contesto puntualmente es porque vivo bajo una losa que cada día aumenta en pesadumbre de quehaceres y preocupaciones, aun cuando siempre lleno de optimismo en España y en el mundo.

Le reitera todo su afecto y simpatía, su amigo

GREGORIO MARAÑON.

Madrid, 4, abril de 1932.

Creo que en adelante su libro será imprescindible para el estudio del problema homosexual.

GREGORIO MARAÑÓN.

Todas las cosas malas tienen en común que toman el medio por el fin.

TOMÁS DE AQUINO.

*Formusum Pastor Corydon ardebat Alexim
Delicias domini, nec quid sperabat habebat.*

VIRGILIO, Egloga II.

ALEXIS

Las civilizaciones latinas no están aún maduras para el estudio científico y desinteresado de los problemas sexuales.

CHARLES LALO.

Vivimos en una época muy parecida a la de los últimos siglos del paganismo, tiempos de reflexión, de sobrecogimiento, de goces excesivos por la acumulación del bienestar, de inquietudes religiosas, de nuevas interpretaciones éticas y de aspiraciones sinceras, aunque confusas, hacia el logro de la verdad, en todas las esferas y en todas las actividades. Aparecen nuevamente en el mundo la desazón de lo existente, la insatisfacción de los instintos exacerbados por una vida demasiado artificial, la impotencia de cuanto podemos adquirir para hacernos felices o procurarnos la paz del espíritu, y es muy comprensible que los espíritus cultos y refinados vuelquen su atención hacia un nuevo orden de valoraciones. Constituye este fenómeno, hoy día, una aspiración poderosísima, y se concentra en lo que al estudio científico se refiere, en la tendencia androginoide de la sociedad. Nunca se ha buscado tanto como ahora el explicar al ser humano a través del objeto de su libido; escribáse acerca de Napoleón o de Robespierre (Hans von Hentyg), descríbase a Miguel Angel o a Leonardo da Vinci, deleitennos los sonetos de Shakespeare, o las odas en prosa de Walt Whitman, siempre, al estudiar la vida de unos y de otros, se harán alusiones precisas a sus amores, a sus secretos males eróticos, a sus debilidades por no haber sabido resistir, en una palabra, a las tiernas llamadas de Urano, como debiera denominársele al dios que personifica a la amistad romancesca.

La sociedad de sabios y artistas persigue con morbidez este

aspecto de la humanidad. Entre verdaderos montones de libros dedicados a la cuestión del uranismo u homogeneísmo de los ilustres varones, tanto de Plutarco como de los más recientes historiadores, se destaca un librito de André Gide, "Corydón", cuatro diálogos socráticos, que, acaso por conocerse la vida privada de su autor, haya alcanzado una difusión extraordinaria como definidor de esta tendencia.

La obra de este espíritu bizantino no es convincente ni agota el tema en ningún sentido, porque su autor rehuye cuanto puede dar el fruto de su propia experiencia psíquica, situando la argumentación fuera de la persona humana (1). Jamás el animal podrá explicar al hombre, y menos aún entre aquéllos, la familia de los insectos y de los pájaros. Al hombre y a sus peculiaridades, es menester estudiarlos en los hechos de su propia vida psicofísica, en las palpitaciones angustiosas de su corazón, que va en pos, como enloquecido, de un objeto que recibe el anatema del consensus fidelium. Debe existir una razón muy grave, muy profunda, para la consumación de esa experiencia erótica que vuelve a un grupo de seres humanos, no exentos de afinada inteligencia e imponente carácter, demasiado altivos y enfermizamente sensitivos, como para alcanzar jamás la dicha amorosa deparada al común de los mortales.

¿Qué hay tras esta tremenda realidad? ¿Hacia qué ámbitos lleva el cruzar esta puerta estrecha?

No lo revela el clásico artista, príncipe del lenguaje, que hay en Gide. Le retiene siempre, en el fondo, esa repugnancia de que nos habla Bernard Shaw y acerca de la cual escribe Ernest Charles, en la Gran Revista, caracterizan, en el caso del autor irlandés, a los hombres normales y, en el del escritor parisino, a la mentalidad francesa, cuando consideran estos asuntos de las anomalías del amor. El francés es marcadamente el tipo del hombre "a femmes", el sujeto de "bonnes fortunes", cuyo prototipo hallamos en los reyes de Francia, Francisco I, Enrique II, Enrique IV, Luis XVI y Luis XV.

Lo que ocurre con el límpido prosador de Les Nourritures Terrestres, malgrado su egotismo mórbido, sucede hoy a los

(1) En "Si le grain ne meurt", memorias de A. Gide, relata la índole de su pasión amorosa, y sabemos entonces a qué atenernos.

pueblos hispanoparlantes. El uranismo no es considerado suficientemente en su aspecto científico y trascendental. A lo sumo, es un feo vicio, o bien una postura excéntrica o elegante que encubre intensiones estéticas de dudosa sinceridad.

La madurez sexual, alcanzada harto precozmente, es uno de los rasgos que vuelve al iberoamericano, para otros pueblos, nórdicos y anglosaxos, tan antipático y hasta repulsivo desde el punto de mira sexual.

Atraen mayormente el joven y la joven, en quienes perdura por más tiempo el proceso de la indecisión sexual, la ingenuidad e inocencia de lo erótico, perfectamente indeterminado, pues esa especie de semivirginidad mental y hasta sentimental, rodea a dicha mocedad de un nimbo de poesía y de humanismo poetizado. La brutalidad del apetito sexual, lejos de agregar hombría o feminidad en el noble sentido de los vocablos, se resuelve en un acercamiento a la pura e innoble bestialidad.

La postura mental alemana, inglesa, estadounidense, escandinava, hacia el problema de los sexos, hace posible que sus médicos, sus biólogos, sus filósofos, sus artistas plásticos y sus novelistas, puedan discurrir sobre él de una manera elevadísima, docta y con miras a la salvaguardia de la nobleza del instinto, encauzado en los rieles de la razón y de la ética biológica.

Esta norma es la que sigue el autor de este libro, que, dicho sea de paso, por haberse educado en ambientes suizos y anglosaxos, en la última década del pasado siglo, no conoció lo que tan acertadamente define Remy de Gourmont: "el naufragio erótico de la pubertad."

El idealista extremo repudia los hechos, y en este caso, poco acertado para fines de utilidad social, se encuentran muchas personas religiosas, las cuales, al prescindir del llamado obsesionante de la vida instintiva constitucional, contribuyen a crear la ficción del hombre socialmente normal, mas incuestionablemente anormal, dentro de su vida psíquica íntima. Los hombres así educados se tornan con facilidad hipócritas, cínicos y descreídos en alto grado, porque su verdadera vida psicofísica no corresponde a su disfraz social. Cristo fué terminante al denunciar la mentira y la hipocresía, mas supo en toda ocasión comprender con clarividencia y perdonar con benignidad, las

faltas cometidas contra la pureza. No abundo en los ejemplos pertinentes porque son de todos conocidos.

A pesar de todo lo que puede oponerse al esclarecimiento sereno, pedagógico y moral de este problema, no podemos menos que pensar en él, sino como una de las llaves máximas de muchos enigmas de la vida social, de la historia y de las artes. En ese desequilibrio psíquico de algunos seres, muy altamente colocados en la jerarquía de los valores humanos, ha brotado no poco de lo más bello y capital con que cuenta hoy día la civilización del mundo. Amando, sin duda, "not wisely but too well" (1), como lo expresa el refrán inglés, es que maduran en el hombre los más ricos frutos de su esfuerzo.

Olvidemos, siquiera por un solo momento, que el amor urano sea un pecado, despojémosle de su aspecto perverso y contemplémosle únicamente como un motivo de estudio, el más científico posible, y lo más ajeno a la malicia, a la estulticia y también al fango en que se le ha tenido por parte de quienes no toman en cuenta, la verdad ni la belleza. Tal fuerza de hecho real de la vida psíquica, tiene la inversión congenital como un factor acusado, fatal e inevitable de la vida humana, que así lo admite Andrés Raffalovich, de Lyon, en su notable libro *El uranismo y la unisexualidad*. Se trata de un católico de gran envergadura y de calificados conocimientos. Para salvar su conciencia, aconseja al invertido la práctica absoluta de la castidad.

* * *

¿Debe de decirse la verdad, toda la verdad puramente sentida, de lo que se aprende y experimenta, en beneficio de la ciencia?

Creemos firmemente que sí.

Los antiguos filósofos poseían un valor de que hoy carecemos los modernos, como conjunto social.

Si lo aseverado por la fe cristiana constituye la expresión de la verdad de la psicología del hombre, entonces nada puede temer ella de la búsqueda de la misma.

El encastillamiento del idealista sin ser comprobado, provie-

(1) Amando instintivamente y no razonando el cariño.

ne de lo impracticable de su doctrina, pues un ideal asequible puede estimular el mejor contenido del alma humana. La amistad heroica, la camaradería romántica figuran entre los grandes resortes de la buena conducta. En cuanto a las pasiones anormales, sólo pueden tener sentido práctico dentro de una minoría selecta o de un grupo aristocrático, porque tan sólo en esos medios alcanzan el poder de idealización.

Estudiese a este respecto la amistad exaltada en Grecia y en Roma, a Platón o a Plutarco y a Petronio, y así se constatará las dispares demarcaciones de la unión afectuosa en las almas viriles.

¿Quién es más capaz de abnegación hacia su amigo que el homosexual? Este rasgo tan hondo y bello, acaso, ¿no es como para enternecer a la sociedad en su favor?

Este tratado, este "eroticus", no aspira a ser una apología, ni menos una enciclopedia breve de curiosidades libidinosas, sino una contribución, leal y objetiva, al discernimiento de un problema, mancillado por la casuística y los sofistas. Merece la pena ocuparse de él, por su importancia dentro de la vida subconsciente de la especie humana.

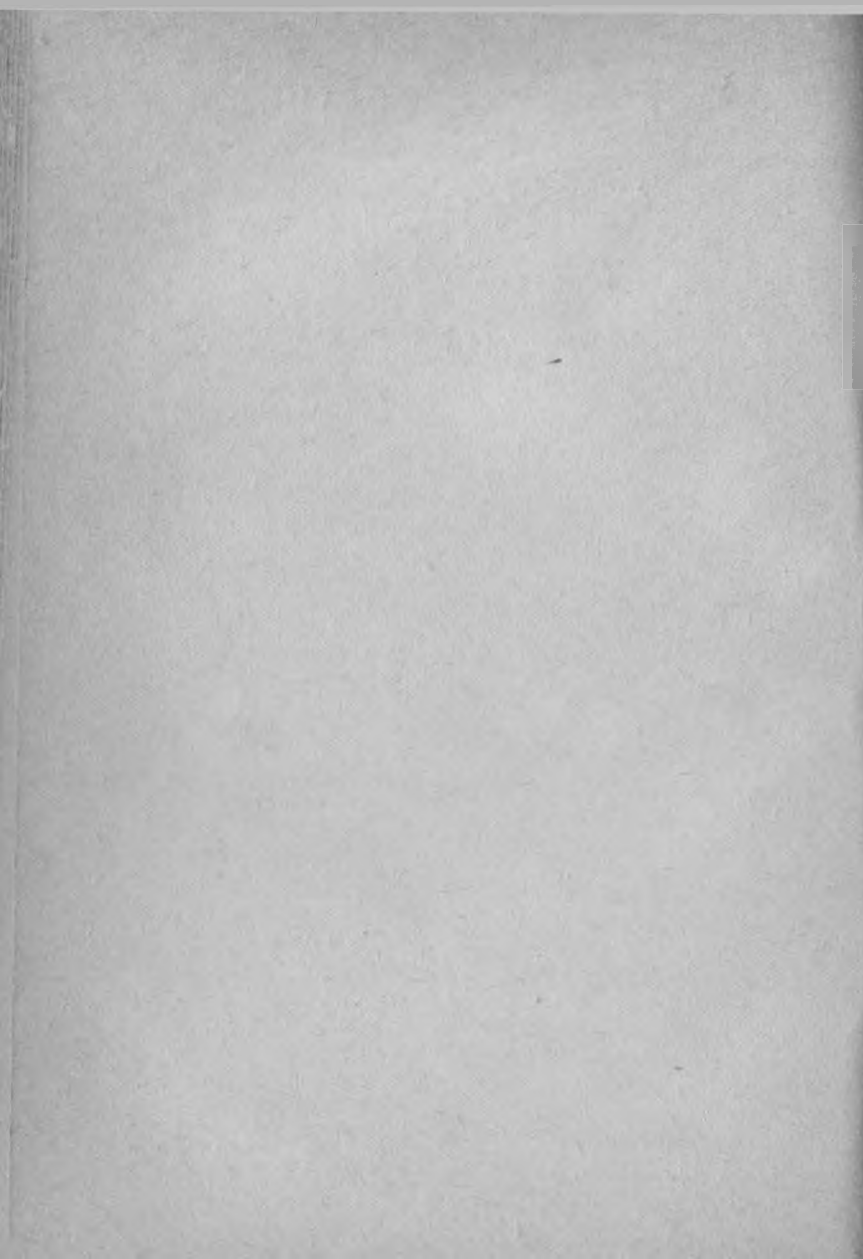
Estudiemos, hojeemos el libro, siempre interesante, de las páginas del alma humana (1).

ALBERTO NIN FRIAS.

Villino "Santa Teresita", República, núm. 198;

Villa Ballester (Argentina), 1931.

(1) El autor tendrá verdadero interés en recibir datos sobre este problema, ya que sólo con el aporte de la experiencia de miles de hombres, es posible formular leyes. Se hará uso de ellos con la prudencia del médico de almas.





PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

EL PROBLEMA PSICOLOGICO DEL URANISMO HUMANO Y EL PLANTEAMIENTO DE SU POSIBLE GENESIS

El urano, como todo ser viviente, necesita de un "habitat" donde pueda desarrollarse sin trabas y sentirse en armonía con el ambiente que exige su organismo. Esa propiedad, común a todos los grupos animales. le es evidentemente denegada por una mayoría social, y muy a menudo, por una legislación que no descansa en los principios médico-legales.

En nuestro estudio partimos de dos premisas, las cuales ganan cada día más terreno científico:

1ª La tendencia homosexualizante es de origen prenatal. La libido sería precisada por el íntimo sentir y pensar maternos. Los hijos mayores son los que más suelen adolecer de este sentir.

2ª Si el carácter específico, desviativo, de lo normal, del sentir invertido, lo distingue precisamente la inmadurez del apetito sexual —incompleto en el urano, pues no va más allá de lo unisexual—, entonces constituye este fenómeno una prolongación o proyección de la erótica adolescente hacia todo el curso de la vida. Se deduce de ello que el urano se muestra como un indeciso sexual, en el cual el poder reproductivo estaría muy debilitado y a veces completamente ausente.

Debe destacarse de manera llamativa el carácter alta y no pocas veces ridículamente idealista, del erotismo urano, confirmado en mentalidades tan exclusivas como son las de Platón, de Virgilio, de San Agustín, de Miguel

Angel, de Leonardo da Vinci, de Platen, de Luis II de Baviera y de Tomás Mann (1), entre multitud de otros. Este ímpetu idealizador no es otra cosa, en último análisis, que la transposición del sentimentalismo adolescente antes de especificarse en él el amor heterosexual. En el adolescente aparece cual un impulso atormentador que pugna por salir de sí mismo, por desdoblarse, por abarcar todo lo bueno, bello y verdadero que existe en el mundo fuera de su personalidad; mas este viaje encantado, el sujeto no lo concibe hecho a solas, sino acompañado de un amigo, de un camarada atractivo. Es el rostro que nunca se ha contemplado en un espejo y lo hace de pronto. La amistad se me figura la desdoblación del hombre, y un poco, cuando ella es extremosa hacia el amor heterosexual; empero, en el urano, cuya organización psíquica se estanca, se fija, se plasma, se enaniza en la parte afectiva, en ese período de la existencia, no va más allá de ese primer peldaño hacia la integración afectiva que se produce más tarde en uno y otro sexo.

El urano se me presenta como un "Peter Pan" psíquico (hago alusión al precioso cuento para niños de Sir John Barrie). Es más fácil caer en perversiones pasajeras, cuando la crisis psíquica de la adolescencia se resuelve por la normalidad amorosa, que cuando sucede lo contrario. Y esto se aduce de la razón misma idealizante de adolescente, extracto que el urano no sobrepasa. La plasticidad mental y la periodicidad de épocas de melancolía, distinguen a éste último.

El estudio científico de la adolescencia, ciertas distancias extremas salvadas de esa edad incierta, de ensayo, de tanteos, de afirmaciones ascendentes, ilumina extraordinariamente lo que se entiende por hombre urano, "Urnische Mensch" (2).

(1) Refiérome no al hombre, sino al escritor tal como se revela en su demorado análisis del sentir urano, en su libro "La muerte en Venecia" y "Tristán", etc.

(2) Título de un libro del Dr. Magnus Hirschfeld (1902) autoridad máxima en estas cuestiones.

¿Qué es la adolescencia? Se denomina así la edad que sigue a la infancia, y transcurre de la manifestación de los signos iniciales de la pubertad hasta el completo desarrollo del cuerpo. Se extiende, pues, del final de la infancia, de trece a catorce años en los varones, a los veinticinco años.

En Inglaterra se define generalmente a la adolescencia como el período vital que se desenvuelve entre los catorce y veinticinco años, en el hombre, y entre los doce y veintiuno, en la mujer. La razón de esta división entre la infancia y la etapa sucedánea, finca en que la psicología ha observado que existe un abismo profundo entre los mentados períodos.

Según el profesor Mendousse, la adolescencia se cristaliza alrededor de la última faz de la infancia, puntuada por el advenimiento de la pubertad y la "edad indecisa"; en esta última etapa madura, se organiza la vida para conseguir un nuevo equilibrio; este momento, propiamente dicho, constituye la adolescencia. El adolescente oscila entre el niño grande y el hombre joven. En esa época se despierta, por una parte, la función genésica, promotora de grandes perturbaciones en la vida afectiva, y por otra parte, urge al sujeto una sed de expansión generosa, la cual se traduce en posturas exageradas en el amor, en la amistad, en el entusiasmo, en el heroísmo, en la abnegación, en el amor por la ciencia y, especialmente, por aquéllas en que la imaginación tiene un papel preponderante, como son: la astronomía, la geografía, la electricidad, la química, la radiotelefonía. En el urano futuro, a esa edad, se acentúan la pasión por la soledad, la irritabilidad, los gustos por cosas raras, no compartidos por sus compañeros, simpatías o antipatías muy marcadas, la pasión por la lectura, amor a las artes, odio o aversión por los ejercicios físicos, actividades estas últimas que traen aparejada la promiscuidad. El joven urano es muy puñdonoso, tímido y vergonzoso. En fin, cuanto alcanza aspecto de cosa singular, personal, mística o íntima, le atrae con fuerza de imán.

Experimenta él cálida admiración por ciertos maes-

tros, ya sea por los que efectivamente le enseñan en clase, ya por los que lo hacen, a través de los textos. Esta edad —rica en esperanzas, huérfana de temores— es, reiterémoslo una vez más, un período inestable en el desarrollo físico y mental, y aparece como el segundo nacimiento que menta Rousseau en su "Emilio" (L. IV), y en él se originan los sentires desinteresados de orden social y religioso, nimbados de mística nobleza, poesía e idealidad, los cuales adquieren cierta sublimación importantísima, no sobrepasada en épocas subsiguientes de la vida. En Grecia se dió, sin duda alguna, la adolescencia del espíritu humano, y esa distinción suya es la que le vuelve eternamente juvenil, encantadora, atractiva para todas las generaciones. El infinito interés de su historia, de su ideología y de su arte, están íntimamente ligados al no haberse paralizado su pueblo en ninguna fórmula férrea, como lo hizo él de Israel, él del Egipto, él de la China y él de la India. Las facultades del helenismo están siempre en una actitud de perpetuo devenir. Esta edad —re-pito—, en la cual algunos tratadistas quisieran ver la edad ingrata, es todo lo inverso para el "hombre urano". La adolescencia resulta ser, en verdad, para aquél, su "edad de oro", porque siempre mira hacia ella con embeleso y la recuerda sin remordimiento. Fija ella su etapa de inocencia en que no se sabía él distinto de los demás hombres. Tiempos de felicidad sin amargura, momentos de apasionado idealismo, de erotismos místicos, son los de la época citada para el urano. Estas reminiscencias hacían decir a uno de ellos, que la primera vez que se había satisfecho a sí mismo había alcanzado la sensación de allegarse a lo infinito. Era —confesaba— su modo de viajar por los espacios sidéreos.

¡Qué tumultuoso entusiasmo siente el adolescente uranista por las cosas dispares, como son el teatro y la iglesia, el amor y el odio, el heroísmo y la cobardía, la ironía y una piedad conmovida, etc.!

CAPITULO II

LAS AMISTADES ESCOLARES: SU CONTENIDO EMOCIONAL DE
GRAN PERDURACION EN EL TIEMPO. — NUMEROSOS
EJEMPLOS HISTORICOS

La facultad de resistir a la intemperancia sexual es una cuestión muy personal. Nadie le ofrece más resistencia que el adolescente urano; empero, cuando llega a ser hombre es ya distinta cosa, y puede precisarse que su sed de goce se intensifica con una urgencia tal como si hubiera de capacitar el tiempo perdido en la etapa ultra-idealista de su vida. Parodiando el célebre apotegma de la picardía gala, podríamos decir: si la adolescencia comprendiese el influjo poderoso que ejerce sobre personas de edad adulta, y si la edad viril o la madura pudiesen aprovecharse de su propia experiencia.

La adolescencia está sujeta a muchas perversiones que, con el andar del tiempo y la frecuentación de distintos ambientes, hacen desaparecer naturalmente; pero no sucede así en el de temperamento urano, pues él queda ligado al embrujo de una perpetua edad crítica.

Cuanto más nos elevamos en la escala social o intelectual, cuanto más ricos en bienes, hallamos más sujetos inclinados al desvío de los instintos sexuales. La perversión, para florecer plenamente, necesita de un ambiente libre, holgado, y de una existencia individual posible; por esa razón, se desarrolla menos, entre las clases inferiores y pobres.

El urano —me refiero al que ya haya experimentado la euforia genésica— posee por lo común, entre otras muchas, las siguientes cualidades:

1º Gran despejo intelectual; afición a las carreras o empleos donde se hace gala de espíritu creador y de iniciativa.

- 2º Carácter ejecutivo prudente.
- 3º Ingenuidad, candor; cualidades éstas que le dan mucha energía e influencia moral.
- 4º Poder de afirmación de la personalidad.
- 5º Originalidad, gusto por lo novedoso.
- 6º Espíritu inquieto, activo y sujeto a cambios caracterizados por curvas ascendentes y descendentes de periodicidad.
- 7º Capacidad y resistencia para el trabajo mental; preferencia por estos últimos a los físicos y mecánicos.
- 8º Procura él merecer el cariño intenso de sus maestros y condiscípulos.
- 9º Extraordinario valor moral y coraje físico cuando está en juego la persona amada. Aunque la veracidad sea una de las cualidades que más estima el urano, es capaz de las mayores astucias para burlar toda conspiración que atente contra su dicha erótica.

En resolución: representa él un tipo muy superior al de la mayoría de los jóvenes de su edad. Ya sea que el complejo sexual plasme la anormalidad psicogenética, ya que —como lo aseveran algunos observadores, cuya naturaleza no es evidentemente uranizante— la vida del internado, la existencia cómoda, muelle, en un hogar rico, propician la transformación de la serie citada de dotes superiores en inmoralidad o perversión, el hombre urano es de una especie humana de tipo adolescentario. La llamada perversión llegaría a ser entonces algo así como la única salida a esas fuerzas físicas.

Habría notado toda persona altamente imaginativa —y por lo tanto deseosa de novedades, de experiencias, de hacer nuevos descubrimientos, y si ella posee un temperamento capaz de experimentar grandes emociones— que todo trabajo intelectual o artístico intensos, cuando va hermanado con grandes satisfacciones, predispone al deseo sexual. La actividad creadora agudiza el sentido genésico de modo notable.

Ahora bien; los psicólogos que no van más allá de la perversión adolescente, han de constatar que todos estos distingos, a lo largo del tiempo, integran el tem-

peramento uraniano. No nace, a mi parecer, el uranismo en el vicio solitario de los escolares o en la misma práctica sodomítica de esa edad, sino, que antes bien, esas satisfacciones de índole sexual se proyectan hacia las otras etapas de la existencia, enriqueciéndose con nuevas emociones, a medida que la cultura afina el espíritu. El tipo al cual me refiero, no varía aunque mude de ambiente, pues de lo contrario no existiría el uranismo como una peculiaridad psíquica, perfectamente calificada.

En la adolescencia, se ha insistido mucho en las consecuencias posibles de las perversiones; empero, no se ha querido precisar si es que con ellas fuera posible arribar a alguna cosa deseable fuera de ellas mismas; es decir, resultan en cierto modo esas manifestaciones, un medio de lograr un fin más alto, en muchísimos casos, a semejanza de una crisis, con miras a una transformación.

Atengámonos a lo que al respecto nos enseñan, un esclarecidísimo educador británico, Cyril Bruyn Andrews (1):

“El resultado general de estas estadísticas parece mostrar claramente que el adolescente pervertido no está marcado por ninguna debilidad mental o física, sino más bien todo lo contrario. La mirada abatida y triste que nos describen los moralistas, brilla por su ausencia. El pervertido es, con frecuencia, una persona de figura atlética y visiblemente inteligente, y su vida futura llama más bien la atención por el fracaso de sus promesas de adolescente que por cualquier catástrofe dramática o inesperada.

Las actitudes mentales y físicas del pervertido, tan por cima del promedio durante los años de la adolescencia, parecen haber agotado sus fuerzas en los excesos juveniles, y caen en una evidente mediocridad en los años subsiguientes”.

Prescindamos de que el autor describe a un joven de catorce a dieciocho años en los párrafos aducidos, y podrá

(1) “Introducción a la Educación de la adolescencia”, (1922).

contemplarse el retrato del urano adulto. Cuando la pervisión del hombre maduro va acompañada de una vasta capacidad mental, precisamente lo que ocurre en la psicología uraniana, observamos que ese proceso aparentemente vicioso ha constituido en realidad un tramo de un desarrollo ulterior, del cual ha salido el temperamento citado. Es menester, empero, hacer hincapié en un fenómeno, al cual ya hice alusión: el adolescente, cuya constitución psicofísica se resolverá por el uranismo, no es tan dado a las perversiones a esa edad como los individuos de futura resolución venérea o normal; ese pequeño ser aparece como un idealista exaltado, para el cual el amor constituirá un asunto deliciosamente poético y ajeno a todo grosero comercio de la carne. El análisis de la vida de grandes personalidades, desde este punto de mira, es concluyente en este particular.

De la edad de catorce a los dieciocho años, la amistad se confunde fácilmente con el amor.

Consideremos el dolor de San Agustín, motivado por la pérdida de su amigo de la misma edad: *'Et conflor-entem flore adolescentae ...'* "El dolor de esta pérdida anegó de tinieblas mi corazón. Por doquier se me aparecía el muerto. La patria tornábase un suplicio, y la casa paterna una calamidad inconcebible. Cuanto había compartido con él, volvíase en su ausencia tamaña tortura. Mis ansiosos ojos le buscaban por doquier y no daban con él en parte alguna. Todo era horroroso para mí porque él no se encontraba en sitio alguno, y nadie ni nada podía devolvérmelo y manifestarme: "¡Hélo aquí, él va a llegar!" Como todo me lo anunciaba cuando él vivía..." (1).

Un moderno historiador, Michelet, poco entregado a lo místico, emplea casi los mismos términos para evocar su tierna amistad con Jules Poinot (1818), que llegó a los mayores extremos del cariño: "Es tan sólo con emoción que vuelvo a tomar el hilo de mi relato.

(1) "Las confesiones", lib. IV, cap. IV.

Yo voy a hablaros de un encuentro que fué sin duda el acontecimiento más saliente de mi adolescencia”.

En otro capítulo de su conmovida obra “Ma Jeunesse”, describe con estas ardorosas palabras su memorable intimidad espiritual:

“Creo que Dios tuvo compasión de mí el día que me devolvió a aquel que tan sólo era capaz de dulcificar cualquier pena: mi caro amigo Poinset. Después de una ausencia muy prolongada me fué devuelto, y eso para siempre . . .

“Domingo 14 de mayo. — La ausencia obra de la misma suerte sobre la amistad que sobre el amor: es como el golpe de la fragua.

“Domingo 6 de agosto. — Esta amistad tiene algo —¿cómo lo expresaré?— de romántico, que es tan sólo dado encontrar comúnmente en el Amor . . . Constituye una equivocación del Demiurgo, el cual por dos veces ha realizado el eterno ejemplar de la misma alma, si he de hablar como Platón . . .”

Schelley, el divino, alude asimismo al fuego sagrado de estos transportes amistosos de la adolescencia, en su “Ensayo fragmentario sobre la amistad”, el cual, según referencias de su amigo Hogg, fué escrito poco antes de su trágica muerte:

“Recuerdo haber trabado una amistad de esta clase en la escuela. No recuerdo exactamente la precisa época en que este acontecimiento tuvo lugar; pero presumo que debió ser entre los once y doce años. El objeto de estos sentimientos fué un jovenzuelo casi de mi misma edad, dotado de un carácter evidentemente generoso, valiente y delicado, y en el cual habían sido mezclados genialmente, desde el nacer, en su naturaleza, todos los elementos constitutivos del humano sentir. Había delicadeza en sus modales y resultaban ellos inefablemente atractivos. No tuve la dicha de hallarle después de mis días escolares; pero, o confundo mis actuales recuerdos con decepciones de sentimientos habidos, o es él actualmente para los que le rodean una fuente de honor y de utilidad. Los matices de su voz eran tan gratos al oído

y seductores, que cada una de sus palabras repercutía en mi corazón; y sus rasgos patéticos eran tan profundos que al escucharle yo, mis ojos se llenaban de lágrimas. Tal era el ser por el cual experimenté por vez primera los sagrados sentires de la amistad”.

El alado poeta, que como bienquisto de los dioses, murió joven, demasiado joven, era de rostro bellissimo y con rasgos que denunciaban a las claras su vívida y entusiasta inteligencia. Traslucía, además, en su fisonomía una expresión moral que no le iba en zaga a la intelectual, y sugería ella gentileza, suavidad y hasta evocaba algo de profundamente religioso.

Lord Byron, en una carta dirigida a miss Pigott, fechada el 5 de julio de 1807, desde Trinity College, Cambridge, pinta su romántica pasión de adolescente por un joven cantor de iglesia, dos años menor que él:

“Me regocijo que usted se interese por mi “protegé”. Ha sido él “casi” mi “constante compañero” desde el mes de octubre de 1805, cuando ingresé en el Trinity College. Su voz me cautivó la atención: su “fisonomía” la fijó, y sus modales ligáronme a él para todo tiempo . . . A buen seguro le amo más que a otro ser humano, y ni el tiempo ni la distancia han de influir para que lo abandone, a pesar de que mi naturaleza es muy cambiadiza. En resolución, haremos ruborizar a lady E. Butler y a miss Ponsonby, superaremos a Orestes y Píldes, y no deseamos ser víctimas de una catástrofe como a la sobrevenida a Nisus y Euryalus para dar el esquinazo a David y Jonatan. Es mi amigo más afectuoso aún conmigo que lo que yo soy con él. Durante todo el tiempo de mi estancia en Cambridge nos reuníamos todos los días, invierno y verano, sin aburrirnos un solo momento, y nos separábamos siempre con creciente pesar”.

En su autobiografía, Leigh Hunt, erudito inglés que estudió a conciencia el “Parnaso italiano” y fué a la vez un precursor de Keats, relata con vivísimos colores y emocionado acento sus amistades de colegio, que son de un tipo esencialmente platónico:

“Si yo no hubiera cosechado otros beneficios de la escuela Christ Hospital, que el recuerdo de las amistades allí contraídas, tendría siempre cariño hacia ella, pues ellas diéronme la primera impresión celestial del más espiritual de los afectos. Si en alguna oportunidad gusté del éxtasis de los inmortales sobre la tierra, fué durante el curso de una de esas amistades que contraí en la escuela, antes de que pudiera siquiera pensar en un sentimiento más pleno. Nunca se me obliterará la impresión que ella me produjo. Amaba a mi amigo por su mansedumbre, por su candor, por su espíritu veraz, por su buen renombre, y aun por la ausencia en él de aquellos elementos más animosos de mi propia naturaleza, así como también por su bondad serena y razonable. No me atraía hacia él ningún talento en particular ni nada notable de ninguna especie. Lo resumiré todo en una sola palabra: era, sin duda alguna, su bondad lo que me enajenaba. Dudo mucho de que él tuviera jamás una décima parte del concepto que yo me había forjado de él o del respeto que él me inspiraba; y ahora me sonrío al pensar en la turbación (aunque nunca la demostrase él) que solía experimentar a causa de mis manifestaciones entusiastas de cariño, pues le tenía yo por un ángel. No exagero al decir que, ausente la parte espiritual de este asunto —su genialidad y sus conocimientos—, no existe vanagloria consentida en el carácter más romántico de los héroes de Shakespeare que sobrepusiera a mi sentir por los méritos que le atribuía y por el goce que yo experimentaba cuando estaba en su compañía. Con otros muchachos me dedicaba a hacer travesuras y armaba motines con bromas fantásticas; mas cuando estaba junto a él, o al pensar en él, caía yo en una especie de arrobaamiento sabático, y, de ello tengo la certidumbre, hubiera dado mi vida por la de él.

“Luego experimenté este delicioso afecto sucesivamente por tres camaradas, hasta tanto dos de ellos se fueron a correr mundo y me olvidaron. Empero, este sentimiento decreció con cada uno de ellos, y en más de una ocasión comenzó a competir con un nuevo haz de emociones,

especialmente con respecto al último de estos amigos, puesto que me enamoré de su hermana . . .”

El proceso afectivo puntualizado en este sincero relato es muy típico de la adolescencia cuando su curso es absolutamente normal, pues asoma hacia el final de esta confesión la apetencia por el amor heterosexual. ¿Qué mejor prueba suministra ello de nuestras premisas?

Continuemos estos testimonios, preñados del sentido de lo erótico, con este trozo de corte romántico, debido a un hombre de los más extraordinarios del siglo pasado, Benjamín Disraeli, que muchos años más tarde habría de apellidarse conde de Beaconsfield y constituirse en el creador político del Imperio británico. La valía de su apreciación está aún realzada por la clase de intelectual a que pertenece el escritor, fusión de dandy a lo Beau Brummel y a lo duque de Lauzun, y de una inteligencia clarividente y perspicaz en el atisbo del futuro.

He aquí el pasaje mentado, extraído de su novela “Coningsby”:

“En la escuela, la amistad es una pasión. Embelesa al ser; sacude el alma. Todos los amores de la vida subsiguiente jamás pueden acarrear sus arrobamientos o sus miserias; ninguna felicidad resulta tan absorbente ni son tan aplastadores ni punzantes los tormentos de los celos o de la desesperación. ¡Qué ternura y qué abnegación! ¡Qué confianza sin límites, qué revelaciones infinitas de los más recónditos pensamientos! ¡Qué presente arrobado y qué romántico futuro! ¡Qué amargos apartamientos y qué conmovedoras reconciliaciones! ¡Qué escenas de recriminaciones mutuas e impetuosas! ¡Qué explicaciones perturbadoras, qué correspondencia más apasionada mantienen entre ellos los amigos! ¡Qué alocada susceptibilidad y qué frenética sensibilidad! ¡Qué sacudidas de corazón! ¡Qué remolinos del alma! Todo ello está contenido en esa sencilla frase: ¡la amistad de un escolar!

“Un íntimo temblor —que diría Eduardo Spranger ante los hechos citados—, la adoración de algo elevado, por encima de la apariencia una profunda timidez y la

vergüenza de la propia insignificancia caracterizan a este eros peculiar”.

Mas resumamos estos notables ejemplos de esta erótica adolescente con la rapsodia que entona Platón cabalmente a esta fase de la psicología humana:

“Cuando el elegido, uno de aquellos que han contemplado allá arriba muchas cosas, divisa uno de esos rostros, comparables a los dioses, que reflejan aquella gran belleza o la bella forma de un cuerpo, estremécese, y un sacrosanto terror le sobrecoge como nunca; entonces fija su vista en el joven y le adora como a un dios; más aún, si no fuese por evitar la apariencia de la locura, haría sacrificios al amado lo mismo que ante una imagen, lo mismo que a un dios. Pero mientras contempla así al amado, sucede algo maravilloso en él; el espanto cede y se convierte en un desusado fuego, brotándole el sudor; lo que aparece desbordar de la belleza le entra por los ojos y empapa y calienta las alas de su alma. Y con este calor se funde todo lo duro y rígido que ha impedido hasta aquí el brote de las alas, y vedlo: la raíz del ala, a quien afluye así alimento, se convierte en cañón, y el cañón se cubre de plumas y se convierte en ala; “pues el alma era en un tiempo toda alada, era un tiempo toda ella alas”. De este modo se calienta el alma, y hierve, y borbota. Y lo mismo que los niños, cuando los dientes les salen, sienten un picor y un cosquilleo doloroso en la encía, así padece también el alma, a la que crecen las alas; tiene fiebre y está excitada y siente un picor. Mas cuantas veces ve la belleza del joven, apodérase de ella el deseo, y el alma se inflama en él y se calienta toda, y se libra de los dolores y da gritos de júbilo. Pero cuando nuevamente está separada de él y siente sed de él, se secan también las fuentes de las alas, se cierran, y el plumaje no puede brotar. El plumaje, encerrado a la vez que el deseo, golpea y salta como el pulso, queriendo salir; de forma que ahora el alma, por todas partes como punzada, enloquece de dolores. Y sólo el recuerdo de lo bello logra alegrarla. Mas como así la alegría y el dolor están mezclados en ella, el alma se torna extraña y si-

niestra para sí misma, y rabia desamparada, y no puede dormir de noche, ni tiene descanso en todo el día, y corre anhelosa allá donde cree lograr ver al que tiene la belleza. Y sólo cuando ve a éste y ha encontrado el cariño que satisface sus deseos se abre lo que en ella estaba encerrado, y respira, y el alma queda libre del tormento de los agujones y goza en aquel momento del placer más extremado" (1).

Insistamos en ello, y nunca lo haremos lo suficiente, en que siendo la amistad lo supino en la vida sentimental del adolescente, fatalmente, al proyectarse ese modelo afectivo en el adulto urano, muchacho grande este último —que evoluciona en el sentido de lo profundo, del tiempo, del conocimiento y de la experiencia adquirida, mas no en esencia—, atisbaremos cómo la manifestación más natural del mundo en esta precisa psicología, la constituye el sentimiento amistoso, es decir, la cordialidad honda, zahorí, tierna, de varón a varón. No obstante, prosigamos aún el proceso que va de la normalidad adolescente al uranismo, propiamente dicho o por excelencia, y anotemos la nueva agregación que supone la aparición definitiva de ese sentimiento puro en el adolescente, pero que en el adulto, aquel contenido de ternura, lleno de ansias, pleno de floraciones libidinosas, se transforma ya en la sed incontenible del amor físico de definida índole sexual. Al eros suprasensible e imaginativo viene a sumarse el apetito de satisfacer la urgencia sexual, despertada por individuos del mismo sexo. El misterio de este proceso psicobiológico sólo es, por ahora, de Dios comprendido, pues es cosa más para ser sentida que descrita en sus etapas sinuosas. Aquí nos hallamos frente a la tragedia del tipo uranio que, al querer al efebo o lo que se le asemeja, lo hace por quererse a sí mismo y rendir de ese modo pleitesía a su prototipo.

Esta doctrina aduce —aplicándole el pensamiento de Santo Tomás, que sirve de epígrafe y como criterio para entender en estas cosas— que el uranismo bien pudiera

(1) Platón: Diálogo, Fedro.

ser —como todo lo hace vislumbrar— un “medio” para la obtención de fines más elevados, para captar formas más sutiles de vivencias espirituales, políticas y estéticas más evolucionadas. Detenerse, pues, en el aspecto puramente sexual y sensual de esta revelación anímica, fuera hacerlo realmente un vicio, una monstruosidad “per se”, porque interrumpe en el hombre —¡y en qué clase de hombres! Alejandro Magno, Julio César, Hadriano, Julio II, Guillermo III de Inglaterra, Federico el Grande, Luis II de Baviera, Miguel Angel Bounarotti, Leonardo da Vinci, Giovan Antonio, il Sódoma, el pintor de la más delicada belleza viril; Sócrates, Platón, Sófocles, Píndaro, Fidias, Epaminondas, Virgilio, Anacreonte, Parménides y Zeno, Harmodius y Aristogeiton, San Agustín, Teócrito, Cátulo, el Sultán Baber, Suleyman el Magnífico, Montaigne, Molière, Alfieri, el conde de Platen, el teólogo danés Kierkegaard, Shakespeare, Marlowe, Beaumont y Fletcher, sir Philip Sidney, Juan Joaquín Winckelmann, Grillparser, Karl Henrich Ulrichs, Nietzsche, lord Byron, Eduardo Fitz-Gerald, Walt Whitman, John Henry Newman, Eduardo Carpenter, el marqués de Vauvenargues, Jules Michelet, Paul Verlaine, Arturo Rimbaud, Marcel Proust, André Gide, Hans Andersen, los afamados guerreros, el gran Condé y el príncipe Eugenio, Robespierre, D. H. Lawrence, Tomás Mann—la unión con la mujer, o sea la reproducción en el tiempo y en el espacio de su rica y espléndida personalidad, que tan sólo en esa forma puede ser transmitida a la sociedad del futuro.

Reduciendo en lo posible a los límites de una enumeración esquemática los diversos tramos del edificio amoroso, hagamos un alto en estas amistades entre adolescentes, afectos que por múltiples caminos se dirigen al logro de la virilidad, de la madurez y de la plenitud del amor:

a) Confianza mutua, elevada a un grado inconcebible para el adulto.

b) La imperiosa necesidad de sentirse estimado por el camarada.

c) Objetivos perseguidos en común, que dan placer, tonalidad e interés entusiasta a la vida.

d) Vida de secreteos, en que se procura evitar toda intromisión de personas de otra edad.

Mas, y así con todo, estas uniones camaraderiles concuerdan más con el genuino amor de la época de la madurez que con la amistad entre adultos, propiamente dicho, ya que está caracterizada por las siguientes manifestaciones:

e) Terneza en las confidencias.

f) Arrebatos de celos.

g) El deseo de posesión exclusiva y absorbente.

h) Misticismo vagoroso.

En este último distingo, que llamaríamos zona metafísica de la conciencia, es donde puede germinar una desviación, apenas consciente en un principio, del instinto sexual hacia fines colaterales, que aún se halla en un estado incapaz de precisarse en aspiraciones normales y terminantes. En todos estos rasgos—que distinguen a las uniones amicales entre adolescentes del mismo sexo, con su cortejo concomitante de anhelos obsedantes y alocados, que se traducen muchas veces hasta en no poder soportar la ausencia del amigo amado— es que se esbozan los primeros fundamentos del verdadero amor que más tarde esplenderá plenamente.

Si las mentadas relaciones se anudan entre maestro o discípulo, o entre un adolescente y otro de más edad, es muy posible, probable y hasta fatal, que se solucionen ellas en allegamientos más íntimos e inconfesables.

El eros homosexual espía, acecha el momento propicio y se insinúa en el ánimo predispuesto cuando menos se espera. Por un lado, aparece la imprudencia de la inocencia, sacudida por anhelos y sentimientos nuevos y, por otro, la sabiduría y la astucia de la experiencia que divisa la oportunidad propicia de satisfacerse. La necesidad de protección y de amistad, que atormentan al adolescente, que por muchos motivos se siente muy solo en un mundo al cual empieza a comprender y a inves-

tigar, le hacen la fácil presa de un urano experto o sencillamente sincero consigo mismo.

La concepción pedagógica de Sócrates, maestro de los maestros, como una forma de cariño hacia el alumno, arroja mucha luz sobre estos casos.

Existe otro ejemplo de estas hermosas conjunciones de sentimientos, cuando el alma es más impresionable y fresca, cual aparece en el caso que paso a citar.

Como se ve aquí, el efecto es límpido, y pone frente a frente dos estructuras espirituales muy diversas y de distintas edades. Como se puede colegir, la amistad entre adolescentes, fácilmente puede convertirse en tema de la más alta poesía, de la embriaguez espiritual que, según Platón el Divino, define a la juventud. Asistimos al leer estas páginas a la aurora del amor que se eleva a la casta intelectualidad, a la cual prestó su nombre el sabio de la Academia.

En una novela, a buen seguro autobiográfica, de un joven novelista inglés (1) aún poco difundido, se encuentra un trozo muy iluminativo acerca de aquella temprana amistad que nace en los más puros goces estéticos:

"Temprano sentí la dignidad, la hermosura, la dulcedumbre de la amistad."

"Jamás pude leer el primer "Libro de los reyes" sin experimentar cierta turbación afectiva. Sobre el fondo trágico, sangriento y desalmado de aquellos rudos tiempos de la nación israelita, se destaca, cual un lirio sobre un erial, este idilio inmortal de la amistad: "El alma de Jonatán estaba uncida a la de David, y Jonatán lo amaba como a su propia alma... David y Jonatán labraron entre sí un pacto porque éste último le quería como a sí mismo"... "Lo que mande tu alma, eso haré por ti", prorrumpe el magnánimo hijo de Saúl."

"La amistad trájome los deslumbramientos de la vida. En su seno se originó para mí el culto por la forma

(1) David Strathmore: "Recuerdos de la infancia".

física como exponente de la belleza de adentro, espiritual o mística. Parecer hermoso y asociarme a seres dotados de hermosura, me obsediaba con la fuerza de un instinto. Sólo me era dado pensar en la juventud y en la belleza, cual en cosas dignas de inmortalización.

"Dulcemente dormitando en los umbrales del portal de los ensueños.

"Mi primer amigo, si tal puedo llamarle, fué un jovenzuelo de dieciséis años, el lacayo de mis padres. Destinado él —como todos los segundones de una familia en los cuales era hereditario el cargo de jardinero en jefe de Manresa House (1)— para ayuda de cámara, una vez cumplida su mayoría de edad, del duque de Norfolk, había sido colocado en nuestro hogar hasta tanto lograrse la estatura requerida por el noble señor antes citado, para su servidumbre. "¡Charito blepharos!", era él lo más parecido que haya yo visto a un mancebo griego, como ser: Tryphon, hijo de Eutychos. Su fragante adolescencia parecía haberse desprendido de un estelio de Atenas, donde puede apreciarse esa belleza, "en que el alma se mueve como en la superficie", juvenil, pristina, acabada y señalada por Grecia cual modelo del tipo humano. Viendo a este efebo, entreví una juventud idealmente vigorosa y bella, animada por místicos deleites y sofrenada por el "ascesis", o señorío de sí. Hoy, al evocarle cual un vivo a un muerto, pues acaso jamás nos volveremos a encontrar, pienso en la obra maestra de Antonio Rosselino, la tumba del joven cardenal de Portugal..."

.....

"Los rasgos del joven cardenal se fundían en los de mi amigo. La armonía de su cuerpo casto me transportaba, porque era el natural complemento de un alma serena hasta la impasibilidad.

(1) Casa de novicios de la Compañías de Jesús, cerca de Londres.

"No puedo evitar el relacionar esta imagen inspiradora a la del androginesco Adán, de Miguel Angel, donoso, fuerte, musculoso, eurítmico y animándose al mandato del divino dedo. "Levántate y anda", acaba de significarle su Creador. Los ojos de Adán ábrese gentilmente a la luz. La nobilísima testa está inclinada hacia el torso poderoso en un movimiento de abando de extraordinario efecto plástico.

"¡Qué poema de belleza física resulta ser la figura ideal de esta imagen del primer hombre mientras se entrega a respirar el goce del vivir más elevado! ¡Cuánto conforta la figura del hombre antes de quebrantarlo un rudo destino!

"A semejanza de los discípulos de la clásica Antigüedad, que el Renacimiento hizo revivir apenas, holgábame con la hermosura excepcional y apacible de este compañero de mis juegos. Olvidábame en ese instante de la brumosa isla y cabalgaba hacia la Grecia clásica, de la cual mis antepasados eran hijos doctos. Aún no había leído a Platón, máximo deleite no experimentado hasta los veintisiete años. Participaba, no obstante, de su idealismo trascendente y de sus sublimes enseñanzas.

"A haber muerto yo en el momento de aquel afecto, hubiera vagado mi alma por la tierra cual la del doncel Elpenor, la cual volvía para pedir a Ulises le enterrase con el debido rito."

.....

¿Puede columbrarse cuadro más sugestivo, más encantador y más límpido que estas amistades entre adolescentes?

"A pesar de cuanto presuma nuestra mente, siempre se acrecentará el valor personal por la comunión con espíritus fraternos. Púsome la amistad en la tierra de hadas donde despertó Alicia y compuso Shakespeare su comedia "El sueño de una noche de verbená".

"A Dios gracias, fui dotado de aspiraciones tales, que tan sólo lo más elevado y lo más profundo pueden enlazar a mi espíritu.

"¡El pone a un amigo en la senda del bienamado más dulce que la hidromiel y más valioso que todo el oro de Rockefeller!

"Atisbo las pupilas azules y húmedas del amigo fraterno, su boca pequeña y su nariz de fino dibujo, sus blondos cabellos ensortijados, la frente rectangular y espaciosa, la sonrosada encarnación . . ."

Continúa describiendo el autor los paseos hechos en común, los atardeceres invernales, pasados frente al fuego del hogar, y con todo ello nos franquea la puerta de un mundo en que sólo la adolescencia, o su transformación uránica subsiguiente, pueden habitar sin inquietudes ni zozobras.



SEGUNDA PARTE

CAPITULO III

VIRGILIO O EL POETA

El eros es amor a algo bello. Pero no simplemente amor al arte o amor a la idea, sino, en primer término, a una belleza viva.—EDUARDO SPRANGER: "Psicología de la edad juvenil."

Veamos ahora cómo concuerda la doctrina esbozada en el capítulo anterior, con los hechos de la vida de un ser determinado. Desde luego, nuestros asertos, cuidadosamente fundamentados, se originan en las conclusiones sexológicas del maestro Gregorio Marañón, cuya explicación de los estados intersexuales tenemos siempre a la vista, pues el problema de la diferenciación sexual es la llave de muchos, si no de todos, los enigmas del amor. La consagración mental a estos hechos, más acusada, y hasta fastidiosa diremos, por lo prolija, nos lleva a hacer nuestros sus postulados —con los cuales se finaliza la desorientación definitiva de la psiquiatría moderna más calificada—:

"La homosexualidad es la consecuencia de un estado intersexual" (que denominaremos en este tratado, erotismo platónico; amor psíquico, amor mental, que atenacea, desasosiega con preferencia y más al adolescente, que lo sexual del amor sentimental, cuyo objetivo es la reproducción de la especie bajo el aguijón o el disfraz de la voluptuosidad; puberismo cerebral, bisexualismo, estado en que debió hallarse Adán, el primer ejemplar de la especie humana) "orgánico auténtico, pero tan parcial que se

puede manifestar exclusivamente por el trastorno del instinto" (1).

La libido urano, casi siempre condicionada al tipo del artista, del cerebral excesivo, es, antes que necesidad, urgencia "fisiológica", material, física, imperiosa, sed "psicológica", psíquica.

* * *

El artista, vale decir, el literato, pongo por caso, destaca aún mejor que el psicólogo de profesión, las manifestaciones de la exaltación erótica, que pertenecen al tipo adolescente prolongado —como acaece toda vez que un tema está constituido de complicados matices tal que se ofrecen más bien a la intuición súbita, casi profética de la intuición—, se sobreentiende de los mejor dotados intelectualmente, que el mismo análisis científico, con ser él tan luminoso y concluyente. Esa es la razón de ser de toda gran literatura, como ventana "sine qua non" del espíritu humano; a ella ha de referirse de continuo la psicología para sentar principios y deducir conclusiones.

Como de todo hombre en extremo influyente de la Antigüedad, sábese poco de la vida de Virgilio, a pesar de haber sido escrita su biografía después de su fallecimiento por su amigo Varius, y más tarde, por un liberto de Mecenas. Poéticas leyendas aureolaron su nombre y le volvieron un semidiós, aun para los mismos cristianos.

Nació el poeta en las Ides del mes de octubre del año 70 antes de Jesucristo, en un plácido lugar, cerca de Mantua. Pertenecía a una familia virtuosa y digna, al punto que el recuerdo de su santa madre habría de inspirar muchos tiernísimos episodios de su futura obra literaria. A los doce años dió principio a su educación, en Cremona, y ella fué selectísima, comprendiendo ésta, ade-

(1) Marañón (G.), "Los estados intersexuales en la especie humana", pág. 72. Madrid, Morata, 1930.

Las ideas entre el paréntesis son nuestras.—N. del A.

más de las primeras nociones de todas las cosas, la lengua y las letras helénicas. Trasladóse después a Milán, donde cursó la ciencia del Derecho. Distinguía a su espíritu una gran curiosidad por los enigmas del mundo, y así siguió con interés el estudio de las Matemáticas, de la Medicina y de la Filosofía, en cuya disciplina fué su maestro, el epicúreo Círon, amigo que había sido de Cicerón.

La expoliación de que fué víctima la propiedad de su familia, hirió para siempre la sensibilidad de Virgilio, y hubo de irse a Roma, donde pasó una vida retirada durante siete años. Por entonces atravesaba Roma los rudos tiempos de las guerras civiles. Aquí conoció a Mecenas, y éste, esclarecido vigía que avizoraba todo mérito eminente, hízole apacible e independiente su existencia. El silencio, la soledad, la despreocupación por las menudas angustias de la vida, era a lo que aspiraba esta alma pía, cándida, tierna, de noble carácter y que se había formado de su arte el más religioso de los conceptos. Sus amigos, atraídos por el encanto de su persona, así como por su magnanimidad, se mostraron siempre muy generosos con él. Pronto se vió dueño de una casa en Roma y de otra en Nola, cerca de Nápoles. La Sicilia también ejerció sobre él, por su clima y por su belleza, una gran fascinación. Aparece siempre como un amigo delicado, y a él debió Horacio la privanza de Mecenas. No se casó y fué, en cambio, ardiente admirador del efebo, como, sin lugar a equívocos, nos lo revela la "Egloga II", y aquella otra de sus poesías, en que dice del amor a la mujer que es tempestuoso como un viaje por mar, y que, en cambio, aquel que se contenta con la amistad de un joven, anda seguro cual por un río entre dos orillas. Con eso y todo, fué tal la exquisitez de todo su ser que pasó, aun en aquellos tiempos de licencia mayúscula, durante los cuales los Estoicos intentaron reglamentar la pederastia, por un hombre de los más castos y pundonorosos. No se entregó con el desenfado licenciado de su dilecto amigo Horacio al doble culto de Venus Cytherea y de Baco. Hasta en las flaquezas de la carne manifestóse elevado, y las varias

anécdotas que refieren sus biógrafos acerca de su vida sentimental, si dan a entender que era urano de alma, hacen resaltar los matices serios, hondos y discretos de su ternura amical. Lo más serio que conocemos sobre las fragilidades de la vida secreta y de los hábitos refinados del Homero latino, es este pasaje de Servio:

"En todo el conjunto de su vida fué recomendable: no tenía más que un mal secreto y una debilidad, no sabía resistir a los tiernos deseos."

Sin embargo, se sabe que supieron algunos resistirse a sus anhelos de enamorado, como nos lo prueban muchos de sus flúidos versos que pintan el repudio de la pasión cálidamente demostrada, y que es rechazada por no haber sido debidamente compartida. Cabalmente, esa es la actitud que inspira la célebre "Egloga II", descriptiva de las andanzas amorosas del acaudalado Corydón y del bello zagal Alexis.

En su vida de Horacio, el doctor Wackenaer subraya que, a pesar de todas las reticencias, debido a la índole pura, mística y pía de este genio de la poesía, si hubiéramos de juzgarlo desde un punto de mira moderno "hubiera pasado Virgilio por hombre bueno, sensible, pero voluptuoso y dado a gustos depravados."

No ahondemos más en la vida de los afectos de este ilustre varón, digno, aun por sus virtudes privadas, si hemos de compararlo con la corrupción circundante, y siempre eminente por haber sido autor del poema máximo de la latinidad.

Sabemos ahora a qué atenernos sobre la estructura espiritual de Virgilio, y hacia qué lado había de encaminar sus afectos. Réstanos seguir, pues, a través de veinte siglos, la repercusión en el mundo de su inspiradísimos arte poético, que fué tenido por artículo de fe a causa de la dignidad de su lenguaje y el sentido místico de su misión, que señala grandeza para el género humano, guiado por el genio de Roma. Salvo Goethe, por muchos aspectos su hermano espiritual, poeta alguno, una vez alcanzada la fama, llevó un vivir más holgado y espléndido. Tal era su popularidad y el afecto que supo despertar, que, a

su entrada en el teatro, todos a una se ponían de pie, como si hubiera él pertenecido a la familia imperial.

Augusto le tributó su amistad más decidida. De su conciencia literaria tenemos la palpable prueba, en la composición de las "Geórgicas", en cuyos 2.188 versos empleó siete años. Mas donde más brilla la divina paciencia del artífice, es en el maravilloso drama de Roma, "La Eneida", la réplica latina de la "Ilíada" y de la "Odisea", y asimismo la continuación del genio de Grecia en el Lacio, pues su tema fundamental lo constituye el establecimiento en Italia, merced a la expedición de Eneas, de los dioses penates de Troya, que también habían de llegar a ser los de la augusta Roma. Once años dedicó a esta grandiosa obra, de cuya perfección jamás estuvo convencido ni satisfecho, al extremo de quererla quemar momentos antes de su muerte. Su modestia era tan grande como su numen.

Tácito le estima sobremanera, y tal era su convencimiento del grado de admiración en que le tenía el pueblo romano, que habría de ir a buscarlo éste en cualquier lugar, aunque el mismo César le hubiera retirado su favor. Desde la aparición de Virgilio, palideció la estrella de Homero y de Grecia; la lengua latina había hallado a su amo y logrado la apertura de una fuente donde abrevarse en la más rica erudición. "La Eneida" se tornó muy pronto en la Biblia de la raza latina, y Eneas vino a figurar como una especie de Moisés, que conducía a la raza elegida a una tierra de promisión, al imperio del orbe. Se hizo, desde un principio, del poema, un texto escolar, y cuando el cristianismo llegó a dominar, continuó siéndolo en las escuelas para la enseñanza de la Gramática y de la Prosodia. Desde el siglo IV de la Era Cristiana, es aceptada como tradición genuina, que la cuarta Egloga anuncia la venida del Príncipe de la Paz. Así lo manifiesta el emperador Constantino en un discurso ("Oratio ad sanctorum coetum") dirigido a una asamblea de eclesiásticos (referida por Eusebio) y en el cual explica al detalle dicha composición y la califica de profecía mesiánica. También San Agustín, favorece esa interpretación que había

de convertir al cantor de los dioses paganos, en el maestro intelectual de la Edad Media. De este hecho partió el Dante para elegir a Virgilio como a su mentor en el viaje que emprende en busca de la verdad. Tanto se compenetró la mente medieval de esta versión, que hallamos al augusto cantor de los orígenes de Roma, en compañía de los profetas del Antiguo Testamento, en un fresco de la Catedral de Zamora. Vassari hace otro tanto, cuando ornamenta una iglesia de Rimini: en la iglesia de Santa María de la Paz, en Roma, Rafael pinta a la Sybila de Cumes y la identifica con las líneas proféticas del vate. Aún la liturgia, se ocupa de él en la misa de Pablo Apóstol, que se oficiaba en la Catedral de Mantua y estuvo en uso hasta fines del siglo XIV.

En París, en el siglo XIII, Virgilio es el ídolo de estudiantes y maestros; existían de tres a cuatro ejemplares manuscritos de sus poemas, y estaban ellos sujetos a los pupitres por cadenas, con el fin de protegerlos del robo. La Iglesia decretó la pena de excomunión para el que cometiera tamaño sacrilegio.

Virgilio fué el guía intelectual de Ronsard y del grupo de la Pléyade, de Boileau y de Racine: Bossuet y Fenelón vivieron en su más íntima compañía, así como también, Voltaire y Bernardín de St. Pierre. Juan Jacobo Rousseau aprende de memoria las "Eglogas" bajo las sombras de los árboles de "Charmettes". Lamarçine le llama "nuestro maestro y nuestro amigo". Víctor Hugo debe la solidez de su talento, a los estudios y a las traducciones que hiciera del poeta latino, y al cual saluda con estas expresiones:

"¡Oh, Virgilio; oh, poeta; oh, divino maestro mío!"

Michelet alude al maestro de esta suerte:

"¡Oh, santo Virgilio, parte de mi pensamiento y de mi vida!"

Jean Moreas, el insigne simbolista, le recuerda de este modo: "Gran honra de Mantua, armonioso Virgilio"; y, Paul Claudel le considera como al genio más grande que haya producido la Humanidad.

* * *

Los humanistas del Renacimiento, tuvieron a Virgilio en grande honor. Eneas Sylvio Piccolomini, más tarde el Papa Pío II, opinaba que la alteza mental demostrada en la "Eneida", constituida un valioso aporte para la educación de la adolescencia; Landino, miembro de la Academia Platónica de Florencia, halla al poema compenetrado de platonismo; el preclaro Scaliger sostenía, que Eneas representaba al hombre que andaba a la búsqueda de la perfección de su alma; y el Tasso comparaba a la Venus virgiliana con la Beatriz del Dante.

* * *

La influencia de Virgilio en Occidente, sobrepasa a los cálculos de la imaginación más fantástica. Asistamos a una clase de Gramática en Tagaste. Allí sentado divisamos a un niño de ardiente mirar, consumido por el deseo de amar y de ser amado ("amare, amaban"). Ha dado con Virgilio y, se ha enamorado de él: ora le llama el más grande de los poetas, ora el mejor de ellos ("Omnium praeclarissimus atque optimus"). El pequeño Agustín gana premios por sus disertaciones sobre temas sacados de Virgilio. Aun cuando el mancebo platónico halla la paz del alma, al convertirse a Cristo, sigue conservando para el creador de Eneas, una simpatía conmovida, y prueba sin réplica de ello, es esta preciosa referencia a él, en "La ciudad de Dios":

"Virgilio, el cual es explicado desde los tiempos de la infancia, a fin de que el más grande y el más hermoso de los poetas, impregne a esas almas, todavía tiernas, y que ellas puedan conservar su perfume a lo largo de sus vidas."

Transportémonos ahora, a cuatro siglos de distancia, al palacio habitado por Carlomagno, en Aquisgrán; cerca del recinto se levanta una escuela modelo, dirigida por un monje inglés, Alcúino de nombre, al cual la posteridad ha otorgado el nombre de "Maestro de escuela por

antonomasia" del Occidente. Sobre los bancos de esa escuela, se funda la cultura europea, y es su piedra fundamental: Virgilio. Los ejemplos de las gramáticas han sido sacados de la obra virgiliana, en la proporción del 95 por 100. La sabiduría lingüística, filosófica, histórica y mitológica de Virgilio, ha sido completamente asimilada por la mentalidad occidental.

A través del Dante, llega Virgilio a los mayores poetas del Renacimiento y de la época clásica de Francia. La escuela del Cisne de Mantua se fortifica, porque es el maestro retórico en los colegios del siglo XVI, XVII y XVIII. La Compañía de Jesús, entusiasta amante de los clásicos, muestra singular afición por Virgilio y le explica, de siglo en siglo, a esos varones de inmortal alcornica, que se llamaron: Corneille, Bossuet, Voltaire y, a potentados, como Fernando de Styria, el príncipe Gran Condé, y a elegidos de Dios, como ser, San Francisco de Sales, San Juan Berchmans y San Estanislao de Kostka.

Siendo Racine niño, lloraba, conmovido, sobre su ejemplar de Virgilio, y así no es extraño que su purísimo talento literario esté forjado por los recuerdos de su autor predilecto. El príncipe de los modernos oradores, Bossuet, concia de memoria a su bienamado Virgilio, y le cita e imita a menudo, en sus incomparables oraciones fúnebres.

Shakespeare abunda en reminiscencias del vate; Pope ha vertido, en versos deliciosos, la cuarta "Egloga"; y Tennyson ha dedicado una oda al mentado Virgilio. En Oxford, ciudadela del platonismo y asilo de la obra del mantuano, se le ha rendido siempre un férvido culto. Disraeli, Glasstone y Newman, le leyeron con fruición y se atuvieron siempre, a sus enseñanzas literarias y morales.

Alemania, sacro suelo de la sapiencia y de la investigación científica, le ha adjudicado la más elevada de las pleitesías. Sus sabios han establecido definitivamente el texto auténtico de la obra virgiliana; y, en este manantial infinito, ¿no están inspirados, acaso, los áureos

versos de la "Ifigenia en Táurida", de Goethe? Norden comenta la "Eneida", con una profundidad difícil de alcanzar ni superar.

Sin mencionar al Dante, Ariosto calca sobre el noveno canto de "La Eneida", el episodio acerca de los "dos amigos", que es dado hallar en el "Orlando". Petrarca, por la índole netamente virgiliana de su educación y mentalidad acaso, prefirió, como el moderno "Pascoli", sus versos latinos a los que escribiera en su propia lengua materna. Giosué Carducci, el más insigne de los poetas de la Italia moderna, además de imitar continuamente a Virgilio, le ensalza en un himno entusiasta y elegante, cuyo tema lo constituyen los tres versos puestos por Virgilio en los labios del zagal Menalco y que magnifican sus privilegiados dones de versificador:

"Tate tuum carmen nobis, divine poeta,
Quale sopor fessis in gramine, quale per aestum
Dulcis aquae saliente sitim rentinguere rivo."

Cuando Napoleón Bonaparte, en 1792, llega a Mantua, le escribe a Josefina que soñara con ella cerca del lago de Virgilio. Manda, además, arrojar flores y elevar cánticos idílicos, ante el busto del poeta máximo.

"Virgilio no es susceptible de ser traducido, pues la música es intraducible" —escribía Voltaire a madame Du Deffand, y expresa asimismo el juicio, que formulamos ante la grandeza del temperamento tan hondo y elevadamente humano de Virgilio. Tan amplio es su genio, que polos tan opuestos del pensamiento científico y filosófico, como, por ejemplo, Michelet y el monárquico pagano Charles Maurras, le alaban casi en idénticos términos.

Virgilio "es una porción del pensamiento y del corazón de la sociedad civilizada".

Se cuenta, y no es de ponerlo en duda, que el muy ilustre pontífice Pío IX, ya octogenario, recitaba aún, de memoria, con vivísimo deleite, páginas enteras del dulce Virgilio.

El poeta que hizo imborrables para la mente humana los paisajes de Italia y las inmortales ideas de Roma, fué un divino adolescente, y por eso su acervo ideológico resulta ser la mejor escuela de la virtud, del entusiasmo por el saber y del heroísmo, en ese período, el más bello e importante de cuantos tiene la vida.

CAPITULO IV

GUILLERMO SHAKESPEARE: EL DRAMATURGO

Aún dormíamos juntos. —Nos levantábamos en el mismo instante, estudiábamos, jugábamos y comíamos juntos. — Y dondequiera íbamos cual los cisnes de Juno,—Andábamos cabe uno al otro, inseparables siempre.—SHAKESPEARE: "A vuestro gusto", acto I.

Resulta preñado de sugerencias el hecho de que Shakespeare naciera el mismo año de la muerte de Miguel Angel y del nacimiento de Galileo, y pasara a mejor vida el mismo año que nuestro Cervantes.

Las letras, que fué lo que más se destacó durante el Renacimiento, en Inglaterra, alcanzaron su cúspide en este espíritu incomparable.

Novalis advierte, y con cuánto criterio, que los dramas del más grande de los poetas dramáticos, aparecen como productos de la Naturaleza y son tan profundos como ella.

Fué contemporáneo del Tasso, el heredero poético de Ariosto, Ronsard y su grupo renancista, pues vivieron éstos durante la mocedad de Shakespeare, así como de Montaigne, con el cual guardó tantos puntos de contacto mental y le aventajaba en muy pocos años.

El ardor del temperamento sexual del gran Will, lo prueba su precipitado casamiento a los dieciocho años con una mujer ocho años mayor que él, y a la cual abandonó

en parte, cuando, en 1585, a la edad de veintiún años, se fué a Londres a tentar fortuna, y también para huir de las persecuciones de que le hacía objeto sir Thomas Lucy por el delito de cazador furtivo. Dejaba a cargo de Ana, los tres primeros hijos habidos en su matrimonio. Empezó en esa época su duro aprendizaje por la conquista de un oficio que le permitiera vivir con desahogo y tranquilidad. Rápida fue su ascensión.

Otro años más tarde, en 1593, publicaba su primera obra poética, "Venus y Adonis", dedicada a un protector de las artes, al estilo de los hidalgos italianos de las Cortes de Mantua, Ferrara, Rimini, Florencia y Roma. —Henry Wriothesly, tercer conde de Southampton.— El poeta describe a su alto amigo como el "primer heredero de su inventiva". Aún no había publicado entonces ninguno de sus dramas. En su portada lucían unos versos de los "Amores de Ovidio":

"Vilia miretur vulgus; mihi flavus Apollo
Procula Castalia plena ministrel aqua."

Lo cual, vertido a nuestro vernáculo, significa:

"Dejad que bajos talentos admiren las cosas viles.
Condúzcame Febo a las fuentes de las musas."

Unas y otras constancias de la dedicatoria, nos aclaran varias cosas acerca de la naturaleza espiritual del hombre que fué Shakespeare. El recipiendario de este homenaje, era un garboso mancebo, de selecta cultura, pues había sido alumno del St. John's College de Cambridge, donde se graduó en maestro de artes, en 1589, y volvió a obtener el mismo título académico en Oxford tres años más tarde; sus maneras delataban la nobleza de su espíritu y esa elegancia mesurada que se adquiere en las Cortes, donde el culto de la estética personal adquiere notoria importancia. Frisaba en los veinte años, el tramo más exquisito y encantador de la adolescencia, y se interesaba profundamente en las artes y otras ramas de la cultura del Renacimiento, tan abierta a todos los más

sutiles vientos del espíritu. Al casarse sus padres habían reunido una cuantiosa herencia, por causa de que su abuelo, guardasellos real durante el sangriento reinado de Enrique VIII, había sido ampliamente beneficiado con la disolución de los opulentos monasterios. Le tocó en suerte las riquísimas abadías de Titchfield y de Beaulieu, en el condado de Hampshire. Su vástago, el padre del protector y amigo de Shakespeare, era muy adicto a las pompas del mundo cortesano, y rendía culto a las cosas espléndidas de la vida. rasgos estos últimos que transmitió a la psicología de su hijo. Este último entró durante la minoría de edad en el goce de una gran fortuna, así como en los privilegios de un título respetadísimo. Como menor, siguiendo los usos de la realeza, fué pupilo de la reina, teniendo por tutor al lord secretario de Estado.

Tuvo el joven hidalgo señalada afición por el estudio, y aún se conserva de él una carta, dirigida al astuto y sagaz lord Burghley, redactada en florido latín acerca de un tema que hace presumir en él, un alma tan perfecta como lo era su cuerpo:

“La esperanza de una recompensa mueve a los hombres a ir en pos de la Virtud.”

Si puntualizamos estas señas de un temperamento naturalmente inclinado al bien y a lo verdadero, es por dos motivos. Shakespeare, con su clarividente intuir de la nobleza del carácter y de la alteza de miras, fué atraído hacia el noble Earl, no tanto por su alcurnia, cuantiosos bienes o influencia palaciega, sino, muy principalmente, por los merecimientos personales del mismo. A su vez, el Earl habría discernido en el despreciado mimo a un hombre cabal, en cuya formación intelectual y espiritual, la Naturaleza había echado el resto.

En segundo término, debemos considerar que entre el período de esta primera dedicatoria, tímida y deferentemente concebida, y la segunda de sus obras poéticas, se trabó entre un esclarecido aristócrata principesco y un hijo del pueblo, una amistad intensamente afectiva. Si comparamos este homenaje con los que acostumbran a rendir otros hombres de letras a sus protectores, halla-

mos que está ausente de él toda baja y soez adulación de la clase que los potentados o mimados de la fortuna exigían de sus dependientes, en una época de insufrible preciosismo. La publicación de los "Sonetos" dió margen a muy maliciosas conjeturas, y, entre ellas, estaba el atribuirle al poeta, y también al amigo, pasiones secretas, debilidades y la consumación de tiernos deseos fuera de la isla de Cytarea. Si así fuera ello, invalidaría todo el fondo antañón de sus buenas y excelentes costumbres de pulcro garzón.

Dejemos para más tarde el esclarecimiento de este tema, y pasemos a considerar la uranidad de la mente shakesperiana.

* * *

Sobre los eternos motivos de la belleza a la manera de Rubens, de la lujuria y de la muerte, Shakespeare, ya entrado en la madurez, pues cuenta veintinueve años, compone su primer poema, dedicado todo él a la lucha pasional entre la adolescencia tímida, ruborosa y semejante a una virgen, y la madurez femenil, insaciable de sensaciones voluptuosas. El drama del urano indeciso, semiconsciente de su íntima apostura física, lleno de recovecos espirituales antes de salir de su narcisismo, asoma en todo momento y prueba la capacidad extraordinaria de este psicoanalista, "d'avant la lettre", para abordar los más quisquillosos problemas de la adolescencia.

La resistencia a los requerimientos equívocos de la reina del amor, y las palabras con que a ellos responde el joven Adonis, son bien características de la modalidad erótica adolescente, antes de haberse producido por vez primera el choque pasional:

"Hermosa reina, si en verdad me amáis, medid mi frigidez por el verdor de mi juventud; — no busquéis conocerme antes de que me haya yo conocido a mí mismo" (1).

(1) Estrofa 38, "Venus y Adonis".

Parece imposible que entre estos hombres de la isla brumosa, húmeda y escasamente asoleada, pudiera prorumpir con tanta violencia el amor físico sin freno y sin tasa que hacen gala en sus escritos, Petrarca, Boccaccio y Bandello. Una vida interior rica pareciera ser un hogar aún más predispuesto para la sensualidad desbordante, que un temperamento entregado a una vida de relación activísima.

"El amor es mi pecado", exclamara Shakespeare años más tarde. Constituyó, sin duda, el dulce abandono a las ansias venéreas la ocupación más delectable del poeta.

¿No es en extremo sugerente que el primer fruto de su inventiva lo haya ido a buscar a las "Metamorfosis" de Ovidio, y entre estos relatos, a un héroe mitológico, cuyo nombre se traduce cabalmente por el de amo o señor (Adonis, de "Adón")?

Adonis, el hijo de Myrrha y de Cyniroé, fué la personificación suprema de la venustidad del hombre; no hubo joven más bello, y para que su belleza plástica no desapareciera, los dioses le hicieron desaparecer antes de que sobreviniera la decadencia física. A ningún ser quiso más la voluble Afrodita. Unidos estos hechos a la voluptuosa expresividad del lenguaje, su crudeza apenas disimulada por imágenes de gran poder y de belleza, suscitan las más apremiantes interrogaciones.

¿No pudiera acontecer que este hombre, alma de mil facetas, ocultara el fuego de su pasión socrática bajo el disfraz de la divina cortesana? Toda expresión candente de un sentir muy ahincado en el corazón, está sujeta a interpretaciones de lujuria, y más aún tratándose de los tiempos en que deslizara su blando vivir el fogoso enamorado, tiempos aquellos muy enfocados hacia el amor griego.

Era esta época, como todas aquéllas, en las cuales el arte se cultiva con apasionamiento e inteligencia superior, muy propensa al platonismo en el afecto viril.

En este drama poético —que hubo de colocar a su autor, antes que sus concepciones escénicas, entre las

más legítimas glorias del Parnaso inglés— se celebra el primer amor, todo vehemencia y ardentía, y el cual es más bien achacado al desenfado e impudor mujeril que a la timidez del doncel, todo remilgo y retraimiento en la expresión de su amor, poco convincente y espontáneo. No se presume que su autor, en plena madurez sexual, haya vivido en la Londres renacentista, gay ciudad, retraído y solitario, como lo quieren algunos, sino cual otros, y son los más acertados, mezclado en aventuras sentimentales con sabor a escándalo.

Con esa pureza de líneas y al propio tiempo morbidez sugestiva, desarrolla el poema, "Venus y Adonis", la furia de la pasión, que se apodera del corazón a la vista del adolescente en la flor encantada del comienzo de su pujanza viril, apenas ella asoma y se entreabre como el botón de una rosa muy bermeja: frente a frente batallan los dos ardores, las dos lúbricos: el unisexualismo del cazador de jabalíes, aún intocado por la urgencia del sexo, y la heterosexualidad de la celeste hetaira.

¡Con qué avidez se lanza Afrodita sobre el cuerpo indefenso y deslumbrante del zagal, cuyo mirar hipnotiza hasta hacerle trastabillar:

"Ahora el rápido deseo ha cogido su presa que acaba por
[entregársele
y como un glotón ella en él se ceba, mas jamás se sacia;
sus labios son conquistadores, los labios de él responden,
ofreciendo ella cualquier rescate que exija el violador" (1).

En la dedicatoria del poema antes citado, había prometido Shakespeare a su exquisito Mecenas, una obra poética de más enjundia, y para cumplirlo escribió "La violación de Lucrecia", donde la impetuosidad está de parte del hombre, y el sentimiento de honor radica en el corazón de la heroína. Lo único que nos interesa de

este poema, para los fines de este estudio, es la dedicación que lo precede:

"Lo que he hecho es vuestro; lo que he de hacer lo será también, pues todo ello forma parte de mi entera dedicación a vos".

Los lazos de amistad se habían estrechado a tal punto, que ya podían expresarse claramente en términos de amor.

* * *

El autor de "Hamlet" fué un hombre anormalmente sensitivo y fácil de conmover por cualquier situación psicológica, pudiendo simpatizar, aunque más no fuera, por el puro goce de la comprensión estética o dramática. Las pasiones, cuyos hilos entrelazados mueven al hombre como si fuera un Juan de las Viñas, le atraían socráticamente. Mas esta riqueza e intensidad de vida interior resta interés a la vida exterior, y hace del hombre un aficionado a la soledad, al silencio, al círculo breve de los amigos dilectos, supinamente comprensivos, ante los cuales puede desnudarse el alma y el corazón sin temor a herir o a escandalizar. Acaso debamos atribuir asimismo a la ecuanimidad del humor y al sereno funcionamiento de su espíritu, más resignado, y por ende más aquietado que el de la mayoría de los hombres, el que esa existencia íntima, aquella que por lo movida trasciende a la anécdota pintoresca, haya dejado tan poca huella sobre la memoria de sus contemporáneos. Quizá también la grandeza de su genio, tan remota del común de los mortales, háyase esforzado en no revelarnos lo más íntimo de su corazón.

Aun con ser el soneto el vehículo selecto para expresar emociones rápidas y las pasiones vehementes, muchos agudos comentadores de los "Sonetos", les restan toda importancia como revelación personal shakespeariana, considerando aquéllos que las alusiones son tan oscuras y baladíes, que tan sólo algunas conjeturas pueden hacerse en ese sentido, aun aventurándose mucho en ese

orden de ideas. De esa suerte opina el historiador Greene y, algunos otros con él. Por otra parte, el soneto hacía época entonces. Se le enviaba a los amigos, se confiaba a los álbumes de las damas, y, además, para ciertos críticos, visto que los "Sonetos" fueron compaginados por varios editores, se descuenta que el poeta haya querido hacer de ellos algo así como lo perseguido por Rousseau en sus memorias: poner su corazón al desnudo.

Cualquiera que sea la opinión en que se les tenga a los "Sonetos", expresiones únicas en toda la literatura lírica del mundo, ora se les juzgue como paráfrasis de las obras teatrales del dramaturgo, influenciadas por los dulces recuerdos de la lectura de Horacio y de Cátulo, ora, como creemos "firmemente", representen ellos una "autografía idalizada" de Shakespeare, su contenido psicológico es tal y tan denso, que pueden proyectar muchísima luz sobre la fisiopatología del carácter del poeta.

El lenguaje de los 154 sonetos es claro, cultísimo, y, además, refinado, contrastando señaladamente con el de los dramas y comedias del mismo autor. Dulzura y energía alternan su ritmo en los sentires; la terneza cede a veces a la galantería. Poco guardan estos tesoros poéticos del sabor eufemístico, amanerado, de la época, si no es el caudal abundoso de latinismos, debido, sin duda, al influjo poderoso reinante del humanismo.

Esta falta de concesión al gusto del día, nos ahinca más en nuestro intuir de que los "Sonetos" revelan, fuera de duda alguna, el abandono, la afición del insigne lírico, en los asoleados días de su virilidad, al erotismo uraniano, sentir del cual se lamenta o arrepiente en el trasunto mismo de su drama interior, cual lo hace también San Agustín en sus "Confesiones", aunque refiriendo éste último aquellas horas del amor adolescente con una fruición en que se echa de ver muy de veras la apretada satisfacción de los goces pasados.

En los "Sonetos" ha captado el genio dramático por excelencia, en forma eterna, las alternativas ondulantes y enigmáticas, los infinitos matices de una amistad platónica, absorbente, mórbida hasta el exceso, y que se extiende hasta la esfera patológica de la inversión del instinto sexual; en este rasgo finca muy especialmente la atención que haya despertado su interpretación en la más alta crítica.

Esta clase de poesía, de abandono a las emociones vehementes de la pasión, encastillada en el soneto, estaba, es cierto, muy en boga en estos momentos; pero no es posible que, tratándose de alma tan verídica, esa expresión haya sido para Shakespeare tan sólo una afectación pasajera. Tenía él a la sazón veintinueve años.

En resolución: Vivía él por esa época fuera del círculo de su hogar y se había enredado en la fascinación de una mujer morena, cortesana por añadidura y su malhado. Conduce un cierto día al mancebo a la alcoba de ella, e intenta ésta seducirlo, logrando su objeto.

"Mí demonio —escribe— tienta a mi buen ángel. y quiere apartarlo de mi lado". (Soneto CXLIV)

Ella cae en gracia al joven, y es tanto lo que por ello sufre el poeta, que no se atreve siquiera a admitir el hecho y sufre en silencio desesperadamente, sin llegar a enemistarse con uno ni otro de los culpables.

"El amor es harto jovenzuelo para formarse un concepto

[de la conciencia;

Si tú me traicionas yo también me traiciono a mí mismo,

Cuando abandono la más noble parte de mí ser a un grosero

[deseo.

Me alegro de ser tu mísera víctima, de hacer tus duras labores,

[y de ocuparme con tus asuntos". (1).

Los "Sonetos" pertenecen a la primera época literaria de Shakespeare, a la etapa de la inmadurez, de la adolescencia del alma, cuando sus pensamientos, así como su

estilo, obedecían a un lirismo afectivo. El poeta se complacía en la adoración de lo bello, del ingenio, del intelecto, de la gracia; pero por encima de todos estos motivos de su afición, resaltaba su infinita admiración por los encantos de la adolescencia y sus manifestaciones. En el curso de las vicisitudes de su pasión, experimentaba el poeta hipersensible que el amor es inestable, que ora se enciende en arrebatos, ora se apaga bruscamente, no sin atravesar estos vaivenes por sentimientos de enemistad, de rencor, de suspicacias; en fin, todas las prendas que el amor impone al mismo amor. Lo que quizá creyó el poeta constituía un eterno sentir, se disuelve pronto en la nada y llega él en su desesperación, no ya a exigir reciprocidad en su querer, sino que ruega a los que le hacen así sufrir tengan piedad de su enajenamiento amoroso.

Todas estas incidencias de las pasiones insatisfechas, se resuelven en la severa lección que, después de todo, el amigo dilecto no era tan perfecto como se lo había imaginado el poeta. Y si en realidad, lo quiere seguir amando, debe aceptarlo tal como es. Lo antedicho forma una experiencia que la casuística de la amistad ha precisado con definidos contornos, en el caso de la existencia de la amistad entre dos seres de edades dispares y que pertenecen a situaciones sociales distintas.

La interpretación de estos sonetos ha sido la piedra filosofal tras la cual han andado no pocos eruditos ingleses y alemanes, pues está fuera de toda duda de que en aquéllos Shakespeare reveló las reconditeces de su alma y las ansias de su corazón, breve, sus sentimientos personalísimos.

Los pensamientos más ocultos (¿sobre qué versan ellos en estos poemas, en general, si no es sobre emociones gratas al sexo, sensaciones súbitas, y que si son muy naturales dentro de nuestro psiquismo resultarían patológicas y hasta monstruosas cuando ellas son referidas en alta voz a otras personas?), los conflictos mentales, el ser víctima de ondulantes emociones criminosas por alejarse o disentir éstas del común sentir, la confe-

sión de verdaderos pecados contra la carne, todo este bordado gualdo-verde aparece, aquí y acullá, en los 126 sonetos de la primera serie de ellos, dirigidos a un joven menor que el escritor y, extrañamente amado por este último. El resto, a excepción de los dos últimos, están dedicados a una mujer, de complexión morena, carente de hermosura y del recato doncellesco, que supo engañar y traicionar tanto a Shakespeare como a su joven amigo ("el amo de su afecto"), y a quien, en último término, van dirigidos este conjunto de maravillosos poemas breves, difíciles de leer a veces por estar recargados de las mas sutiles reflexiones.

¿Quién no lee entre líneas en estas estrofas spencerianas —donde la frase se vuelve rítmica y sonora, donde la dicción es castiza y generosa y terso el arte con que están concebidas—y quién no descubre en ellas, bajo los diversos disfraces que adoptan los tres personajes, ahincados cada uno de ellos en su papel, la susceptibilidad de la madurez viril, la inconsciencia elegante y olvidadiza de la primera juventud narcisista, la artera magia de la cortesana, sólo atenta a la voluptuosidad y al logro de la misma, y las añagazas del amor sexual en lucha con la amistad platónica?

Expresan los "Sonetos" los traspiés que en la realización de los magnos y absorbentes problemas que suscita el amor, da, sobre todo, el temperamento harto emotivo de un artista, dotado, además, de una vasta mentalidad.

La índole uranística —platónica o socrática— de los "Sonetos", es para mí un axioma. ¿No es, acaso, su tema, reiterémoslo una vez más, el amor, llevado hasta lo enfermizo, entre un poeta y un amigo más mozo, hidalgo y divínamente hermoso, amado por sus propios méritos intrínsecos y no por lo encumbrado de su cuna? Este sentimiento, completamente leal, en que el corazón y el alma se hallan cabalmente absorbidos, atraviesa por varias etapas de dudas, de desconfianzas, de infidelidades, de celos y hasta de alejamiento entre los amigos. Transcurrido este período de probanza, este sentimiento

se reanuda en el corazón del que ama tan locamente y del que así se sabe amado, y entonces resulta más pujante, más profundamente íntimo del que entrambos había existido anteriormente:

“¡Oh, cosecha beneficiosa de la maldad! Ahora doy con
[la verdad
de que lo mejor es vuelto aún mejor por causa del mal:
y que el amor en ruinas, cuando es reconstituído,
crece aún más hermoso que lo era en un principio
[y se vuelve más fuerte y muchísimo más amplio”.

“El triunfo de la amistad”, es la fábula desenvuelta respectivamente en los sonetos I y CXXVI; es decir, el amor del hombre por el hombre, sentimiento que sale victorioso de la prueba amarga de pasiones laterales, y que para este caso, se sobrepone a la pasión del hombre por la mujer. ¿No es esto la ejemplarización de lo que dice David respecto a su camarada Jonatan? Este motivo está muy difundido en las letras isabelinas, y Shakespeare vuelve a ocuparse de él, en “Los dos hidalgos de Verona”.

* * *

Los protagonistas de este denso drama lírico son tres: el poeta, que figura como el héroe, su amigo diletto y la dama misteriosa, respectivamente, sus ángeles, bueno y malo:

“Dos amores tengo de consuelo y de desesperación
Que, como dos espíritus, aún me llevan.
Mi ángel mejor es un hombre justo y bueno;
Mi peor, una mujer que al mal me tienta” (1).

En estas citas principalísimas, para entender mejor nuestra argumentación, hallamos la nota tónica de la

(1) Soneto CXLIV.

ilación de los poemas, cuya primera parte del I-CVVXI tratan de manera preferente sobre el hombre “justo y bueno”, y la segunda parte, CXXVII-CLII, se refieren a la “mujer que al mal me tienta”, y a la cual se alude también, en los sonetos XXX y XXXV.

Cábenos ahora analizar la dedicatoria, problema que divide en varios campos a críticos, historiadores y comentaristas.

Las libertades que con ella evidentemente se tomó el editor, Thomas Thorpe, han colocado un laberinto en los portales de uno de los documentos psicológicos más interesantes de la literatura universal.

“Al único engendrador de estos sonetos, Mr. W. H., deséale el que se aventura en publicarlos, toda suerte de felicidad y la inmortalidad prometida por nuestro inmortal poeta.

T. T.”

Estas iniciales son evidentemente las del protector de Shakespeare, invertidas, y corresponden a las señas del “caro amigo” mencionado en el soneto XXX, cuyo amor le era de más preocupación que su misma vida. En el mismo soneto, el protagonista, después de lamentarse de los males del pasado, de la pérdida de preciosos amigos y de otros sufrimientos varios, finaliza expresando que, si en ese momento de extrema pesadumbre desvía su pensamiento hacia el amigo dilecto, todas las pérdidas le son devueltas y cesan las penas.

Aunque la interpretación de estos trozos, de la que cabalmente se desprende es una autobiografía, se haya perdido, si nos atenemos a lo que los mismos sonetos nos evidencian, sin ninguna clase de reserva mental — fuerza es coincidir con el profesor Dowden, investigador sutilísimo, con Wordsworth, Sir Henry Taylor, Swinburne, François, Víctor Hugo, Kreyssig, Ulrici, Gervinius, Hermann Isaac, Boaden, Armitage-Brown, Hallam, Furnivall, Spalding, Rossetti, Palgrave y Oscar Wilde—, que los “Sonetos” de Shakespeare “vocean

sus propios sentimientos y a través de su misma persona". Confirma el finísimo y emotivo elogio tributado al "amigo", que describe el soneto XXVI, las ideas antes citadas. El poeta relata en él cómo agobiado por el trabajo se apresura a acostarse y que, en ese momento, comienza a peregrinar su pensamiento para ir en busca del ser amado, a quien tiene presente noche y día y agrega que no halla jamás sosiego para sí mismo ni para el amigo.

Pues bien: la dedicatoria del poema "La violación de Lucrecia" semeja a los versos aludidos, como las dos perlas pares de un mismo deslumbrante collar. Y ello implica necesariamente, que el beneficiario de uno y otro ofrecimiento debe recaer en la misma persona. Además de lo dicho, ¿no lo puntualiza acaso en medida harto satisfactoria la trama psicológica de los mismos? ¿No se nos ocurre siquiera pensar que al dedicar todo enamorado su poema va implicado en ello mismo que protagonista y obsequiado constituyen una misma persona?

El amor delirante desdeña toda medida, todo señorío de sí. El pensamiento "autístico", íntimo e inconfesable que Sigmund Freud ha destacado con tanta gallardía, es trasladado a los "Sonetos" sin otro reparo que encuadrarlo en el vehículo de la tersura artística o estética.

Shakespeare omite aquí el criterio objetivo con el cual ha trazado a los héroes de sus producciones escénicas; se convierte en el actor de su propia vida y no tiene reparos en expresar, lo que verdaderamente siente y piensa.

Otra de las razones que ha de aducirse en gracia a la teoría personal para interpretar los "Sonetos", consiste en la reiteración que hace el poeta (sonetos LV, LXIII, LXXXI) de su firme convicción de la inmortalidad de sus poemas, rasgo este último que comparte con Virgilio y Horacio, los cuales manifestaron idéntica fe en el porvenir.

"Exegi monumentum aere perennius", exclama Horacio.

Las demás posturas sentimentales que ponen a prueba la exquisita emotividad del poeta, aparte de su incondicional adhesión al juvenil Antinoo, con su respectivo cortejo de efusiones harto comprometedoras, comprenden: la susceptibilidad con que mide cuanto pueda menguar su reputación literaria, y el resentimiento y celos que experimenta toda vez que algún rival pretende acercarse al solio de su amor.

Toda compañía teatral debía estar patrocinada por algún miembro de la nobleza y de la más vecina a la privanza real. Hasta el próximo reinado de Jacobo I no se llamará a los cómicos: "Siervos de Su Majestad".

Shakespeare no se preocupó de la impresión de los "Sonetos", cabalmente por ser su contenido autobiográfico. Resulta ello claro: fueron dados a la publicidad en 1609, de una manera furtiva, y no volvieron a reimprimirse, sino treinta años más tarde, cuando ya Shakespeare había muerto.

John Benson, el segundo impresor de ellos, ocultó cuidadosamente que los "Sonetos" fueran dirigidos a un adolescente, inspirándose en el mismo motivo que movió al sobrino de Miguel Angel, en parecidas circunstancias. El hecho refuerza nuestra doctrina, puesto que esos poemas, pulcrísimos como expresión verbal, podían ser tomados de un modo equívoco, o si se quiere, dar lugar a sugerencias escandalosas. Ello prueba, además, que el puritanismo ya había sentado sus reales en la otrora, "Gaya Inglaterra".

El avisado impresor no creía, por de contado, que dichos poemas eran meros ejercicios alegóricos o pequeños dramas ficticios.

Un sagaz estudioso de estos temas intrincados de la literatura elizabética, el P. Martindale (1), aduce que el estado de ánimo prevalente en estos desahogos poéticos, señala una de las plagas que, habiendo aparecido durante el período neopagano del Renacimiento itálico,

(1) Director de "The Month", revista de la Compañía de Jesús de Inglaterra. Núm. Noviembre de 1835.

había contagiado poco a poco al grupo más disoluto e impío de la mocedad de buen tono en toda Europa.

Esta aserción, insospechable por venir de quien viene, corrobora mis deducciones, aunque deba disentir con el ilustre crítico cuando achaca al muy noble y caballeresco conde de Southampton, costumbres depravadas.

Cuando salieron a luz los "Sonetos", que tanto lustre debieran dar a su nombradía por él haber sido el tema de ellos, cumplía los treinta años de edad. Puntualicemos aquí algunos hechos salientes de su vida, en los cuales aparece ella, límpida de toda perversidad continua o sostenida. Fué, desde luego, un cortesano pundonoroso, un aguerrido capitán, un leal amigo y un abnegado enamorado. En septiembre de 1595, Southampton se prendó de Isabel Vernon, prima del conde de Essex, La reina Isabel, que había sido tutora del lord, era muy celosa de sus privados, y se ofendió de tal osadía, al punto que le restó también su alta protección, hecho este último que le envolvió en enojosas situaciones, a pesar de la rectitud de sus proceder. Su Majestad detuvo la consumación de su enlace por espacio de tres años. Con toda probabilidad, por esta época, el valeroso noble acompañó al conde de Essex, en su expedición contra España, y estuvo presente en el sitio de Cádiz. La reina, implacable siempre, le zahirió con su censura en vez de dirigirle alabanzas por su bizarro comportamiento de guerrero.

En marzo de 1598, lord Cecil le presentó a Enrique IV, en la ciudad de Angers, expresándole que había venido de "motu proprio", a servirle. Su celo en pro de la causa francesa fué muy luego interrumpido por haberse concertado, en el mes de abril, la paz de Vervins. Hacia fines del 1598 regresó el lord a Inglaterra y casó secretamente con Isabel Vernon; de ahí en adelante sus desventuras no cesaron sino con la muerte de su soberana. Se ausentó de palacio, y las crónicas sociales tan sólo relatan que "ocupaba su tiempo en Londres, en asistir a funciones teatrales todos los días". Luego, y eso le señala a la consideración de los que tienen en

alta estima la lealtad y la devoción en la amistad, casi pierde su vida por estar implicado en la sublevación ideada por el conde de Essex, privado máximo de la reina, y al cual ella amaba con toda la vehemencia de la senectud. Southampton fué sentenciado a muerte, pero se le conmutó la pena por la de prisión perpetua. Confinado a la Torre de Londres, en ella pasó amargos días hasta la ascensión de Jacobo I. Su liberación fué origen de jubilosas expresiones de adhesión y aprobación por su anterior conducta.

Los poetas le dieron la bienvenida y especialmente dos de ellos, Samuel Daniel y John Davies de Hereford; aquél le celebra en este panegírico:

"El mundo nunca se hubiera dado cabal cuenta
de lo que sois, a no haber sufrido tamaña injusticia:
y tan sólo vuestros sufrimientos os han traído
más renombre que lo hubieran hecho vuestros más altos
[méritos]".

Este último, encarándose con el desventurado hidalgo, alude a lo inestable de la fortuna:

"Alegrémonos por Dios y por nuestro rey
que, hallándonos ahitos de penas, nos hizo felices:
¡Southampton!, arroja tu copa al aire
y sobre el laúd entona dulces alabanzas;
porque él ha llegado trayendo mercedes para todos".

En estas efusiones poéticas debemos anotar la desaprobación que había despertado la manera cruel con que la reina, herida en sus secretos anhelos de amar y de ser a la vez amada, se había siempre comportado con sus predilectos servidores.

Resulta ser altamente significativo que Shakespeare, al cual la reina había extendido su favor, no se haya consolido de la muerte de la "Vestal de Occidente".

Según la opinión de Gerald Massey, el soneto CVII exterioriza el júbilo espiritual de Shakespeare por el

retorno de Southampton, "de la lobreguez de la cárcel al palacio para recibir la sonrisa benevolente del monarca". De acuerdo a esta deducción, el eclipse de la "luna mortal" fuera una alusión discreta a la muerte de Isabel.

La Paz de Vervins, 1598, que debía poner fin a los proyectos de Felipe de Habsburgo, en Francia, y, por ende, en Inglaterra, y que convirtió a esta última nación en la reina incontestada de los mares, está aludida con claridad en las líneas del soneto antes citado:

"Las incertidumbres tienen asegurada su corona
Y la paz es proclamada y promete perdurar a través de eda-
[des sin fin".

Hacia el año 1610, aquellos que con una devoción ejemplar, muy característica del tipo literario inglés, han estudiado a fondo la vida del poeta, sitúan el periodo de "contemplación serena" de que él gozó hasta su muerte. El vendaval del escándalo que le había azotado, se había encalmado. Las nubes que —por causas de mutua incomprensión u otros motivos de distanciamiento, tan comunes entre amigos muy íntimos— se habían interpuesto ante el sol fulgente de su amistad con el lord Southampton, habían pasado ya, y entre los amigos sin par, se había reanudado una intimidad más estrecha de la que jamás antes habían gozado.

* * *

Hallam no exagera cuando vislumbra en la vida de este genio dramático un periodo en el cual su corazón estaba desasosegado y descontento, no sólo consigo mismo, sino también con el mundo circundante. El recuerdo de las horas malgastadas, el tormento de haber malcolocado su afecto o de no haber sido en él correspondido, aguijoneaban su conciencia. La experiencia dolorosa que se desprende de la frecuentación de personas indignas, dotadas de baja naturaleza, aunque ellas ha-

yan sido libremente elegidas o que las circunstancias las hayan impuesto, todos estos acaecimientos, al irse sumiendo en las profundidades de esta gran mentalidad, no sólo se presentan como habiéndole inspirado las concepciones del "Rey Lear" y de "Timón de Atenas", sino que agregaron a su carácter un rasgo esencialísimo, el de volverle censor de la Humanidad.

Estos estados de ánimo se destacan magníficamente en el fondo agrisado de los "Sonetos", y mueven al crítico o al biógrafo a explicar su génesis, en una aguda crisis de neurastenia, como hoy diríamos.

Sería ocioso seguir rastreando la vida del sufrido lord, a quien en extremo amó Shakespeare y del cual hemos de conjeturarlo, dada la finura de su espíritu y su constante afición al teatro, en la misma amplitud se sintió por él amado. Lo mentado saldría de nuestro propósito, pero dejemos sentado que espíritus zahoríes, atraídos sin duda por el abismo de la personalidad shakesperiana, lo han hecho a satisfacción, siguiendo la huella de muchos aconteceres de su existencia en el curso de los "Sonetos".

Todo ello refuerza nuestra tesis: Shakespeare conoció, y superlativamente, no el "amor que rebaja", de todos reprobado, sino el que "ensancha" el pecho con todo lo digno de ser sentido, da agilidad a la mente, impone por amor al mismo amor, el dominio de sí, y finalmente, espolea las facultades creativas hasta lo inconcebible.

Este afecto que, como supuesto exceso sexual no cabalmente comprendido ni por los más compartido, dió a menudo pábulo en la vida del poeta a "la calumnia que hiere a traición", para decirlo todo con sus mismas palabras. ¡Ved cómo Shakespeare se sobrepone a los vendavales del escándalo, cómo se sustrae a la amargura del remordimiento que le causa la crítica acerba de su pasión, y, finalmente, cómo, la frente alta se adelanta a defenderse ante contemporáneos y la posteridad!

"Pues ¿por qué los ojos falaces y lascivos de los demás—iban a afectar en lo más mínimo mi sangre amorosa?—O sobre mis flaquezas, ¿por qué habría espías más débiles aún que

yo en su fuero interno—y que tiene por malo lo que yo por bueno tengo? (Soneto CXXI. 5-8.)

El análisis de los "Sonetos" da noticias de su contenido dramático, y, además de la causa de los estados afectivos, penosos, de origen homosexual de un alma de excepción, puesto que todo lo abarcó —la comprensión del sabio como las incoherencias del loco, la excelsitud de los santos como la frigidez moral de los criminales—, y cómo, después de elaborarlos en su conciencia, fueron puestos al servicio de la estética.

El alma de este genio insatisfecho, explica que haya él soñado tanto.



CUADRO SINOPTICO DE LOS SONETOS

Primera serie

A) "El ángel mejor . . . el hombre justo y bueno".
Sonetos:

1-26.—Expresan la adoración del amor, y su tema es la hermosura del amigo de Shakespeare, calidad que por ser de naturaleza tan excepcional, debe ser transmitida a sus hijos; de ahí procede el consejo del poeta al amigo para que contraiga matrimonio. Los demás versos mariposean alrededor de los conceptos de lo bello y de la decadencia de los seres.

27-32.—Tratan de las pruebas a que está sujeta la experiencia del amor. Probablemente fueron escritos cuando el poeta se ausentó de su amigo. El motivo dominante es el estado de desesperación angustiosa que acarrea el estar separado del sér querido.

33-42.—Cosecha de los frutos de las primeras desilusiones del amor: el amigo dilecto le ha ofendido al poeta entrañablemente, robándole el cariño de su querida. No obstante, el traidor ha manifestado su pesar por acción tan ruin. Sucede al remordimiento por esta falta, un estado de dolor que se traduce en amargo llanto. El amigo, conserva, entretanto, a la manceba; empero, el amor de Shakespeare está tan arraigado en él que no sólo perdona a su amigo, sino que también tolera esta anómala situación.

43-55.—Manifestaciones de ansias de amor. Temores y presentimientos. Lamento sobre la ausencia. Shakespeare promete a su amado la inmortalidad a lo largo de sus versos.

56-65.—El amor se manifiesta desconfiado y melancólico. El poeta reconviene a su amigo por el enfriamiento que experimenta la amistad entrambos. Declara él que los ingenios en boga han acudido a peores temas para engarzar sus composiciones que el ensalzamiento de la belleza de su amigo; echa de menos el amor en la ausencia del objeto de él y compara la vida de los seres humanos a las olas de la mar. El poeta sufre de insomnio por preocuparse en demasía de sus afectos; concibe el amor que se tiene a sí mismo, como uno de los derivados del amor hacia su amigo, que representa para él una suerte de segundo yo. Esto concuerda con la definición de la amistad que apunta Aristóteles en el curso del "Banquete". Corresponde aquí traer a cuenta los resultados de la encuesta psicológica que formula Stekel acerca de los "Sueños de los poetas", asemejándolos a los sueños que tienen los neurópatas y los criminales. Insiste este neurólogo en que lo más saliente en el artista, no es precisamente su egoísmo, sus celos o el poder de su sexualidad, sino antes bien, su incapacidad ingénita para amar, para devolver a los demás el cariño que tan generosamente les tributa el mundo. El artista, en realidad, no puede sino amarse a sí mismo. Muy visible este defecto cuando se intima con artistas, suele resolverse, en la mayoría de los casos, en una aguzada pasión por la soledad y por el silencio, en cuyos ámbitos pueden ser mayormente ellos mismos, y asimismo, por poder rodearse así de los seres de su fantasía creadora.

Por otra parte, la susceptibilidad patológica de los artistas les hace sentir, y con qué exquisitez, el resentimiento y el odio, pasiones que forman los polos opuestos del amor.

¡Con cuánta meticulosidad se observan en los "Sonetos", todos estos módulos de la psicología artística que la psicoanálisis ha reconstruido hoy día tan afortunadamente! Al final, el poeta vuelve a insistir en el tema de la promesa de la inmortalidad para su amigo, por el hecho de haberle exaltado él en sus versos.

66-74.—Ideas y sentires inspirados en la tristeza, dominan en esta serie: el “amigo” se codea con gente indigna de él; se ahonda el resentimiento del amante; discurre él luego sobre la muerte, sobre su propio desaparecer del mundo y el del amigo. El amor, más fuerte que la muerte, le salvará del eterno olvido.

75-77.—Al poeta síguele atormentando su única obsesión: la desdichada pasión por su amigo.

78-87.—Shakespeare sale de su preocupación amorosa para medir su posición en el mundo exterior: piensa en sus colegas, en sus envidias, en su arte, falso y mendaz, y, muy especialmente, en las argucias de que se ha valido uno de ellos para arrebatarle la admiración de su amigo. En el soneto 87, el poeta se despide de quien así le hace sufrir, y acepta toda la responsabilidad de su desgracia.

88-96.—Trata de la enemistad del amigo y de la cual parece dudar ahora el mismo Shakespeare. Procura ilusionarse con la idea de que todo su enojo proviene de considerar a su amigo en la pendiente de la corrupción.

La trama del misterio del enajenamiento entre los dos, está tratada con energía a la vez que con acentos de honda emotividad.

97-99.—Estos sonetos tienen por objeto el lograr la conquista del corazón del amigo, pero aparentemente se frustra este intento. Las palabras melodiosas y bellas ya no obran sobre el ánimo del adolescente con el embrujo o el hechizo de otrora.

100-126.—En su conjunto, estos sonetos pueden considerarse como un poema íntegro, que bien podría llevar por título: “El triunfo del amor”. Estos sonetos fueron concebidos con motivo de la reconciliación de los amigos, tras larga separación; el poeta reafirma su cariño, que él juzga se ha acrecentado con el andar del tiempo, y como para demostrar hasta qué extremo llega

su devoción, toma sobre sí toda la culpa de lo acaecido. Shakespeare echa una ojeada retrospectiva sobre su pasión, y se huelga de todo aquello que contribuyó a hacerla un sentimiento dulce y exquisito. Alude de paso a hechos criminosos que le han imputado, dando lugar a escandalosas apreciaciones. Le invade una amarga tristeza. Medita sobre su oficio de actor, mirado con desprecio y desagrado por la gente honrada. La degradación en que suelen caer los actores le ha proporcionado un gran disgusto. Vuelve a despedirse de su amigo, y ahí termina la primera serie de los "Sonetos".

Segunda serie

B) "Mi peor, una mujer que al mal me tienta."

127-152.—Estos sonetos pudieran llevar por título "La dama morena y su misterio". Shakespeare la ama profundamente, no obstante haberle sido infiel. Comenta el filosóficamente los males que le infiere ella a su sensibilidad y a su honor. Recorre toda la gama de las emociones al describir su intimidad con ella. Ora se muestra tierno y blando, ora despectivo y sarcástico, ora se transforma en su juez implacable:

"Pues he jurado que eras buena y te he juzgado inteligente, Mas eras negra como el infierno y falta de luz como la noche."

Tercera serie

C) "La fogosidad del amor".
152-154.

* * *

La vida artística de Shakespeare —lo demuestran sus "Sonetos", verdadera confesión, o como lo diría Aristóteles, "purificación" bienhechora, "catharsis"— se pre-

senta como un perpetuo andar tras del amor, cual una nostalgia erótica causada por el sentimiento de lo incompleto y cuya única redención está tan sólo en el exhibicionismo psíquico.

Por toda evidencia intrínseca y extrínseca, Southampton despertó la pasión que tan maravillosamente refieren los poemas mentados, y con caracteres que no pueden engañarnos. Sólo "la infinita virtud" puede pasar a lo largo de la vida, siempre triunfante, y nosotros los mortales no somos la virtud infinita, ha escrito Shakespeare.

Si alguna justificación pudiera darse a esta obra de tan alto vuelo lírico, es que, en gracia a las revelaciones aportadas por su contenido, un hombre del cual tan poco sabíamos ha llegado a conocerse mejor que cualquiera de nuestros contemporáneos, y, la verdad, que bien considerados su carácter y su genio, merece serlo más que hombre alguno.

Tales son los complejos problemas en torno al amor, en sus aspectos uni y heterosexuales que suscitan estas peregrinas creaciones. Cuanto más se les lee, más se les admira, al ahondar un mundo verdaderamente divino, desde el cual puede aquilatarse la mente de un hombre genial. Desde ningún otro observatorio, podríamos divisarle mejor.

CAPITULO V

PLATON O EL FILOSOFO

EN EL CUAL SE DA NOTICIA DE LA BUENA OPINION QUE SE FORMO UN ILUSTRE PRELADO, DE LA AMISTAD EN GRECIA, Y SE PROSIGUE LA DISERTACION, DESCRIBIENDO EL BANQUETE OFRECIDO POR AGATON A SUS AMIGOS Y DE LO QUE EN EL SE TRATO: DEL AMOR SUTIL COMO VIRTUD Y ATAVIO DEL ALMA.

En su "Historia de Grecia", el obispo Thidwall (1), pensador distinguido y erudito de nota, asume la siguiente actitud hacia la amistad, que revela en alto grado su perspicacia y su buen sentido:

"Uno de los aspectos más amables y más nobles del carácter griego, lo constituye la facilidad con que se presta a formar amistades íntimas y duraderas; y éste es un rasgo tan saliente en los tiempos más remotos como en los más recientes. A buen seguro iba relacionado con la escasa estima en la cual se tenía a la sociedad de la mujer; empero, los sentimientos de abnegación y de constancia que acompañaban a estas uniones, no eran por ello menos admirables ni menos atractivas. Los camaradas heroicos que hallamos celebrados, en parte por Homero y en parte por la tradición, que si bien no llevan el sello de la misma antigüedad, estaban basados en un idéntico sentir, y parecen tener ellos tan sólo un corazón y un alma, apenas disienten en un deseo o en un objeto, y sólo viven como si siempre estuvieran dispuestos a morir el uno por el otro. Es verídico que el vínculo que los une no tiene siempre el carácter de perfecta igualdad; pero esto cons-

(1) Historiador inglés nacido en 1797, murió en 1875. Autor de una monumental historia de Grecia.

tituye una peculiaridad que, si a menudo presta un encanto singular a las descripciones poéticas, resta poco a la dignidad de la idea que presenta. Tales fueron las amistades que unieron a Hércules e Iolaus, a Theseus y Pirrethous, a Orestes y Pylades; y aunque aquéllas deban la mayor parte de su fama a la poesía épica y dramática de tiempos más cercanos a nosotros, la razón moral fundamental existió en la época a la cual aludía la tradición. La fábula de la "Ilíada" gira principalmente alrededor del afecto de Aquiles a Patroclo, cuyo amor por el héroe de mayor alcurnia se halla tan sólo templado por el respeto hacia lo encubierto de su cuna y de su incomparable valor. . . . El concepto del héroe griego parece no haber sido tenido por completo, si no ponemos a su lado un hermano de armas."

* * *

La filosofía de la amistad tendrá siempre sus raíces en el diálogo de Platón, que, por realizarse durante el transcurso de un ameno ágape, lleva por sobrenombre "El Convivio" o "Banquete". Autor alguno, antiguo o moderno, ha tratado el tema con la misma amplitud y comprensión que Platón, y se hará siempre forzoso el traerlo a colación cuando quiera el hombre elevarse a esa región en que la amistad se vuelve un verdadero sacramento. Constituye este diálogo una serie de disertaciones, propuestas por los comensales reunidos en torno a la mesa del joven Agaton, ídolo a la sazón de la plebe ática por su magnífico talento de dramaturgo. Celebra el acaudalado aristócrata con este banquete su primer triunfo en la tragedia. Además del anfitrión, ocupan muellemente sus triclinios Sócrates, Pausanías, Aristófanes, Eryximachus, Fedro y Alcibíades, el último en reunirse a tan selecta compañía. La cena forma tan sólo un motivo para platicar amablemente, como suelen hacerlo los amantes del saber y los buscadores de agudezas.

Conviene entre ellos en beber moderadamente, para mantener clara la llama de su ingenio. Despiden a la to-

cadora de flauta y resuelven disertar sobre el amor, opinando por turno cada uno de ellos.

El "metteur-en-scène", como diríamos hoy si quisiéramos modernizar este mimo, es Platón, el de la época de la feliz y desprevenida mocedad. Fluía por las venas del filósofo en ciernes, sangre del último monarca de Atenas, y por parte de la madre, descendía de Solón, el que había dado a la constitución del Atica, leyes sabias y fundamentales para el desenvolvimiento de su grandeza en el tiempo. Era el joven, gimnasta y atleta cabal; en filosofía seguía a Heróclito. Había profundizado además la música, las letras y las matemáticas. Representaba el tipo brillante del joven hidalgo ateniense que prefiere la adquisición de la sabiduría al ejercicio de la política. No amaba él a la muchedumbre, y como no estaba dispuesto a conseguir sus sufragios mediante la adulación, se inclinó más bien a la concepción oligárquica del gobierno, postura desde la cual está desenvuelta toda su teoría del Estado, en su inmortal "República".

Había amado intensamente a su tío Carmides, muerto como traidor, y había defendido con pasión su memoria. Habíale descrito a este último en sus escritos cual a un ser de hermosa contextura física, dócil, modesto y aficionado a la filosofía. A los veinte años había tenido lugar su encuentro con Sócrates, viejo maestro de sapiencia, algo excéntrico, cuyo procedimiento pedagógico avivaba notablemente el talento de sus interlocutores. A la sazón dedicábase este mancebo pensoso a componer pequeñas comedias de sociedad, llamadas "mimos". Fué sin duda en este género literario en el que ejerció su destreza en el diálogo, al cual había de estar asociado su recuerdo. Como su amado mentor, no brillaba su persona por la euritmia corpórea, cuyo divino sentido sabría explicar de una manera tan zahorí y definitiva. Habíase él ya dado cuenta con su fina inteligencia de que los dioses adorados en los templos de la Hélade, eran algo más que materia, porque vivía en ellos algo imperecedero que hablaba al espíritu de cada hombre.

El pensamiento sutilísimo divisaba tras las especies marmóreas el esplendor inmaterial de lo bello. Tanto había espiritualizado este mozo el sentido de lo estético, que ya podía engarzar en una máxima célebre su más recóndito sentir:

“La belleza del cuerpo es el indicio de una bella alma”.

Empieza el diálogo —pequeña comedia del gran mundo de ideas avanzadas— con estas observaciones de Eurymachus:

“Resulta cosa extraña de que de tantos poetas como los que han elevado himnos y cánticos en honor del mayor de los dioses, ninguno de ellos haya hecho el elogio del amor, a pesar de ser él dios de tanta importancia.”

Luego invita a todos los presentes a dar su parecer sobre asunto tan principal. Toma la palabra Fedro —el cual años después había de resultar infiel a sus actuales creencias; perdido, según Platón, para la filosofía— y expone de esta suerte su ideario:

“Numerosos son los testigos que reconocen en el Amor al mayor de los dioses, y no él es tan sólo el de más edad, sino también el manantial de los más grandes beneficios para nosotros. Pues no conozco bendición más grande pueda recaer en un joven principiante en la vida que el ser un amante virtuoso, o en el amante, el poseer por amado a un adolescente. En efecto, el principio que debiera guiar al hombre deseoso de vivir noblemente, dicho principio, repito, ni la cuna, ni el honor, ni la riqueza, ni otra motivación alguna es capaz de implantarlo tan bien como el amor, y de inspirar al hombre lo que debe hacer para conducirse correctamente; me refiero con ello a la vergüenza de hacer el mal y a la emulación de hacer el bien; sin esas dos calidades ningún particular ni Estado alguno realizan nada de grande ni de hermoso. Me aventuro aún a decir que, si un hombre que ama hubiese cometido una mala acción o sufrido un vejamen sin rechazarlo, no habría en el mundo ni padre, ni pariente, ni nadie ante el cual se avergonzaría tanto de comparecer como ante su amigo. De suerte que, si por algún acto de ensalmo, se compusiera un es-

tado o un ejército tan sólo de amantes y de amados, no podría existir pueblo que llevase más lejos el repudio del vicio y la emulación de la virtud. Hombres unidos en esa forma, aunque fuera reducido su número, podrían casi adueñarse del mundo entero, pues no existe ser alguno por el cual desearía menos el ser visto un amante abandonando sus filas o deshaciéndose de sus armas que de su amado, o asimismo no prefiriese morir mil veces antes de pasar por ese bochorno, y a mayor abudamiento, al abandonar a lo que ama y dejarle perecer. El cobarde más mísero se convertiría en un héroe inspirado, semejante al más valeroso de ellos en tal ocasión, pues el amor se lo inspiraría. Ese coraje que, como dice Homero, los dioses infunden en el alma de los héroes, y también el amado transmite el amor de su propia naturaleza al amante."

Este juicio vocea la opinión que merecía la amistad, en estos tiempos áureos, para su conservación y desenvolvimiento; constituía este sentir el numen de grandes y fecundas empresas. El "*amitiae vinculo*" inculcaba el espíritu del honor y mantenía digno el espíritu de la libertad, principalmente en asuntos morales y políticos.

Pausanias, el filósofo mozo, de clara mentalidad, abunda en parecidas razones acerca de la naturaleza de amistad:

"En Ionia y otros lugares, y por regla general en países sujetos al dominio de los bárbaros, la costumbre es tenida por indecorosa; el amor a los muchachos comparte el mal nombre en que se tienen a la filosofía y a la gimnasia, por ser ambas hostiles a la tiranía; pues requiere el interés de los gobernantes que sus súbditos sean pobres de espíritu y que no exista entre ellos ningún vínculo de amistad o asociación. El amor por sobre otros motivos es probable resulte inspirador, como ya lo han probado por experiencia propia los tiranos de Atenas."

Es muy acertado que cuando llega el turno de opinar a Agaton, el poeta de moda, niño mimado de la fortuna, exalte en su discurso el aspecto jocundo, poético y triunfal del amor. Entona él un himno fervoroso a

Eros, que semeja a las odas de Anacreonte. La poesía se entrelaza con la filosofía; el artista se confunde con el teorizante.

“El amor se cierne y descansa sobre cuanto existe de más tierno, puesto que coge por morada el alma de los dioses y de los hombres, y aun así, no en todas las almas indistintamente. Si por asomo da con un corazón endurecido, pasa adelante y sólo se detiene en un tierno corazón. Eso supuesto, jamás roza con su pie o el resto de su cuerpo sino la parte más delicada de los seres más delicados, y si ello es así, es menester que él esté dotado de la más exquisita sensibilidad. Es, por lo tanto, el más joven y el más delicado de los dioses. Y debo agregar que su esencia es de todo punto sutil; pues de otra suerte no podría él penetrar por doquiera, deslizarse inapercibido por todos los corazones y salir de ellos de idéntica manera. Y quien no reconocerá una esencia sutil en la gracia que, según el común consenso de las gentes, distingue al amor y a la fealdad que por doquier están en abierta lucha. Jamás se posa el amor en algo que esté marchito ni de cuerpo ni de alma; sino en donde halla flores y perfumes, y sitios en los cuales se complace y permanece.”

Eros conduce al bien por sendas de virtud, eso, es decir, espiritualiza los apetitos groseros.

Sigue Aristófanes en el uso de la palabra y ahonda aún más los pensamientos de Fedro y de Agaton:

“Cuando alcanzan a la edad de hombres, aquéllos que tienen el alma viril y despejada de prejuicios, se vuelven amantes de los adolescentes y no se sienten, naturalmente, inclinados a casarse y engendrar hijos, y, si así lo hacen, es tan sólo por respeto a la ley; empero, se sienten felices si se les permite vivir con otro sin casarse. Y una naturaleza así concebida es dada a amar y pronto a devolver el afecto, uniéndose siempre a aquéllos que se le asemejan. Y cuando uno de ellos encuentra a su otra mitad, ya sea amante de muchachos o de otra especie, la pareja se desmaya en el pasmo o el aturdimiento del amor, de la amistad y de la intimidad, y,

entonces, ni el uno ni el otro quieren perderse de vista, si así cabe expresarme, ni por un solo momento: quieren ellos pasar juntos toda su vida; y ello, no obstante, no sabrían explicarse lo que desean el uno del otro. Pues el intenso anhelo que experimentan entrambos, no parece fincar en el deseo del comercio de los enamorados, sino en otra cosa que, evidentemente, anhela el alma y de lo cual tiene un presentimiento oscuro y dudoso. Supongamos que Haphaestus, con todas sus herramientas, acudiera a la pareja que yace junta y le dijera: ¿Qué cosa deseáis el uno del otro? Se sentirían perplejos para explicárselo. Y aún más: imaginemos que, constatando su turbación, les dijera: ¿Desearían ustedes constituir un solo ser, estando juntos noche y día en mutua compañía? Pues si ésta es vuestra aspiración, estoy listo a fundiros en uno y dejaros crecer juntos de tal suerte que, siendo dos, os transforméis en uno, y mientras viváis, llevéis una vida en común como si fuerais un solo hombre y, después de vuestra muerte en la tierra, constituyáis una sola alma en vez de dos, vuelvo a insistir, si este es vuestro anhelo amoroso, y si os satisface el alcanzarlo. No existe un solo hombre de los de esta especie que, habiendo atendido esta esta proposición, negaría o dejase de reconocer que este encuentro y esta fusión en brazos uno de otro, hasta convertirse uno en dos, no fuera precisamente la expresión cabal de su necesidad de largo tiempo atrás."

Entra luego en la lid oratoria Sócrates, el venerando guía de esta mocedad curiosa, y, para dar a su ponencia el sello de la Divinidad, trae a colocación las enseñanzas de su maestra Diotima, profetisa de Mantinea. Ella le ha transmitido, tras una alegoría, el oculto sentido del amor.

Fuera el Amor el hijo de un dios, Poros (la abundancia), y de una mortal, Penia (la pobreza). Este producto o daemon, divinidad intermedia entre los dioses y el hombre, forma un ser imperfecto, pero aspirante a la perfección. Es pobre por su madre, y opulento por su padre; carece, en cierto modo, de bienes terrenos, em-

pero está en condiciones de hacerse de todos ellos. Tiene carácter de mago, de sofista, de seductor. Considerado como deseo, es Eros desgraciado, débil, impotente; mas, en cambio, si atendemos a su poder volitivo, que todo lo trasmuta en cosas elevadas y trascendentes, resulta una categoría triunfante, gloriosa, divina.

La finalidad de Eros no es, pues, lo bello material pasajero, sino lo eterno, aunque esto último vaya tan sólo condicionado a lo que es hermoso.

El amante empieza su ascensión dialéctica o socrática prendándose de alguna persona apuesta; es decir, se busca a sí mismo a través de otro ser, aspira a complementarse. Ello constituye el primer peldaño, embriaga en esta etapa la física belleza, pero el hombre no se detiene ahí: llega la insatisfacción, el descontento, y se pasa de ese estado a la hermosura de los sentimientos, a la serenidad de las ideas, y ya se va reflejando en la psique del amigo una partícula de la belleza divina, perenne y esencial. Cuando acaece el instante del éxtasis puede el amigo abrir los ojos "al gran océano de lo bello, en el cual el hombre recién halla la verdadera vida", en el renunciamiento a lo perecedero, a lo ilusorio y goza de ese estado contemplativo, que es en sí mismo un anticipo del cielo.

De la amistad erótica, nacida en los sentidos, pasa el hombre a la intelectual con el divino amigo, que no engaña ni lo puede hacer. Esta cadena de sentires y de ideaciones que se originan en lo más profundo de la carne, afecta al hombre como una maravillada "manía", que lo incita a la búsqueda del verdadero ego y le encamina a la región donde se siente y deviene un creador.

Termina el sapiente maestro con el áureo consejo de que es por medio del ejercicio de un afecto juicioso y hondo, probado tras largas experiencias, subidas y caídas, que aurea en el alma, la meta de todas las aspiraciones humanas:

"El que se ha instruído hasta este punto en las cosas del amor, y ha aprendido a ver lo bello en su debido orden y sucesión, cuando esté por arribar al término,

verá una esencia de maravillosa hermosura . . . , la belleza suprema, separada, sencilla y eterna, la cual no ha tenido principio ni tendrá fin, no conoce el crecimiento ni la decadencia, no tiene forma ni fisonomía, la cual, asimismo, no es tal pensamiento o tal ciencia en particular, que no cambia ni varía, de la cual proceden cual de una fuente inagotable, todas las ideas que tenemos en el mundo acerca de lo bello, sin que jamás venga a menos la belleza eterna y soberana al prestar su imagen a la tierra, o se aumente al retirarse de ella. ¡Feliz aquel que, mirándola cara a cara y bajo su única forma a esa divina beldad, entrega sus ojos y sus deseos para contemplarla y ocuparse de ella! Venturoso, finalmente, aquel que engendra con ella la virtud y la verdad, hijas estas últimas de la belleza. No es ya un hombre semejante ser, sino un inmortal, un Dios”.

Esta religión del amor, inspirada en la amistad, está íntimamente ligada al culto de la belleza, y es en su seno que aquélla se sublimiza y descansa. El vínculo afectivo se ha convertido en una delicadísima pasión del alma, estado semihumano y semidivino, “que proporciona la paz a los seres, la calma al mar, el silencio a los vientos y el sueño al doliente”.

Se ha alejado Sócrates —el máximo protagonista de este sereno drama de amor— en su concepción espiritual y universal de cada una de las opiniones individuales expresadas por los jóvenes que aún no se han sustraído a la tumultuosa vida de las pasiones; así la suya sobrepasa al hermafroditismo interpretado por el poeta cómico, y más tarde se eleva a la cumbre del humano pensamiento: la redención por el amor; el amante compensado, por haber amado justicieramente, con la visión beatífica.

Lo ridículo anda siempre de ronda por donde se pasea lo sublime, y he aquí que mientras está por terminar Sócrates su exposición, llaman a la puerta: Alcibiades arriba ebrio, adornado de varias coronas de violetas y de hiedra.

Hace la apología de su viejo paidotribes, al cual ca-

lífica de sabio, de valeroso e inocente. La fiesta se agua, pues al incorregible juerguista sigue una banda de borrachos en peor estado aún que el mismísimo Alcibíades. La mayoría de los invitados juzga prudente el retirarse a descansar. Tan sólo Sócrates, bullente de entusiasmo por las ideas, no cae en las redes de Morfeo y continúa platicando con Agaton y Aristóteles. En esa postura los sorprenden los primeros tintes de la aurora.

* * *

En el curso del análisis de este diálogo, tenido por los doctos, profanos y sagrados como la obra más honda que se haya escrito sobre la naturaleza del amor, me he preguntado hasta el cansancio a qué clase de pasión podría atribuírsela que cambiara de manera tan fundamental el objeto de la libido moral. El culto del efebo fué, sin equívocos, la idea del amor que acotan los interlocutores del diálogo, y en esa fe participaron la mayoría de los superhombres de Grecia.

Recordemos los célebres versos de Racine:

"Dans quels égarements l'amour jeta la Grèce";

mas, en honor a la verdad de los hechos, digamos más bien, a qué sublimidades no condujo este particular concepto de la amistad.

¿Fué Grecia grande a causa de ello o a pesar de ello?

Vacilo en expresar todo mi pensamiento, y sin embargo, titubeo asimismo en pasar por alto consideraciones de la mayor importancia para comprender la genialidad de Platón y toda la civilización helénica. No fué Platón tan sólo eminente por ser el más cabal intérprete del pensamiento helénico, sino por la influencia que había de ejercer en la filosofía, la sociología y la mística de todos los tiempos.

Parece asombrosa a los modernos esta pasión y aun a aquéllos que estudian objetivamente estas costumbres para aclararlas y comprenderlos; y, a tal punto es extra-

ño este amor griego, que no se le concibe sino como una aberración, como una anomalía, como la neurosis colectiva de una raza, y no obstante el más cerrado razonar, ese sentir condujo a un mundo ideológico, de fuerza y de equilibrio de la razón. Esta tendencia unisexual reemplazó buena parte del afecto hacia el hogar y la familia y llevó fatalmente a rendir pleitesía a la virilidad, idealizada al extremo de constituir ella el eje alrededor del cual giraba toda una sociabilidad. Debemos hacer hincapié cómo purificó Platón "el Divino" ese apasionamiento afectivo, sutilizándolo con ayuda de teorías grandiosas; pongo por ejemplo la doctrina de la reminiscencia.

El autor de "Fedro" no podía ocuparse de la amistad sino bajo el aspecto del más profundo de los amores, y es menester "sentirse griego", como lo puntualiza el mismo Goethe, para comprenderlo en toda su hondura. Mas, en la consideración de este asunto, cabe desligar lo que fué privativo de la sociedad helénica de la época y los rasgos completamente propios con que lo encaró Platón.

El significado del amor obsedió a todos los filósofos de Grecia, empero a ninguno atormentó como a este mozo de prosapia aristocrática, tan dedicado a la gimnasia en su primera mocedad, que por dos veces obtuvo la corona de los juegos de Olimpia y de Nemea.

Para él —y lo aducía en consideración a la heroica historia de las polis de la Hélade— y los que como él estimaban el amor, eran tenidos como los primeros en las filas de los adolescentes y de los adultos, por estar dotados de una naturaleza más viril que el resto de los hombres.

Lo da a entender él, tras una dialéctica acerada, que para amar no es menester conocerse a través de la mujer, sino el reconocerse en sí mismo: raza, genio, amistad, vida.

Este encadenamiento de hechos, realizados por el desarrollo de la amistad, sigue en su sistema filosófico las siguientes etapas:

"El recto camino del amor, ya lo sigamos nosotros

mismos, ya nos dejemos guiar por otro, consiste en empezar por las bellezas de aquí abajo . . . , de un solo cuerpo a dos, de dos a todos los demás; de los cuerpos hermosos a las ocupaciones bellas, de éstas a las bellas ciencias . . . , hasta ir a parar a la ciencia por excelencia, o sea lo bello, terminando por conocerlo en sí . . . "

Admitía este filósofo tres sexos: el hombre o andrógino, de naturaleza completa bisexual; el macho, de natural heterosexual, y, finalmente, la mujer, de esencia unisexual. Dividíase el homoerótico para él en: subjetivo, es decir, aquel cuya libido tenía por objeto a la mujer, y el objetivo, aquel cuyo fin libidinoso lo formaba el hombre, o sea el propio sexo. Además, debemos tener muy presente que las pasiones aberrantes de la hora actual no guardan, en realidad, relación con las habidas en el cosmos helénico: el efebo y no el varón, era en ese entonces el término de la sed de amar.

Tal como acaecen las cosas en la actualidad, no hubieran agradado al "Divino", pues a cierta clase de amantes aberrantes los destierra de su "República", como lo expresa en su libro sobre "Las Leyes". También opinaba de la misma suerte Sócrates, magüer ser hombre casado; pero excusan su sentir el mal talante de su esposa Xantipa y el criterio privativo de la época. Empero, si este sabio no concebía el verdadero amor bajo otra forma que la pederastía, no practicaba ninguna forma de aberración. Y Plutarco, tan amigo de indagar la intimidad de los varones ilustrísimos, confirma esa afirmación: "Sócrates —escribe en el ensayo sobre las "Virtudes de Alejandro"— dormía al lado de Alcibíades sin violar la castidad".

Un escritor tan licencioso de costumbres y tan poco recatado en el decir, rinde asimismo en el "Satiricón" un magnífico homenaje a esta virtud del pedagogo ático. Y no lo olvidemos, no perdonaba el árbitro de las elegancias ni al mismo César en sus sátiras, y eso que de él dependían su vida y su fortuna.

Máximo de Tyro, en varias de sus disertaciones, le ha vengado de los reproches que ciertos escritores le

hicieron a Sócrates por imputarle un vicio tan difundido como tolerado en su tiempo, pero en el cual él no incurrió.

La expresión corriente en la depravada Roma "Sócrates fides", ofrece la prueba, por otro lado, que la continencia del virtuoso maestro había llegado a ser proverbial, aun en ese medio cínico y pervertido.

Este uranismo heleno, de índole psíquica, no llevaba en sí ninguna traza de afeminación, y este rasgo constituye cabalmente otra de las paradojas de este asunto, que por transformaciones sucesivas llevó en gérmenes toda la moral espiritualista del futuro.

Estas relaciones eróticas de los griegos era para el desarrollo moral lo que pensaba Nietzsche, "la condición necesaria de toda educación viril".



CAPITULO VI

EN EL CUAL SE DA CUENTA DE LO MUCHO QUE A PLATON
AMO Y SIGUIO SAN AGUSTIN; DE COMO ASIMILARON LAS
DOCTRINAS DE "EL DIVINO", EL DANTE Y PETRARCA

En la centuria que viene tras la muerte de Alejandro, todo el Oriente entonces conocido estaba saturado de helenismo: sus costumbres e ideas hacían ley. Pasó por tres fases bien definidas la influencia del amor platónico sobre el pensamiento europeo, a partir de la Era Cristiana hasta el siglo XVII. En primer término, lo asimilaron los Padres de la Iglesia; en segundo, los poetas humanistas Dante y Petrarca, y en tercero, los discípulos de Platón en la Italia del siglo XV.

Juzgaba San Agustín que si los seguidores de Platón hubiesen sido iluminados por las luces de la revelación, habrían tenido que cambiar pocas cosas de su doctrina para conformarla al cristianismo. En efecto, la concepción platónica del amor y de la belleza encamina naturalmente el alma hacia el amor de la Divinidad. La belleza absoluta y soberana a la cual alude sin cesar, es en verdad una definición de Dios tal como lo expone la teología cristiana. Se llega al amor de Dios por etapas sucesivas, tanto en la dialéctica platónica como en la vía que escogió un santo cual San Francisco de Asís. El misticismo cristiano procede directamente de Platón y toma carta de ciudadanía en la teología católica. Anillos de esa cadena forjada por "el Divino", son sucesivamente: San Agustín, el discípulo máximo; San Dionisio, el Areopagita, autor del trabajo "De divinis nominibus" y creador y organizador de la jerarquía del mundo místico, cuyas teorías continúa Scot Erigenes; este último mezcla el misticismo con la filosofía y va a parar en San Bernardo; este fuerte espíritu inspira a Gerson, el

cual a su vez influye en Santa Teresa de Jesús, y de ahí atraviesan todos estos sentires la dulce alma de Fenelón, cuyo mérito estribó en hacer descansar la fe cristiana en el amor.

Al leer a cualquiera de estos místicos se constata su parentescø con la doctrina de Platón. Algunas de las obras de los autores nombrados parecen ser comentarios del "Convivio". Empero, no obstante su estrecha relación con el mentado diálogo, existen diferencias que conviene realzar. El misticismo cristiano desdeña el amor pasional, en tanto que el filósofo de la Academia lo utiliza y lo transforma para el logro de fines más elevados. Si bien el amor terreno es tan sólo una etapa hacia la meta de lo bello, constituye para el ateniense una cosa naturalísima y no un pecado, cual lo admite el místico tocado por la gracia. En el sistema ofrecido por la santidad, lo bello, término harto vago y confuso, es reemplazado por la idea de Dios, inteligencia infinita, cuyo amor es el objeto de todo nuestro peregrinar por la tierra. Si bien siguen un método diverso en la apreciación de los hechos que conducen a la virtud y a la contemplación, tanto platónicos como cristianos, coinciden en el objetivo final. La disparidad debemos buscarla en el punto de partida. Platón es intensamente griego, y su fundamento, el amor griego; mientras los Padres de la Iglesia y sus discípulos, proceden del puro y casto amor preconizado por Cristo.

Del terreno religioso pasó la influencia del "Banquete", a la literatura medieval. Dante y Petrarca, en sus poemas aúnan un derivado del platonismo afectivo con elementos romancescos y sutiles. Su ideario es la flor del amor místico y caballeresco, engendrado por las ideas cristianas y las ideas guerreras sustentadas durante la Edad Media. Tanto el caballero andante como el místico pusieron peregrinamente en práctica la teoría del amor, desenvuelta con tanta maestría en el "Convivio". Pocas doctrinas suscitaron durante la docta antigüedad más constantes comentarios y engendró discípulos más entusiastas durante los siglos que precedieron al Renaci-

miento. Como en el diálogo platónico, en "La Divina Comedia" toca a una mujer la sugerencia del más alto amor. Beatriz, mujer y símbolo a la vez, recuerda a Diotima, la vidente de Mantinea.

Dante ha entrevisto en la joven doncella, grave, hermosa y seria, un ideal que representa para él cuanto hay de bueno y de hermoso en la tierra. Nunca llega a consumarse esta pasión en la mocedad, llena de castos y poéticos arrebatos, pues Beatriz murió joven y jamás llegó a ser la amiga ni la esposa del poeta. Después de divisarla en la calle a la hora de nona, rodeada de dos jóvenes no menos mozas que ella, vestida de blanco, el enamorado mancebo se detiene tembloroso y recoge su grácil saludo. Ese momento constituye lo supremo en la vida del genial florentino: es como si hubiera levantado el velo que ocultaba a la belleza suprema e inaccesible. Ha sido la obra de un instante; y de ahí en adelante esa visión será la finalidad de toda su vida de dolor y de sufrimiento.

La inspiradora del Petrarca es también una bella y misteriosa joven; pero esta pasión, a la cual el vate atribuye toda su nombradía y su virtud, no es tan inmaterial como la del Dante. Petrarca amó a Laura con las ansias de la carne, y aunque su amor se mantuvo siempre en el terreno de lo ideal, Laura sobrevivió a sus desdichas, casó y vivió hasta una edad avanzada. Por ella tornóse virtuoso Petrarca, puesto que el amor metamorfosea a los amantes y les vuelve semejantes a los que aman. Este último sentir ofrece un fidelísimo comentario a la doctrina platónica acerca del amor.

El elegante cantor renacentista tenía mucha afición a San Agustín, y le describe con exquisita precisión en el prefacio de sus "Diálogos", poniendo en relieve la terneza honda de sus sentimientos, sus rasgos de carácter más significativos y simpáticos:

"Religiosus aspectus, frons modesta, graves oculi, sobrius incessus, habitus sacer; sed romans facundis gloriosissimi patris Augustini quoddam satis apertum

indicium praeferebat. Accedebat dulcior quidam majorque quan nescio quid hominis affectus”.

En su obra dialogada “De contemptu mundi”, le escoge por interlocutor. Uno y otro, santo y poeta, conocieron bien la práctica y la teoría del amor.

Desempeña San Agustín en el diálogo el papel de Sócrates. Refuta toda la argumentación nacida de la pasión carnal y de la afición a la belleza del cuerpo; arrincona a su interlocutor, o más bien penitente, hasta que de concesión en concesión le lleva a admitir que ha escogido el camino más espinoso y más largo para hallar a Dios. Petrarca, más platónico que el Dante, quiere revestir su pasión de virtud e idealidad, pero el cristianismo no admite pueda amarse a Dios confiándose en un corazón humano. Celosa la Divinidad de su suprema prerrogativa, quiere reinar sola en el alma que se le ha entregado sin segunda intención.

Para el autor de la “Vida Nueva”, el amor constituye una fuerza inspiradora, moral y religiosa; para Petrarca, espíritu sutil y mundano, se organiza en su mente como una motivación retórica y poética, y finalmente, los renacentistas, emancipados de la magia caballeresca y de los cánones de una teología estricta, aceptan las ideas del “Divino”, sin restarle su genuino sentido. En el siglo XV, Platón triunfa de manera cabal.

CAPITULO VII

COMO ALCANZO FLORENCIA A SER LA CIUDAD DESDE DONDE IRRADIO LA FILOSOFIA PLATONICA Y DONDE FUE AMADO SU AUTOR, TANTO DEL PRINCIPE, COMO DEL MAS HUMILDE ESCOLAR

Florenia por breve espacio de tiempo fué la sede del Papado. En el mes de enero de 1439, el patriarca José de Constantinopla y el emperador de Oriente Juan Paleólogo, acudieron a Florenia para entrevistarse con el Papa Eugenio en el Concilio que había de reunirse allí y que tenía por objeto la unión de la Iglesia latina con la griega. Regresó a Roma el Pontífice cinco años después, habiendo fracasado en su grandioso intento.

En 1453, Mahomet II tomó por asalto a Bizancio, y millares de griegos buscaron entonces refugio en Roma y en Florenia. Estos acontecimientos tuvieron múltiples consecuencias para el adelanto de la civilización, y ellos se tradujeron principalmente en un avivamiento del estudio del griego y de la filosofía platónica.

En realidad, las emigraciones de griegos ilustrados comenzaron desde los tiempos de la República florentina, antes de la desaparición de Petrarca y de Bocaccio.

Cósimo dei Médici, el árbitro de la urbe toscana, se entregó al neoplatonismo de cuerpo y alma, y cúpole a él, según el parecer de Burkhardt, la gloria especialísima de reconocer en la filosofía platónica la más bella flor del pensamiento de la antigüedad, e inculcó en sus amigos la misma fe, promoviendo dentro de los centros humanísticos, una nueva y más elevada resurrección del espíritu griego.

El "capo" de la República halló en Marsilio Ficino, mancebo de Figline e hijo de su médico de cámara, al

futuro sumo sacerdote de la nueva dispensación ideológica del amor y de la belleza.

Le invitó a vivir en su corte, dándole una espaciosa casa para vivir en la ciudad y una espléndida chacra cerca de Careggi, donde pasar los estíos. Fué en esta última donde, con el andar del tiempo, se fundó la Academia Platónica, centro desde el cual irradió la más luminosa cultura humana itálica durante el siglo XV.

El nieto del "Pater Patriae", entregado desde su más temprana mocedad a una existencia de halagos artísticos y satisfacciones intelectuales, dedicóse en la madurez de su edad por entero al culto de lo bello y del amor. Cuando él se hubo adueñado del gobierno de su patria, Florencia convirtiéndose enteramente en el foco ardiente del Humanismo y del Renacimiento; de la resurrección, del saber helénico, y de un movimiento de ideas que tuvo por miras el fundir el espíritu cristiano con el pagano, y que condujo en último término a la imitación más o menos acusada de la antigüedad, tanto en su parte teórica como práctica.

Singular y única época era ésta del "bel viver" italiano del "cuattrocento", acompañado de toda la hermosura y de toda la licencia de costumbres que hicieron famosa la Atenas post-socrática.

"Sarebbe impossibile avesse avuto un tirano migliore e piú piacevole", comenta Guicciardini a propósito del carácter esplendoroso de Lorenzo dei Médici. Todo era exteriormente soberbio en la ciudad que gobernaba él, con mano de hierro, recubierta de fino guante de seda. Era él asiduo lector de Platón. El Magnífico atraía y protegía a los más grandes artistas y a los sabios más lúcidos de su tiempo. "Amava meravigliosamente qualunque era in una arte eccellente", opinó de él Machiavello. El adjetivo "maravillosamente" ocurre a menudo en el relato que hace el sagaz historiador de la vida de Lorenzo, al final de su Historia Florentina. Bien le cabe el vocablo a este discípulo de Platón: poeta sutil, infinitamente enamorado de la belleza de las formas y capacitado como muy pocos hombres para profundizar

las argucias del raciocinio. Además de todas estas virtudes intelectivas, era el esclarecido déspota, como mármoreamente lo describe el mentado historiador: "Nelle cose veneree meravigliosamente involto". A pesar de su inquebrantable y potente voluntad, malgrado su manifiesta inmoralidad, se mostró Lorenzo tolerable esposo y un padre, no ya tierno, sino verdadero adorador de sus hijos.

A fin de renovar en nosotros el entusiasmo que sentía aquella sociedad de exquisitas personalidades, espíritus libres y férreas voluntades, imaginémonos asistir a uno de esos convivios que Lorenzo ofrecía a sus doctos amigos el día del nacimiento y de la muerte de Platón, el 7 de noviembre de cada año. Podemos seguir, paso a paso, estas festividades del espíritu, merced a la descripción que de ellas nos ha dejado Marsilio Ficino en sus comentarios sobre el "Symposium" de Platón.

El recuerdo de aquel famosísimo diálogo trae su nota majestuosa a todos los detalles de la conmemoración. Como en aquel entonces, los convidados se limitaban a nueve, el cabalístico número de las Musas. Cual en el "Symposium", después de que los comensales han hecho moderados honores a los placeres gastronómicos, se ponen a discurrir sobre el amor-amistad, o antes bien, a comentar lo expuesto por "el Divino".

Un preciosísimo doctrinal, erudito, casuístico y grave, reemplaza la maravillosa y sencilla fluidez de los platicantes áticos; se echa muy de menos la gentil familiaridad, que va de lo más simple a lo más complicado, jugueteando con las palabras y los conceptos: las conversaciones de estos académicos florentinos son altamente conceptuosas y asaz enfáticas:

"No, no son ni los filósofos Anaxágoras, Damión o Arechelaüs, ni el retórico Prodicus, ni Aspasia, la maestra de la elocuencia griega, ni el músico Comus los que enseñaron a Platón la doctrina del amor. La profetisa Diótima, mujer inspirada por el espíritu divino, fué de quien él recibió la ciencia, según su propio decir, y, sin duda, así lo asevera para demostrar acaso que es

tan sólo la inspiración de la divinidad la capacitada para hacer comprender a los hombres lo que significa la verdadera belleza, y el verdadero amor: ¡tan grande y santa se nos presenta la facultad de amar! Alejaos, pues, de este divino ágape; lejos de aquí, vosotros los profanos, ahincados en el fango de la vida terrenal, y viles esclavos de Baco y de Príapo, que rebajáis el amor al nivel de los placeres de la tierra, al amor que es espíritu de los cielos! Pero vosotros, castos compañeros, que, por estar entregados al culto de Diana y de Minerva, gozáis de la libertad de los espíritus puros y de la alegría perenne del alma, venid a nosotros y escuchad con respetuoso celo los divinales misterios que Diótima reveló a Sócrates”.

Religión de amor y de la belleza es la anunciada por este mensajero de la antigüedad; religión igualmente distante de la concepción augustiniana como de las de Dante y de Petrarca: ni Dios, ni la mujer idealizada, son los fines de esta dialéctica renovada, sino el prístino vino amoroso de Grecia, tal como le recibió Platón de los viñedos de Corinto y de Chíos, con su mezcla de sensualismo y su transformación luego en doctrina filosófica y estética.

Renace en este momento histórico el paganismo: se espiritualizan los sentidos, mas no se hace caso omiso de ellos, en la búsqueda del supremo bien. A semejanza de lo que ocurre en Platón, este movimiento de ideas se ajustaba a la genialidad de la raza, en cuyo seno se desarrollaba y se plegaba a los hábitos prevalentes. Ficino adoptaba una interpretación del platonismo que encuadraba en el temperamento italiano y convenía a sus refinadas costumbres. Italia cultivaba a la sazón, apasionadamente y sin darse tregua, la belleza en todas las artes, y se cuidaba más de la forma externa que del fondo íntimo de las cosas.

Los miembros de la Academia platónica estimaban al amor humano cual lo hacía su remoto maestro; es decir, como uno de los escalones conducentes a la eterna belleza. La idea de Dios se perdía en lo bello infinito.

El espíritu italiano, encarnado en los intelectuales de Florencia, renegaba del cristianismo medieval y se ufana en volver a las normas filosóficas del siglo III antes de la Era Cristiana.

Entre los concurrentes a la Academia se destacaban humanistas de nota, además de Macilio Ficino: Cristóforo Landini, Leo Batista Alberti, Angelo Ambrogini de Montepulciano, Poliziano de sobrenombre, sabio y excelso poeta, amigo dilecto del Magnífico; Leonardo Bruni, maestro de Lorenzo y traductor de Platón; Miguel Angel Buonarroti, Luigi Pulci y Pico della Mirandola..

Florencia era en verdad, en estos momentos culminantes, la ciudad intelectual por excelencia de los modernos tiempos, donde todos a una, desde quien la gobernaba hasta el último súbdito, se deleitaban con el cultivo de la mente y con la afinación de sus sentidos para apreciar mejor lo verdadero y lo bello.

La actividad mental de la urbe eran tan sólo comparable con la actividad que se había suscitado entre los griegos.

El más seductor de todos los platónicos medicianos fue, sin duda, el joven hidalgo lombardo Giovanni Pico della Mirandola, el miembro más mozo de la Academia Platónica. Dueño de una gran y delicada hermosura física, de elevada estatura y armoniosamente proporcionado, él constituía el tipo representativo del hombre cabal de esta época áurea. Su alma estaba henchida del orgullo que le causaba el haberse adueñado de toda la sapiencia de su época. "Natura —escribe Poliziano— parece haber colmado a este hombre de todos sus dones. . . Algo divino se reflejaba en su rostro. Agudo y provisto de una memoria prodigiosa, era infatigable en la afición al estudio, y, en cuanto a su estilo, se manifestaba en él perspicaz y elocuente".

Poseía el saber de los clásicos y la ciencia de los hebreos; era aún más místico que Ficino, pues consideraba a todas las religiones y a toda ciencia como manifestaciones diversas de la misma divinidad.

No tan sólo por el círculo selecto de la Academia era tenido Pico como un fénix en ciencias sacras y profanas, "uomo quasi divino", como lo describe Maquiavelo. Savonarola opinaba de la obra del joven prodigio, "Triumphus Crucis", publicada después de su muerte, que tal era la sublimidad de su doctrina que su autor debiera ser contado entre los milagros de Dios y de la Naturaleza.

Criatura tan atractiva fué muy amada, como es de suponerlo, y no siempre se mantuvo con respecto a la mujer en la postura de un enamorado platónico, mas se deduce de la historia de su vida que los breves desvíos de su primera mocedad, le entristecieron a tal punto que arrojó a las llamas cinco libros de versos inspirados en el amor y otros parecidos fantaseos.

Sumió luego su espíritu en las más abstrusas cuestiones, llegando a formular hasta novecientas tesis en defensa del misticismo platónico. En 1486 desafió a los sabios de la ciudad pontificia, y éstos, en vez de rebatirle, juzgaron más prudente, tildarlo de hereje. En efecto, como tal fué condenado por un breve de Inocencio VII y absuelto del injusto cargo, siete años más tarde, por Alejandro.

Cuesta imaginar siquiera pudiera merecer tamaña reprobación un hombre que, aunque en el ardimiento de la juventud, había renunciado a los deleites de su edad, para arder en un ideal superior de humanidad, dignificado por una voraz sed de conocimiento y por una piedad tal que absorbió todas sus demás actividades.

No se sabría justipreciar si fueron sus talentos o sus cualidades morales las que más brillo confirieron a su persona. Estaba él familiarizado con todas las ramas de la Filosofía y dominaba, además, muchas lenguas, mientras su fama se hallaba más allá de toda ponderación.

Tenía apenas veinte años cuando llegó a Florencia, allá por el año 1482, en el preciso momento que Marsilio Ficino remataba su versión de Platón. No tardó el arrogante mozo, de luminosos y penetrantes ojos gar-

zos y luengos cabellos castaños, en convertirse en el amigo preferido de los más escogidos espíritus del círculo platónico. Su magnetismo personal, sus atildadas maneras, su fastuoso tren de vida, los varios dotes de su pasmoso intelecto, tornáronle muy luego a ser el ídolo de una sociabilidad finamente apreciadora del genio y de la armonía corpórea.

En el joven señor de la Mirandola ambas cosas se daban a las mil maravillas.

Fué Savoranola, el austero varón, su confesor y su confidente. Hemos visto cómo él le admiraba.

Los propósitos más elevados de la Humanidad fueron expuestos por Pico, en su "Oratorio de hominis dignitate", que pasa a justo título por uno de los más memorables legados de estos tiempos, en los cuales el hombre principió a conocerse a sí mismo y a medir su poderío.

Expone él, entre otras cosas, en este dignísimo discurso que Dios creó al hombre para que él conociese las leyes del Universo, amara su belleza y admirara su grandeza. No le ató a ningún sitio fijo, ni le prescribió determinada forma de labor, ni le impuso ninguna necesidad férrea y dotóle, en cambio, de la libertad para querer y moverse libremente.

Partiendo Pico del amor platónico, procuró aunar los conceptos del Evangelio con las ideas de Grecia, dando así unidad al saber humano y captando el espíritu que preside toda suerte de sistemas.

Le profetizó una dama que él moriría en la época de florecer los lirios; expiró, efectivamente, a la edad de treinta y un años, el mismo día que Carlos VII entraba en Florencia por la puerta de San Firediano, precedido por el estandarte que llevaba, bordado entre sus pliegues, los reales lirios de Francia.

En sus últimos instantes fué presa de maravilladas visiones, en las cuales se le aparecía la Reina de los Cielos mientras hablaba cual si tuviera ante sí los ámbitos del eterno Paraíso.

En el mismo año fué a reunirse con él Poliziano, pocas

semanas antes que el diluvio de males anunciados por Savoranola cayeran sobre esa Italia del encantamiento, que por unas décadas amó a Platón y a su filosofar, cual jamás se le volverá a amar con idéntico entusiasmo y penetración.

CAPITULO VIII

HADRIANO O EL ESTADISTA

EN EL CUAL SE RETRATA A ESTE REFLEXIVO ESTADISTA EN SUS ACIERTOS Y EN SUS FLAQUEZAS, LOS CUALES, AUN TRATANDOSE DE LA VIDA DE LAS RAZONES MAS AFORTUNADAS, NO SE DAN LOS UNOS SIN LAS OTRAS.

El temperamento urano se observa en la naturaleza de los tres primeros, Antoninos, Nerva Trajano y Hadriano. Ello no obstante, fueron estos emperadores los valores mentales, políticos y morales más altos de la dignidad cesárea. Los emperadores Trajano y Hadriano eran iberos.

Gibbons afirma, y con sobrada razón, que la época más dichosa en la historia de la Humanidad fué aquella que transcurrió entre la muerte de Dominiciano y la ascensión de Cómodo.

Hadriano (117-138), después de Marco Aurelio es el emperador romano que más ha vivido en la memoria de los pueblos y, en la imaginación de los artistas.

Nada definitivo presentía fuera elevado al cargo supremo, pues fué tan sólo adoptado por Trajano en su lecho de muerte.

Desde Augusto no había tenido la complicada maquinaria del dominio mundial, un administrador más hábil ni más cauteloso. Protegió con gigantescas fortificaciones el mundo civilizado que custodiaba el poder romano: se extendían ellas desde el norte de Inglaterra hasta los fines de la Germania.

Un sagaz historiador considera a Hadriano como al primero de los emperadores romanos, toda vez que la gloria de los príncipes se mida por la felicidad que proporcionaron a sus pueblos.

Su más destacado título a la gloria es el haber fundado la administración del Imperio. Hasta ese entonces la burocracia había sido confinada a la clase de los libertos. El dispuso que de ahí en adelante los cargos administrativos fueran otorgados a los hombres libres, e instituyó, además, la jerarquía. En lo relativo a la justicia compiló los edictos promulgados por los pretores desde hacía muchos siglos atrás y los hizo reunir en un texto único, "El Edicto Perpetuo".

No obstante sus grandes talentos, su honda instrucción y su afición a la belleza, a pesar de la prosperidad pública y la paz, que fueron concomitantes con su administración, no fué bienquisto de sus súbditos ni de sus íntimos amigos.

Creo poder explicar estas mudanzas de la opinión en el desequilibrio de la sexualidad del César. Su complicadísimo temperamento, variable, múltiple, desigual, voluble, excitable, sombrío, cruel a veces, dado a fantasear como es hábito entre los artistas, con los cuales mucha semejanza guarda esta curiosísima personalidad, mitad romano, mitad griego, debía por fuerza desconcertar a quienes le sorprendían suave hasta el afeminamiento con sus privados, jovenetos de belleza estatuaría, y frío y hasta perverso con aquéllos que alguna vez había tenido en gran estima. Variaba a menudo de opinión acerca de sus íntimos, y acababa por tomar ojeriza a cuantos había prodigado honores y riquezas. Amigo, a veces espléndido, otras mezquino y ruin, desconfiaba de los que amaba al punto de hacerles espíai.

El africano Cornelius Fronto, preceptor de Marco Aurelio, uno de los hombres más honrados de su época, al recordar a Hadriano, a su augusto discípulo, le retrataba de esta suerte:

"Para amar a alguien es necesario abordarlo confiadamente y hallarse cómodo en su compañía. Ello no ocu-

rría con Hadriano. Me faltaba la confianza, y el respeto que me inspiraba restringía mi afecto hacia él."

Tampoco le fué él simpático a Trajano, aunque hiciera su pupilo cuando estaba de su mano por congraciársele. Con un escrupuloso sentimiento del deber desempeñó todos los cargos para los que fuera nombrado. Lentamente se desenvolvió su carrera política y nunca le fueron conferidos aquellos honores excepcionales que le hubieran señalado ante el pueblo y el Ejército como al sucesor presunto de su pariente Trajano, el cual era tan amado que el Senado le había discernido solemnemente el sobrenombre de príncipe excelente, "optimus princeps".

Esta falta de popularidad —y de la cual, por otra parte, es muy posible huyera, pues dado su carácter de esta, de elevado dilettante y, sobre todo, de urano, amaba a la libre Naturaleza, los lugares apartados, la soledad, el silencio y la extrema intimidad con muy contados seres— le movió acaso a emplear sus ocios en recorrer su magnífico Imperio, y más aún la encantadora Grecia y el fantástico Egipto, buscando las Nueve Musas en el Valle de Tempe, e interrogando al coloso de Memmon, a orillas del Nilo.

Viajaba de continuo por las soberbias rutas del Imperio observando los menores detalles de la Administración pública y, preocupándose de dotar a todas las ciudades de monumentos de dignos de Roma y de su amor a lo bello. Cuidaba mucho del Ejército, como si él fuera un tesoro; empero, amaba la paz con ese convencimiento de los que creen que ella sea la madre del orden, del progreso y del comercio.

Como todo urano de tipo superior, miembro de esa aristocracia de la inversión, donde caben tantos representantes notabilísimos de la especie humana, debía sufrir los desaires de una sociedad muy dada a la burla y a la sátira, y cuyos principios familiares de falsa austeridad desafiaba. Y de ahí pueden provenir las disparidades que se notan en su conducta y en sus gustos.

Su inclinación sexual, congénita o adquirida cabalmente por ir ella acompañada de una afanosa actividad

intelectual, tendía a los hechizos de la civilización helénica y mostraba por ella, ese apasionamiento que constituye uno de los rasgos más constantes de la naturaleza cultural uránico.

Tanto embelleció a Atenas que se le llegó a llamar la ciudad de Hadriano. La estancia en ella enajenaba su espíritu y en comarca alguna de sus anchurosos dominios, que solía recorrer de cabo a cabo, se sentía más dichoso. Desde allí exploraba, conjuntamente con los arquitectos y artistas de su séquito, todos aquellos sitios asociados a las grandes jornadas de la Hélade. Así visitó a Mantinea, lugar de la batalla del mismo nombre, y donde descansaban los mortales despojos de Epaminondas, y compuso en honor del estadista y del genial capitán de Tebas, una inscripción sonora y conmovida. Además, fué iniciado en los misterios de Eleusis, y en la capital del Atica presidió las fiestas sacras en honor de Baco, trajeado de arconte.

Mostró desde su más tierna adolescencia una acusada preferencia por las letras de Grecia, y tanto se empapó de su saber, de su filosofía y de su retórica, que se le hizo dificultoso el hablar en otra lengua que no fuera la del Divino Ciego. No se detuvo ahí su gusto depurado, su agudeza estética; también quiso ser artista y se entregó con entusiasmo al cultivo de la danza y de la música; estudió asimismo con ahinco Astrología, Medicina, Arquitectura y Geometría.

Sparciano, biógrafo del emperador, nos relata cómo Hadriano honró y enriqueció a los catedráticos de toda rama del saber, y cómo, cuando no nos hallaba aptos para cumplir bien su cometido, les alejaba de sus cátedras, después de haberlos remunerado con largueza.

En Roma fundó, sobre la colina del Capitolio, una especie de Universidad o Academia, que designó el Ate-neo, y en cuyas aulas podían ser escuchados los oradores, los retóricos y los poetas de más nombradía. Esta institución formaba una suerte de Escuela Superior que abarcaba tan sólo la parte intelectual de lo que hoy día se conoce por Facultad de Filosofía. Durante su reinado em-

pieza a hacerse sentir el agotamiento del otrora tan viril espíritu romano como fuerza ascensional, y así toda la savia intelectual del Imperio se dirige a Grecia. Roma cesa de ser el centro literario del mundo y se multiplican los focos de cultura en todas las ciudades importantes del orbe. Había llegado la sociedad romana a una edad crítica en que la erudición, la enseñanza, la adquisición de la cultura, se estimaban en más que la originalidad y la inventiva personal.

Los Antoninos y Hadriano, muy particularmente entre ellos, se distinguieron por su afición y protección a las bellas artes y al saber. Jamás los literatos, los profesores, los filósofos, los investigadores, llegaron a ocupar más altos destinos ni se les dió tratamiento más ecuánime. Antes que mirar hacia lo porvenir se auscultaba el pasado. Los hombres cultos se volvieron dilettantes o aficionados, gustando de lo pretérito literario, como suele acaecer en épocas de gran madurez del juicio.

Desde este punto de mira, el emperador Hadriano fué el prototipo del letrado representativo de esta era: helénico por educación y por la índole de su estructura espiritual, abrasábase una sed de saberlo todo, pero en extensión y no en hondura, como lo persigue el verdadero sabio. Poseído de una aguzada sensibilidad, le atraían las cosas más opuestas; de ahí la movilidad de sus preferencias y gustos, que le convirtieron en el hombre de temperamento más ondulante, sinuoso, difícil de analizar y más lleno de matices que darse puede.

Prefirió los más remotos autores latinos a los más cercanos a su siglo.

Fué Plinio el Mozo el secretario de este príncipe, y pasa él por ser el sabio entre los autores romanos.

Esta afición al saber, esta propensión a buscar el origen de las cosas, es otro distingo muy notable del temperamento urano.

La belleza física del adolescente, su dulce, cándido y encendido mirar, su frescura estructural, le conducían a esos transportes del ánimo que paralizaban la voluntad y sumen la imaginación en una suerte de eutanasia.

La condición urano no llama jamás al hombre a una felicidad tranquila ni duradera y, Hadriano, griego de alma, como ya lo hemos dicho, esclavo de la voluptuosidad ática, debiera chocar fatalmente con la rústica hombría de los legionarios imperiales.

La pasión del César por su esclavo bitinio Antínoo, y a la que éste correspondió hasta el extremo de sacrificar su vida para aplacar la ira de los dioses y alejarle de alguna desgracia, constituía la ejemplarización de su helenismo platónico. La escultura reprodujo hasta la saciedad el cuerpo y las facciones del favorito, mas no sólo como una deferencia hacia el emperador, sino también porque su beldad extraña y sugerente encarnaba en su modelado, exquisitamente blando, un nuevo tipo de adolescente: la belleza plástica del efebo del siglo II de la Era Cristiana.

* * *

Mas donde la influencia de Grecia se trasluce con más luminosidad, es en la afición apasionada y entusiasta del amo del mundo, por la Arquitectura.

Casi un milenio más tarde, otro soberano del mismo fraterno espíritu, Luis II de Baviera, había de hollar la misma senda, elevando sobre colinas vertiginosas, castillos tan fantásticos como maravillosos.

Miguel Angel, el divino, adolecía asimismo de ese afán de suntuosidad, que pareciera ser privativo del temperamento uránico refinado.

Los hombres en quienes se dan tantas contradictorias calidades, son a menudo insoportables en la intimidad, y así es fácil conjeturar que, en buen urano de tensos y exquisitos nervios, Hadriano se haya hecho elogiar sin tasa por los historiadores y abominar por los de su círculo áureo.

Refieren los cronistas que, a fin de fijar en un sitio determinado cuanto había visto de hermoso en las ciudades y en los pueblos por los cuales había atravesado durante su activísimo reinado, concibió el levantar cer-

ca de la capital de sus dominios, por la cual tenía poca simpatía, un vasto recinto donde habría de reunir los esplendores serenantes de la Hélade y las magnificencias misteriosas del Egipto milenario. Hadriano, preciso es decirlo, era un enamorado de las civilizaciones extintas. Cuando ya cansado del gobierno del Imperio, ya cumplidos los sesenta años, pensó, después de abandonar las riendas de la Administración a su hijo adoptivo, en dar rienda suelta a su pasión por lo bello. Hacía ya dos años que había dotado de hermosísimas construcciones la ondulada cresta de una larga colina que se eleva sobre los postreros contrafuertes de los Apeninos, al pie de la montaña sobre la cual está construido el Tíber. Tratábase de un sitio encantador y saludable, y que, además, ofrecía agradables perspectivas.

Mientras tanto, gobernaba en Roma, Antonino, su hijo adoptivo, con toda la cordura que hace suponer el sobrenombre que más tarde le tributaron los pueblos. Hadriano dirigía personalmente las obras de ornato y de edificación que habrían de cubrir una superficie de siete millas romanas. Era consumado arquitecto, a juzgar por el muelle que perpetúa su nombre, donde imitara, para ornamentar su sepulcro, los jardines colgantes de Babilonia. Asimismo se le atribuyen los templos de Venus y de Roma, de que todavía subsisten preciosísimos restos.

Se menta que para la edificación de su "Villa Imperial", se asoció con un artista griego, Demetrio de nombre.

A la imaginación moderna, tan limitada y pedestre bajo muchos aspectos, le parecerá casi un mito el intento cesáreo: agrupar en una especie de museo, único en el mundo, los lugares, las estatuas, los pensiles, los monumentos que el emperador había admirado apasionadamente en sus pacíficas excursiones por las más diversas comarcas. Asimismo propendía el intento de Hadriano, original y atrevido, a realizar sus ensueños, de artista y de perspicaz letrado reproduciendo, piedra por piedra, el Lyceo, el Poecilo, la Academia, los Infiernos de Virgilio, el valle de Tempe, de grácil memoria, y el Prytaneo, entre sinnúmero de otras maravillas del mismo jaez. Esto

en cuanto a la segunda patria del emperador. El Egipto hierático estuvo presente en este feérico recinto, en la estatua de Serapis y otras construcciones de la villa de Canope, a la cual siempre aludía el refinado Hadriano con la frase: "Deliciae Canopi".

A lo largo de las descripciones de Sparciano, y de cuantos conocieron la Villa Hadriana en la época de su lozanía o en la del ocaso de sus gracias, es difícil concebir un sitio más maravilloso y donde se hubieran acumulado más mármoles raros, metales más preciosos, mosaicos más soberbios o estatuas más bellas y otras cosas dignas de perpetuarse a lo largo de las edades. Tanto encanto entrelazado con tanta grandeza llevan el ánimo a pensar en Hadriano, en su mente de sabio, en su alma de artista, en su dinámico espíritu urano, que a una edad en la cual la mayoría de los mortales se tornan insensibles y egoístas, se agita con divino entusiasmo por lo bello y filosófico, ardor temperado sin duda por los amargos presagios de un próximo fin y las remembranzas de los días alciónios (1) de su edad madura.

Dos años cabales después de la iniciación de este noble "otium", moría Hadriano, a los sesenta y dos años de edad. Frente al último enemigo mostróse dueño de ese escepticismo elegante y de esa entereza de "un hombre contra quien se pecó más que él pecara". (2) Hubiera acaso deseado con sus inclinaciones y gustos, más ese silencio lleno de oro, en el cual el talento se edifica sereno, que esas corrientes políticas que vencen o hacen surgir a grandes caracteres.

Se le atribuye en esos momentos de supremo hastío la composición de unos versos dirigidos a su pequeña alma temblorosa y encantadora:

"Anima vagula blandula,
Hospes comesque corporis!

(1) Días bonancibles: se refiere al alción, ave fabulosa que sólo anidaba sobre un mar tranquilo.

(2) Shakespeare.

Quoe nunc abibis in loca?
Palidula, rigida, nudula
Nec, ut soles, dabis jocos?"

El nombre de esta delicia del género humano está asociado a cuanto existe de portentoso en Arquitectura, ya se trate de templos, de fortificaciones, de tumbas o de palacios.

La Villa Hadriana sirvió durante siglos de cantera a Europa: despojada de sus tesoros artísticos por Constantino para la ornamentación de Byzancio, saqueada por los césares de Occidente y asimismo por los romanos pontífices, adictos a la belleza antigua, todavía en el siglo décimoquinto excitaba el asombro cuando no la admiración de quienes contemplaban su fenecida grandeza.

Cuando el fino humanista que fué Pío II la visitó, no pudo menos que prorrumpir, ante tantos admirables peristilos, bóvedas, piscinas, columnas y pórticos, en estas poéticas palabras: "La vejez todo lo deforma. La hiedra trepa hoy día a lo largo de esas murallas recubiertas otrora de pinturas y de géneros bordados en oro; zarzas y espinas crecen y descansan donde otrora se sentaban tribunos ataviados de púrpura, y serpientes habitan las cámaras de las princesas. Tal es el destino de las cosas perecederas".

CAPITULO IX

DONDE SE ENUMERA SOMERAMENTE LOS HOMBRES URANOS MAS DESTACADOS, LA CARRERA QUE SIGUIERON O EL CARGO QUE OCUPARON, ASI COMO TAMBIEN LAS PRODUCCIONES LITERARIAS, FILOSOFICAS O CIENTIFICAS SOBRE ESTE TEMA.

Sólo con la ayuda de un profundo estudio de la Historia, de la Literatura, y, en general, de cuanto signifique la evolución de las costumbres, podemos medir hasta qué punto fué reconocida "la amistad" como una institución de carácter político y hasta religioso.

El hecho de que nuestro criterio respecto del amor y de la amistad haya variado infinitamente, sobre todo después de la difusión del cristianismo en el mundo, no invalida el que dichas costumbres hayan sido una profunda realidad y hayan estado rodeadas de todas las garantías de lo que se puede considerar un hecho moral.

En el mundo helénico la amistad romancesca tenía sus prototipos entre las mismas divinidades superiores y entre los semidioses: Júpiter y Ganímedes; Apolo y Jacinto, Heracles e Hylas; Theseus y Peiritous. En Esparta, hallamos a Agesilaus y Lysandro; Archidamus y Cleonymus; Cleomenes III y Xenares; entre los héroes legendarios se nos presentan, en primer término, Aquiles y Patroclo; Nisus y Euryale; Harmodius y Aristogeiton; Chariton y Melaimppus, los héroes de la resistencia a la tiranía de Phalaris en Sicilia; Diocles y Philolaus, legisladores de Tebas; Cratinus y Aristodemus, los cuales ofrendaron su existencia para aplacar la ira de los dioses, cuando Atenas fué azotada por una horrible peste; Damon y Pythias; Idomeneus y Meriones; Diomeses y Sthenelus; Calias y Autolycus. Entre los filósofos que se distinguieron por su pasión por la amistad, encontramos a Parménides y Zeno; Só-

crates y sus numerosos discípulos; Platón y sus amigos Carmides, Astor y Agatón, e Hierónimus el Peripatético. Uranos fueron los insignes capitanes, Epaminondas y Alejandro Magno. Entre los artistas y los literatos, surgen los nombres de Pindaro y Theoxenos; Fidias y Pantarkes; Anacreonte y Bathyllus; Sapho y sus amigas Gyrinna, Athis y Anactoria; Meleagro; Teócrito; Bion; Moschus; Virgilio; Catullus y sus amigos Quintus, Juventius, Licinius, Marcial y Diadumenos.

En Roma hicieron época las amistades de Lelius y Scipión; Blossius y Graco.

A través del relato de su vida adolescente, San Agustín deja entrever sus apasionamientos platónicos. La leyenda, o simplemente relato de hechos más o menos verídicos, de Amis y Amile, del siglo XIII, constituye el ejemplo más notable de la amistad heroica durante el Medioevo.

Persia representa para el Asia, lo que Grecia fué para Europa en el concepto de la amistad: así hallamos, del siglo XIII al XV, a sus excelsos poetas: Saadi, Jelalud-din Rumí, Hafiz y Jami, intensamente ocupados en celebrar la pasión por la adolescencia.

* * *

Se constata la naturaleza espiritual urano, en muchísimos hombres de Estado, reyes, emperadores, príncipes y pontífices: Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Tito, Dominiciano, Nerva, Trajano, Hadriano, Cómodo y Heliogábalo; Juan II y Enrique IV, reyes de Castilla; Guillermo II, Eduardo II, Jaime I, Guillermo III, y muy posiblemente la reina Ana, Jorge III y el duque de Clarence, que durante un tiempo fué heredero del trono, todos estos últimos reyes o príncipes de Inglaterra; Enrique III, rey de Francia; Federico II, el Grande, y su hermano el príncipe Enrique, del reino de Prusia; los sultanes de Turquía, Baber y Suleyman el Magnífico; Pablo II, Sixto IV y Julio II, pontífices romanos; del estudio hecho por un

médico español moderno, dedúcese lo propio de la vida de Napoleón; Luis II de Baviera; los capitanes príncipes Condé el Grande y Eugenio de Saboya; Robespierre y St. Just, entre un sinnúmero de otros, que escapan a nuestra memoria.

EL ARTE Y LAS LETRAS DE INDOLE URANO DURANTE EL RENACIMIENTO

Aparece en el siglo XV, sobre todo Florencia, como un hervidero del sentir urano, y ya lo había comenzado a ser en el siglo XIV, según lo hace notar el Dante en su "Divina Comedia". A su perspicacia se debe, el haber hecho notar que padecen a menudo de este desvío, hombres de gran alteza intelectual.

Muchos estudiosos han señalado la expresión vivísima de la hermosura y plástica masculinas, comparada con la fría reserva e inanidad que se atisba en los pintores del Renacimiento italiano cuando tratan de la belleza de la mujer.

Las concepciones netamente androginescas de Leonardo da Vinci, hacen sospechar la uranidad de su temperamento, si, además, no hubiera sido él tan adicto a la amistad de tipo socrático con jóvenes de extremada apostura física y despejada inteligencia.

Miguel Angel, temperamento en extremo nervioso e inquietísimo, fue mórbidamente sensible a la belleza del adolescente y del hombre, en general; sus amistades, que se conocen bien por sus célebres sonetos, están transidos de un entusiasmo en un todo helénico. Su contemporáneo Giovanni Bazzi mereció el apodo de "el Sódoma", por su inclinación hacia los jóvenes cuya belleza poética, a veces angélica y tiernísima, supo trasladar tan maravillosamente a sus telas. Benvenuto Cellini revela hechos homosexuales, en el curso de su "Autobiografía". Los cuadros del Bronzino evocan bellísimos adolescentes en toda la madurez de su encanto.

El escultor flamenco Jerónimo Duquesnoy, hermano

del que ejecutó el renombrado "Mannecken Pis", (1) de Bruselas, adolecía de inversión sexual, y por ello fue sentenciado a ser estrangulado y luego quemado.

Muret, gran humanista de la época, jamás pudo desarrollar tranquilo sus grandes conocimientos de derecho y de filosofía, a causa de su original carácter sexual.

En esos momentos aparecen en las letras de la Península itálica, obras de índole salaz y perversa, como verbigracia: "Le Rime burlesche", "l'Hermaphroditus", de Beccadelli, los "Conti Carnaschialeschi", los poemas macarrónicos de Fidentius y, la extrañísima novela picaresca, titulada "El niño Alcibiades en la escuela". La amistad exaltada y tiernísima habida entre Michel de Montaigne, el intelectual más interesante del Renacimiento, y el joven La Beotie, fué de tipo indudablemente platónico, aunque nada permite conjeturar fuera sino, una de las formas superiores y sublimadas del sentir homosexual.

LAS LETRAS ALEMANAS Y EL "URNISCHE MENSCH" O EL "URNING"

La literatura alemana es un rico venero de esta clase de erótica. En la más docta y culta de las naciones modernas (1), es donde el estudio del hermafroditismo psicosexual y otros fenómenos de la inversión del instinto haya encontrado más el apoyo de los sabios de conciencia profunda.

Encontramos, entre ellos, a Westphal (1870), eminente psiquiatra, precedido en estas investigaciones por el médico suizo Hossli (1836), cuya obra "Eros" la estima en tanto Havelock Ellis como el mismo "Symposium, de Platón, en cuanto es exposición del uranismo helénico; a Karl Heirich Ulrichs (1864), jurisconsulto y

(1) Estatua de un púber en el acto de la micción, situado en una fuente de Bruselas.

(2) Me refiero a la Alemania, antes del advenimiento de Hitler, azote del pueblo menos afortunado de la tierra.

latinista eminente, el cual puso a este sentimiento, por alusión a la Afrodita urano, de Platón, el nombre de amor urano ("Urning"); a Kraft-Ebbing, a Alberto Moll, Magnus Hirschfeld, autoridad máxima éste último en estos asuntos; Siegmund Freud, y otros no menos ilustres, cuya sola enumeración llenaría un libro entero.

Manifestaciones de una emotividad de carácter urano se atisban en la vida de Goethe, cuyas "Elegías" no han podido aún publicarse por este motivo. En el "Diván Oriente-Occidente", y asimismo en sus Memorias (*Dichtung und Wahrheit*) existen claros indicios de la afición al adolescente. El autor del "Fausto" fué, sin duda alguna, un "fenómeno de plenitud humana", y como tal, todo lo experimentó en su alma de mil facetas; en este particular es muy semejante a la mentalidad de Shakespeare.

La amistad juvenil entre el poeta de la cultura y Jacobí, anuncia todas las valoraciones del idealismo de la época de una pubertad sumamente dilatada. El hecho ha sido debidamente considerado por Eduardo Spranger.

Los más destacados representantes del romanticismo alemán, Baader, Schelling, F. Schegel, von Herder y otros, han dedicado luminosas páginas al problema del andrógino y del amor griego, y, a la consideración de ese rasgo de la modalidad romántica, ha aportado F. Giese un interesantísimo volumen.

Holderlin (Juan Cristóbal Federico), 1770-1843, discípulo de Schiller, amó e interpretó a la Hélade como tan sólo puede hacerlo quien está íntimamente convencido de que el pueblo heleno fué único, exclusivo e imposible de ser reproducido. Con delicadeza singular y precisión que embelesa, ha descrito a Grecia en su novela "Hyperion". El profundo Spranger destaca el aporte de este amante melancólico y mórbido de la bella antigüedad clásica, a la comprensión espiritual y semimística del amor platónico.

Siguiendo el derrotero demarcado por Goethe en la última fase de su producción, aparecen Rückert (1788-

1866), Leopoldo Schefer, Daumer, Bodenstedt y el conde de Platen-Hallermünde (1796-1835). Los cuatro primeros se inspiran en las "ghasels" persas de Hafiz, y el último de este grupo, renueva los apasionados acentos amorosos de Teócrito y de Horacio. Adora a Grecia y se siente heleno en su vivir. El gran animador del arte antiguo, Winckkelmann, favorito del cardenal Albani, y a justo título considerado como el padre de la arqueología moderna, tuvo inclinaciones al bisexualismo, y halló una muerte trágica a mano de uno de sus íntimos.

K. P. Moritz, Sternberg, Iffland, el insigne dramaturgo austriaco Grilparzer (1791-1872), cuya noble vida pudiera ser propuesta como ejemplo de civismo, fue dolorosamente obsedido por su desvío sexual; Schopenhauer; Federico Nietzsche, —el más humanamente afirmativo de los filósofos modernos, que trae por lo menos quince referencias sentidísimas y trascendentes acerca del uranismo en sus obras, hecho prolijamente anotado por el doctor Romer en la revista de "Ciencias sexuales" de Berlín—, ofrecen signos palpables de inversión en sus vidas.

En la literatura psicológica y didáctica alemana modernísima, sobreabundan los autores, profesores, médicos y ensayistas que abordan estos temas a través de la psicoanálisis o en atención a ser estos desvíos de la naturaleza sexual, estados intersexuales: "Diario de una muchacha pequeña", publicado por la Sociedad Psicoanalítica de Viena; "La vida psíquica del adolescente", por Carlota Bühler; Carlos Werschlagen: "Regreso de la juventud"; "Diario de dos muchachos", por Goldbeck; "El naturalismo erótico" y "El entusiasmo como fase de la adolescencia", por la ya citada C. Bühler; Michels (Roberto), en "Amor y Castidad"...

El filósofo finlandés Rolf Layerborg ha escrito un notable libro acerca de "El amor platónico". Eduardo Spranger, cuyo platonismo modernizado encanta y seduce, se esfuerza en aislar la situación anímica típica y cabal del alma adolescente. Teodoro Ziehen estudia "La vida psíquica de los Adolescentes", y Otto Weniger se

ocupa del sexo con relación al carácter y a las manifestaciones místicas, en la edad viril.

Entre los novelistas hallamos a Hans von Hülssen, que ha compuesto una novela con el sugerente título de "Hacia los antiguos dioses"; Tomás Mann, agraciado recientemente con el Premio Nobel, desenvuelve con suma cautela el problema del amor griego en las novelas cortas: "La muerte en Venecia" y "Tristán". En sus análisis psicológicos de las relaciones entre un adulto refinadísimo y un bello adolescente, muestra una mórbida preocupación del asunto.

Alemania es, de todos los conjuntos sociales cultísimos de la era moderna, la que más empeñosamente continúa a la Grecia de Platón y de Aristóteles, y lo debe a estar ausente de sus investigadores, todo atavismo cristiano-católico. Son sus filósofos y psicólogos griegos de alma, sin reminiscencias de otras culturas intermedias. En este fenómeno podía acaso columbrarse una explicación de la gran difusión del uranismo en el pueblo alemán, sentir del cual está a menudo ausente toda intimidad física baja o grosera.

LO MASCULINO EN LA AMISTAD, TAL COMO SE REVELA EN LAS LETRAS INGLESAS

Al predominio político de los Normandos, en la historia de Inglaterra, se atribuyen las prácticas uranos. Figuran como invertidos, muchísimos escritores e hidalgos de la época isabelina, cuando, estando en pleno auge la independencia intelectual y la pasión por la Antigüedad que despertó el Renacimiento, estos impulsos de la libido desviada fueron abiertamente tolerados: Ricardo Barnfield, Nicholas Udall, a quien se atribuye la primer comedia en inglés, y el cual, no obstante su aberración, fué rector del aristocrático colegio de Eton, lo cual, si no demuestra su inocencia de la imputación, por lo menos prueba su reconocido saber humanístico; Shakespeare, estudiado a través de sus "Sonetos", verdadera autobiografía de su ardorosa edad viril, aparece como ha-

biendo cedido a esas pasiones en más de una ocasión, aunque la inversión no haya sido el carácter permanente de su vida sexual; Sir Philip Sidney; Francis Beaumont y John Fletcher, tan inseparables en su producción dramática como en su amistad, y Eduardo Marlowe, el autor de la magnífica tragedia "Eduardo II", en que pone cabalmente en escena a un soberano que por su desmedida afición a sus privados, perdió el trono y la vida de manera tan trágica como cruel.

En la época moderna se vislumbra esta clase de afecto en poetas geniales como Lord Byron; en Lord Tennyson, el cual, a semejanza de lo que hiciera Shakespeare en sus "Sonetos", canta a la amistad de Arturo Hallan, arrebatado prematuramente a su cariño; en sus versos "Hojas de brizna", Walt Whitman describe amistades suyas de género apasionadísimo; Eduardo Fitz-Gerald, el mejor traductor e intérprete de la poesía persa, tenía de la amistad el mismo concepto que del amor; Oscar Wilde; Lord Alfred Douglas; Arthur Lyon Raile; Edward Carpenter y J. A. Symonds.

Entre los noveladores pululan los que abordan estos temas uranos, aunque ello no dé siempre pie a colegir que ellos adolezcan de homosexualismo, propiamente dicho.

Sindley Place, Charlote Haldane, David Herbert Lawrence, Waldo Franck, James Joyce, Radlyffe Hall, directa o indirectamente, pintan bajo diversos disfraces estas anormalidades de la vida afectiva.

Esta propensión se agudiza mucho en las letras anglosajonas en estos momentos.

De todas las razas actuales, la anglosajona, por el naturalismo del pensamiento y el culto del físico a lo largo de los deportes, es la que más se aproxima a los antiguos Helenos en ciertos aspectos literarios y estéticos.

EL SENTIMIENTO URANO EN ESPAÑA Y LAS ESPAÑAS
DE ULTRAMAR

En todo el medio hispanoparlante —lo he recorrido personalmente todo él— existe un innato horror al homosexualismo; pero esta postura resulta ser más bien un fenómeno verbal de patología sexual, que un hecho positivo. Esta reticencia ha retardado enormemente se ocupen los investigadores iberos de este problema médico-legal. Poco o nada de documentado se sabe respecto de las aficiones eróticas de sus artistas o de otras personalidades notables.

¡Felices los países en que los hombres son hombres y las mujeres, mujeres!

Si hemos de atenernos a lo poco que acerca de la historia psicológica de este asunto se ha escrito, tema de tan densa bibliografía en Alemania, Estados Unidos, Inglaterra, Suiza, Francia y los países escandinavos, dataría la homosexualidad en España como fenómeno social sensible desde la época de Juan II, rey de Castilla, o para expresarlo con más acierto, desde que castellanos y moros tuvieron tratos cordiales. A la raza árabe, o aquéllas en las que ella ha influído por el Corán, no repugnaban estas prácticas ni existía tabú social o religioso al respecto. Su contacto con Castilla debía necesariamente dar lugar a un intercambio de refinamientos y de actitudes de tolerancia ideológica. Con el ejemplo dado, sobre todo por Enrique IV de Castilla, parece ser —y ello se desprende con brillo del estudio de Marañón sobre aquel mísero rey, con el cual se cebó la calumnia, a causa de su impotencia que el uranismo, latente siempre en todo conjunto humano, salió a la superficie y hubo allí una época como la de los primeros césares de Roma o la de ciertos medios eclesiásticos y aristocráticos en Francia, durante el siglo XVIII, en que la tolerancia para las manifestaciones de este sentir, fué muy lata. Acaso fué, a lo largo de

pocos años, una neurosis social asaz difundida. Recordemos en gracia a este fenómeno histórico que, en el siglo XV, la pederastia constituyó una tara o afición especialmente florentina.

El gobierno de doña Isabel la Católica hizo perseguir a la inversión perversión y a la inversión perversidad, con tal saña, que el ambiente quedó bastante limpio de exhibiciones del nefando pecado, como entonces se le designaba. Esta represión ha quedado tan graba en la mente hispana e hispanizante, que es harto difícil, siquiera a título de noble y científica comprensión, el ahondar en estas cuestiones sin hacerse sospechoso de inclinaciones que se puede no tener. Esta desgana para el estudio científico de este problema, ha retardado el poder apreciar su influjo en las artes y en la vida psicoanalítica de estos pueblos, tan propensos a la anormalidad como todos los demás y, aún más.

Con la libertad del pensamiento, noble y equilibradamente ejercitado, no se ofende ni debe temerse.

Las ciencias de la vida sexual puede decirse empiezan a tener carta de ciudadanía en España, con los libros de ese exquisito, estudioso y sutil orfebre de la frase, que es don Gregorio Marañón; de L. Jiménez de Asúa, espiritual, elegante y humanitario; de Quintiliano Saldaña; de Augusto Vivero; de Gustavo Pittaluga; de Antonio Abaunza, y algunos otros, interesantísimos investigadores, sabios meritorios, si se juzga por la aridez del medio científico y la indiferencia de la sociedad culta y religiosa hacia estas disciplinas.

Entre los poetas que evidencian signos de uranismo en su producción, hallamos a Federico García Lorca, "Romancero Gitano", y en el poema dedicado a Salvador Dahli (Nuevas canciones); a Rafael Alberti, en su "Oda a Platzko"; a don Jacinto Benavente, nuevo fénix de los ingenios, cuyo teatro es francamente de tipo "wildesco" por la forma epigramática de concebir el diálogo y por sus incomparables aciertos en psicología femenil.

"El Angel de Sodoma", novela del ágil y hondo Hernández Catá, está dedicada a estudiar un caso de casuís-

tica urano, cuyo protagonista, dotado de una aguda emotividad y de un sentimiento de la dignidad humana hollada, pone fin a sus tormentos con la muerte libertadora. Epiloga esta sentida novela, un estudio del penalista L. Jiménez de Asúa, donde éste afirma, basándose en la actual interpretación biológica de esta cuestión, el origen orgánico del uranismo. Sus apreciaciones son claras y contundentes.

Gregorio Martínez Sierra, en su reciente y hermoso drama "Sortilegio", agita con su característica finura un caso de homosexualismo, en un hombre casado. El éxito que ha acompañado a su representación, por lo menos en Buenos Aires, hace suponer que la dilucidación de este problema, interesa grandemente aun en un ambiente que muy ingenuamente se presume exento de los morbos de las viejas sociedades de Europa.

En la República Argentina, que de las muchas naciones en las cuales he vivido es la que mejor conozco, desde este punto de mira,—el doctor José Ingenieros se adelantó muchísimo a su tiempo al dedicar su polivalente atención al estudio de algunos intersexuales, pero de tipo procaz y escandaloso, innobles frutos de un cosmopolitismo ignaro y bajo.

Surgen muchos indicios de uranismo de silueta heroica y silente, en el carácter de la mocedad porteña, y ellos son para mí: la tendencia al adonisamiento —carácter femenino primario—, la meticulosidad y pulcritud en el vestir (una contravención a las modas prevalentes es algo más que un grave pecado), la reticencia en el vivir, la hosquedad en el trato, la aversión al espíritu de asociación y de sociabilidad. En la sociedad calificada de aristocrática abunda la inversión en el sexo femenino, muy particularmente.

EL SENTIMIENTO URANO EN LA FRANCIA DEL SIGLO PASADO
Y EN LA ETAPA DE LA POSTGUERRA

En las letras francesas de la pasada centuria, constatamos a Balzac ocupándose de este asunto en "La misère et grandeur des Courtisanes"; en "La dernière incarnation de Vautrin"; en "La fille aux yeux d'or"; a Lamartine, en "Regina"; a Teófilo Gautier, en "Mademoiselle Maupin"; a Zola, en "Nana"; a Pierre Louys, en "Les Chansons de Bilitis"; a Rachilde, en "Les hors-nature", a Camille Maclair, en "La magie de l'amour"; a Verlaine, en "Parallèlement" y "Bonheur"; a Arthur Rimbaud; a Jean Lorrin, en su celeberrimo "Monsieur de Phocas"; a Pierre Loti, en casi todas sus novelas, donde se deleita en pintar tipos de atrayentes adolescentes; a Marcel Proust, en cuyos estudios casi psicoanalíticos de la sociedad moderna de 1888 a 1914 da muy preferente atención a la inversión sexual, tara de algunos de sus personajes; a A. Gide, cuyas novelas y ensayos sobreabundan en análisis admirables por su precisión y franqueza; a Paul Marguerite; a Abel Hermant, el festivo humorista; a Maurice Rostand; a François de Croisset; a Binet Valmer, y otros. En su densa novela "Juan Cristóbal", Romain Rolland describe una amistad entre adolescentes harto expresiva y celebra asimismo la amistad en términos de fuerte y exaltado lirismo.

La bibliografía de la postguerra es pródiga en obras de esta naturaleza. Abordan temas intersexuales los escritores Henry Marx; Panait Istrati; Jean Cassoux, "L'Enfant terrible"; Willy, "Le Troisième sexe"; Ferri-Pisani, "Les pervers, roman d'un potache"; François Porches; F. Carco; Francis de Miomandre; De Fersen; Lang; R. Schwob, y otros.

EPILOGO

En la armoniosa Egloga II de Virgilio, alrededor de la cual gira mucho lo que conjeturamos fué su tempestuosa y atormentada vida de los sentidos, constituido por los vaivenes del amor propio, herido a menudo en sus secretas ambiciones, por pasiones insatisfechas y, sobre todo, por la lucha que todo espíritu de suma alteza espiritual libra con tesón contra el insidioso deseo, se leen estas líneas: "Cada cual se desliza por su pendiente, en pos de la afición que le arrastra."

El hecho de retroceder a causas pristinas para la comprensión simpática de las cosas, nos pone frente a una verdad de la intersexualidad, cuyo carácter congénito presintió el vate romano, así como, el que en muchas concepciones pudo haber sido su maestro: Platón, cuando expresándose sibilamente cual él lo hacía siempre, dijo: "Que el ser masculino era producido por el sol, el femenino por la tierra y el tercero, que participa de uno y otro sexo, por la luna, que tanto posee de tierra como de sol".

Han sido necesarios muchos siglos para que la ciencia, pacienzuda y observadora, concordara con la intuición maravillosa de los poetas.

"Trahit sua quemque voluptas": cada cual sigue por la pendiente que lo arrastra, y resulta tan sólo cuando esa llamada de la Naturaleza profunda e incontenible todo lo domina con detrimento de la armonía del ser, que se torna un vicio, vale decir, un elemento destructivo.

El dominio que sobre sí tuvieron los ejemplares de varonía urano que hemos estudiado, hizo posible pudie-

ran expresarse en términos de genuina virtud (virtus) y de genialidad ora política, ora literaria, ora filosófica. Fueron ellos mismos, y no obstante sirvieron con honra y provecho a un mundo que, acaso por no coincidir en un todo con la psicosis de ellos, les amenguó a menudo su admiración y su respeto.

Enfermos, según el criterio en boga, supieron dar a los demás la salud.

En el siguiente dilema queda en suspenso nuestro juicio: ¿Cómo conciliar esta "kalokagathia", hermosura de alma, bondad de corazón, con conceptos perversos y dañinos?

La afición que hemos intentado describir, casta y elevadamente, del hombre por el hombre, de este último por otro más mozo, adornado de bellezas que el citado poeta énico canta en sus "Bucólicas"; que los maravillosos "Sonetos", de Shakespeare, envuelven en la más sutil y reflexiva de las poesías; a que cedía Hadriano (Nota 7), escrupuloso César de la augusta Roma cuando distraía su mente de los negocios de un complicadísimo Estado, y que cultivaba Platón "el Divino", como una antecámara de la visión de Dios,—es una realidad, y semeja ella a una moneda sobre cuyo anverso la malicia, la ignorancia o el fanatismo pueden leer: anomalía, aberración, perversión, perversidad, y sobre cuyo reverso, es posible asimismo otear la excelsitud y la diafanidad divinas de la grandeza humana.

La Naturaleza distingue con sutilidad las cosas y aborrece el repetirse siempre sin variaciones; mas toca a los hombres, en su presunción niveladora, a menudo el confundirlas y dificultarlas.

Ello es lo que ocurre con este sentimiento y los problemas que suscita su excentricidad. La perla es el producto de una enfermedad. Pudiera darse, y esto refuerza cuanto hemos expuesto con probidad, que el "uranismo" fuera un "medio", factor misterioso aun en la química sutilísima de las almas, para allegarse a mayores bienes, muy otros que los pasajeros y bastos de la mera satis-

facción de la carne, según se podría deducir de la aplicación al presente caso de la máxima del gran pensador aristotélico de la Edad Media, Santo Tomás de Aquino: "Todas las cosas malas tienen en común que toman los medios por el fin".

Bajo la advocación de esa luminosa máxima, casi una oración para nosotros, por venir de quien viene, un alma santa y pura, hemos comenzado este tratado del amor platónico y la volvemos a evocar al llegar al término de la jornada.

Tras toda cosa exquisita existe algo trágico. Tan sólo es dado al amor el comprender el amor.



NOTAS

(1) Adoptamos para conformarnos al uso corriente esta nomenclatura negativa de estos fenómenos. La investigación científica irá creando el lenguaje técnico correspondiente cuando se acepte como apotegma definitivo que: cuando una desviación de un tipo determinado adquiere a través de muchas generaciones carácter congénito, no puede llamarse vicio, sino la nueva manifestación de un tipo autóctono.

(2) Todas las citas aparecidas en el curso de esta obra han sido vertidas directamente de los idiomas originales al romance castellano por el autor; a veces, para ser más fiel al original, ha cotejado él varias traducciones de los autores grecolatinos, y se ha extrañado en verdad de constatar cuán diverso es el criterio con el cual se traduce; algunos, y se trata de eruditos eminentes, agregan mucho de su cosecha; otros, en cambio, quitan, y aun otros hacen interpolaciones. En resolución, que la Antigüedad no llega hasta nosotros ni muy fiel ni muy lucida. Lo mismo ocurre con autores modernos.

Como traductor, he procurado ser más fiel y honrado que estilista, con perdón de los puristas. No debe achacárseme la extensión de los períodos traducidos ni, a veces, su obscuridad; a mi poca habilidad, antes bien, debe atribuirse al estilo peculiar de las épocas en que fueron escritos.

(3) Este cuadro sinóptico ha sido formado teniendo en cuenta varias fuentes, estudios del Dr. Furnivall, Thomas Tyler, y observaciones propias del autor de este libro.

(4) Estos cortos versos del Emperador Hadriano, dirigidos a su alma cuando se sentía morir, son harto difíciles de traducir, por la acumulación de adjetivos de extrañísimo significado. He aquí una versión aproximada:

*Anima que tiritas de frío y eres encantadora.
Tú vas a ir a lugares pálidos, severos y desguarnecidos
Donde no podrás ya entregarte a tus acostumbrados
[ejercicios.*

(5) Este capítulo trata el tema a vuelo de pájaro para dar una idea de conjunto de la importancia histórica y literaria de este fenómeno de una sensibilidad *sui generis*. En un voluminoso libro, *El Homosexualismo Creador* (Morata, Madrid, 1932) —contribución al estudio del temperamento urano en las artes, en la filosofía, en la política y en las ciencias, por el autor de este tratado—, estos temas son tratados a fondo, y muchos de ellos por primera vez en castellano, pues toda la literatura documentada que gira alrededor de este estudio, está escrito ya en inglés, ya en alemán, ya en francés, cuando no en latín o griego, y se hace necesario traducir directamente de las obras originales toda referencia a ellas.

(6) Este asunto es tratado con mayor extensión en el libro: "El Carácter Argentino", del autor de este tratado, en el capítulo 38 del mismo, titulado: *El problema sexual: Cómo se manifiesta en este medio*.

(7) Como se notará en la ortografía de este nombre y otros, griegos, latinos, ingleses, etc., que aparecen en el curso de este tratado, se ha procurado adrede para dar sabor arcaico al relato. Asimismo, se han tomado ciertas libertades con el lenguaje, creando ciertas voces para expresar conceptos nuevos motivados por estas disciplinas novedosas, aun para el acervo lingüístico castellano.

(8) Mientras se imprimía este libro, su autor recibió de D. Jacinto Benavente una carta, de la cual extrae los siguientes párrafos:

"... Recibí y leí su libro: "El Homosexualismo Creador", con todo el interés que pueda figurarse. Supongo que allí, como en España, la hipocresía ambiente habrán procurado hacer el silencio. ¿Qué importa? La verdad es verdad aunque no convenga que lo sea. Muy bien. Le felicita y le abraza su affmo. amigo y admirador. — *Jacinto Benavente*".

21 Marzo 1933.

(9) El término homosexualismo deriva del heleno *homos*, semejante, y de *sexual*, esto es, una sexualidad despertada por el propio sexo: data esta designación del 1869, y se debe a un médico alemán que ocultó su apellido tras el seudónimo de Kertberg. Havelock Ellis impugna este vocablo que califica de bárbaro, pero bien meditadas las cosas, abarca en su simplicidad el fondo de la cuestión. Personalmente preferimos la nomenclatura de Karl Heirich Ulrichs que, partiendo de la distinción que hace Platón en el Sympo-

sium, entre la Afrodita vulgar, pandemos y la celeste u ouránico; esta última, según los mitos grandiosos referidos por Hesiodo, en su Teogonía, fué engendrada de los despojos viriles de Ouranos (en griego, firmamento, cielo), mutilado por su hijo Cronos. Esta hija del cielo, del pensamiento inmaterial es llamada urania porque ella contempla las cosas desde lo alto, cabalmente lo que indica la serie de vocablos helenos "orosa tu ona" (vertido a letras latinas). Esta Afrodita era más antigua que la denominada *vulgar*, y mientras que ella connotaba el amor puro, aquella última presidía la generación. En esta distinción filosófica entra el amor urano que, dentro de ascensión dialéctica de Platón, embellecía la inteligencia, desenvolvía las nobles calidades del espíritu, y conducía finalmente hacia la belleza eterna e inmutable.

Goethe atinó singularmente a precisar la aberración que padecen la mayoría de los espíritus heterosexuales con respecto a este amor, cuando se expresó de esta suerte: "Del derecho nacido con nosotros no se habla jamás."

Se legisla la mayoría de las veces en contra de la naturaleza instintiva, congénita de los individuos. Ejemplarización: el suponer que por estar privados de su libertad tantos hombres y mujeres delincuentes, puedan abstenerse de su *vita sexualis*. En la cárcel inhumana de hoy día, un paraíso si la comparamos con la cárcel de hace un siglo, o aun menos, no sólo se castiga al alma sino también al sexo.

Es amando como lo intuía un espíritu encantador, Holderlin, que el mortal produce más bienes.

OPINION DE UN PROFESOR NORTEAMERICANO

(Citado por Haverlock Ellis en su obra "Estudios de Psicología Sexual")
(Vol. III)

Esta opinión presenta el límite extremo a que ha llegado la defensa de la inversión sexual.

"He considerado investigando este problema durante muchos años y desde hace tiempo tengo adquirida la convicción definitiva de que el amor homo-sexual no implica atentado a la naturaleza ni, por consiguiente, a la moral. Este amor, como otras pasiones, tiende, debidamente entendido y regulado, por un sentimiento espiritual a perfeccionar la salud pública y la moral del individuo y de la raza; solamente su perversión brutal es inmoral. He conocido muchas personas más o menos dominadas por esta pasión, y todas ellas me han parecido de elevados pensamientos, rectos en el obrar, refinados y —debo decirlo— hombres de una gran pureza. Teniendo en cuenta lo que todo el mundo sabe, esto es, la vil influencia que ejerce en la sociedad la pasión intersexual tal como ahora existe, hacien-

do a los hombres y a las mujeres sensuales, intelectualmente bajos, falsos, poco escrupulosos y groseramente egoístas, y todo esto en naciones que piadosamente rechazan el amor homosexual, parece un contrasentido moral adornar el primero con atributos divinos y denunciar el segundo como infame y desnaturalizado.

Hay error en la opinión que considera como femenino el amor dirigido al hombre y masculino el amor dedicado a la mujer. Esta opinión implica una petición del problema entero. Es una concesión fatal al prejuicio vulgar y una contradicción de todo cuanto se sabe de las costumbres griegas. La pasión es siempre ciega. Es un furioso y ciego impulso sin cálculo ni comprensión de su objeto, pero dirigido hacia cualquiera que la libido señale como ajustado a su necesidad. No está caracterizado ni diferenciado por su objeto, sino por su propia naturaleza. Su instinto lo dirige hacia cierta forma de acción o de sumisión. Pero la manera de determinarse este instinto es muy accidental. La pasión sexual es excitada o producida por ciertas calidades que la reclaman. Puede ocurrir que existan realmente, o sólo en apariencia esas calidades en un hombre o en una mujer. La influencia dominadora es cierta atracción espiritual que puede residir en alguno de ellos. Las dos direcciones son igualmente naturales para el hombre que no es víctima de la perversión sexual; en la forma anormal del amor, se ha perdido el poder de excitabilidad en cualquiera de las dos direcciones. El amor unisexual es, por lo tanto, la perversión. El hombre normal ama a los dos sexos.

Es cierto que en la sociedad primitiva, toda pasión ha debido de ser por completo, o por lo menos en gran parte, esencialmente animal y el progreso espiritual ha conseguido subrayar ese carácter primitivo.

Pero no hay razón para que este afecto deba extenderse a la extirpación o al intento de extirpar una de las dos formas de la pasión sexual, cultivando exclusivamente la otra. Considero que las razones de esta tendencia fueron dos: 1º reservar toda la energía sexual para el acrecentamiento de la raza; 2º obtener el máximo de placer carnal del ejercicio de la pasión. Es muy dudoso que ninguna de estas razones contribuyan a la exaltación espiritual del amor. Seguramente no será la segunda razón, que es ahora, la influencia motora. Todas las pasiones necesitan constante vigilancia, porque los peores males que infligen a la humanidad resultan de la indisciplinada satisfacción de las mismas. Pero esta consideración se aplica lo mismo al amor intersexual que al homosexual. Creo sinceramente, que la moral griega, respecto a este asunto, era más elevada que la nuestra y más cercana y propia de la naturaleza espiritual del hombre. Creo también que nuestra civilización padece por falta del puro y noble sentimiento que se creía tan necesario al Estado; que debemos pensar y hablar del amor homosexual, no como invertido o anormal, como una especie de daltonismo del sentido genital, como una marca lamentable de inferior desenvolvimiento, o una falta desdichada, como un cuerpo masculino en un alma de mujer, sino más bien como una pasión natural, pura y santa, tan digna de respeto de las personas elevadas, como la honrada devoción del esposo o la esposa o el amor de dos, prometidos apasionados."

BIBLIOGRAFIA REDUCIDA DE OBRAS CITADAS EN ESTA OBRA

- Abaunza (Antonio).—*Psicogenia de los celos.*
 Barnes (D.).—*La educación de la adolescencia.*
 Barrie (Sir James).—*Peter and Wendy.*
 Barrie (J.).—*Peter Pan.*
 Birt (Th.).—*La cultura romana.*
 Bourdon (J. R.).—*Les Perversions sexuelles.*
 Boissier (G.).—*La religión romana.*
 Boissier (G.).—*Promenades archéologiques.*
 Bruyn Andrews (Cyril).—*La educación de la adolescencia.*
 Bryn Andrews (C.).—*Introducción a la educación de la adolescencia.*
 Burckhardt.—*El Renacimiento en Italia.*
 Carpenter (Ed.).—*Iolaus: an anthology of friendship.*
 Carpenter (Ed.).—*The intermediate sex.*
 Croiset (Maurice).—*La civilisation hellénique.*
 Dante.—*Vita Nuova.*
 Disraeli (B.).—*Coningsby.*
 Dugas.—*La amistad antigua, según las costumbres populares y los escritos de los filósofos.* Alcan, 1894.
 Freud (S.).—*Un recuerdo de la infancia de Leonardo da Vinci.*
 Gardner (Ed. G.).—*The story of Florence* (1908).
 Gide (A.).—*Corydon.*
 Gilbert Murray.—*Historia de la literatura griega.*
 Havelock Ellis.—*La inversión sexual.*
 Hernández Catá (A.).—*El ángel de Sodoma.*
 Hesnard (A.).—*Psicología del homosexual.*
 Hirschfeld (M.).—*Der urnische Mensch* (1902).
 Homero.—*La Iliada.*
 Jeuroy (A.) y Puech (A.).—*Histoire de la littérature romaine.*
 Lalo (Charles).—*La beauté et l'instinct sexuel.*
 Marañón (G.).—*Los estados intersexuales en la especie humana.*

- Marañón (G.).—*Nuevas ideas sobre el problema de la intersexualidad y sobre la cronología de los sexos.*
 Machiavelli (Niccolo).—*Historia de Florencia.*
 Mann (T.).—*La muerte en Venecia.*
 Mendousse (P.).—*L'ame de l'adolescent.*
 Messer (August.).—*Historia de la pedagogía.*
 Michelet (J.).—*Ma Jeunesse.*
 Monchenaer.—*Vida de Horacio.*
 Moore (T.).—*Vida de Byron.*
 Nietzsche (F.).—*Humano, demasiado humano.*
 Oliphant Smeaton.—*Shakespeare: His life and work.*
 Petrarca.—*De contemptu mundi.*
 Platón.—*Diálogos.*
 Raffalovich (A.).—*El uranismo y la unisexualidad.*
 Remy de Gourmont.—*La física del amor.*
 Remond (A.) y Voivenel (P.).—*Le génie littéraire.*
 Rousseau (J. J.).—*Las confesiones.*
 Rousseau (J. J.).—*Emilio.*
 San Agustín.—*Las confesiones.*
 Saint Marc Girardin.—*Cours de litterature dramatique.*
 Schwob (C.).—*Yo, Judío.*
 Seignobos.—*Historia de Roma.*
 Shelley.—*Ensayo fragmentario sobre la amistad.*
 Spiess (Camille).—*Le sexe androgyne ou divin.*
 Spranger (Ed.).—*Psicología de la edad juvenil.*
 St. Beuve.—*Estudio sobre Virgilio.*
 Stekel.—*Sueños de los poetas.*
 Strathmore (David).—*Recuerdos de la infancia.*
 Suetonio.—*Los doce césares.*
 Symonds (J. A.).—*El Renacimiento en Italia.*
 Taine (H.).—*La literatura inglesa.*
 The University Society. New York MCMI.—*The complete works of Shakespeare.*
 Thirwall.—*Historia de Grecia.*
 Virgilio.—*La Eneida; la Egloga II.*
 Wackensaer (Dr.).—*Vida de Horacio.*

Novelas que describen la amistad entre adolescentes —

- Romain Rolland.—*Juan Cristóbal*, libros: *El Alba y Los Vecinos.*
 Tomás Mann.—*La muerte en Venecia; Tristán.*
 Sir Edgar Dixon: *Por los caminos de Sodoma*; novelación esmeradamente escrita, cuyos análisis psicológicos del sentir

urano son agudos. Adolece este libro, poesía y cruda verdad, del defecto de describir actos que más acertadamente se sugieren que se pintan tal cuales son. Es superior al artificioso libro de Hernández Cata, aunque éste no incurre en las pinturas materiales que deslucen una obra que, a haber sido escrita con el subjetivismo de un Flaubert o de los hermanos Goncourt, como en "Les Frères Zingano", sería un documento humano de primera agua.

Octave Mirbeau.—*Sebastián Roch*.

Henry-Marx.—*Ryls, un amour hors la loi*.

Rachilde.—*Les Hors-natures*.

Jeanne de la Vaudrière.—*L'amante du Pharaon*.

André Gide.—*Si le grain ne meurt*: últimos capítulos.

André Gide.—*Les Nourritures terrestres*.

Hans von Hülsen.—*Den alten Gottern zu: ein Platen-roman*.

Pierre Loti.—*Le roman d'un enfant*.

Cf. Ferri-Pisani.—*Les pervertis, roman d'un potache*.

El sentir urano en la mujer —

Pierre Louÿs.—*Les chansons de Bilitis*.

Radlyffe Hall.—*The Well of loneliness*: tanto las exquisitas poesías del autor de "Aphrodita" como los análisis de una extraordinaria precisión y agudeza de la señorita R. Hall, ponen sutilmente al desnudo el alma de la joven que nace con el instinto erótico hacia su propio sexo.

Novelas ibero-americanas que con una delicadeza apenas insinuada, y lo más conforme a la psicología de este sentimiento; describen la evolución de un niño hacia la pubertad y la adolescencia. "Sordello Andrea": sus ideas y sentires; capítulo XXII *Priceps juvenis*; *idola amicitiae*.

Marcos, *amador de la belleza*.

El poder profundísimo de la amistad sobre el individuo es descripto muy demoradamente en estas vidas noveladas del autor de "Alexis".

Otras obras de diversa índole artística o científica.

Sar Peladan.—*L'Androgyne*.

Camille Spiess.—*Le sexe androgyne ou divin*.

Louis Esteve.—*L'enigme de l'androgyne*.

Platón.—*Le Banquet ou de l'amour* (traduit par Mario Meunier.)

- Platón.—*The Symposium of Plato*, translated by B. Jewett.
Lázaro Sirlin.—*Homosexualismo y amor platónico*.
Lázaro Sirlin.—*Sexualidad y Sensualismo*.
Otto Weininger.—*Sesso e carattere*. Torino, 1912.
Dr. A. Hesnard.—*L'Individu et le sexe*. (Psychologie du Narcisisme.)
Dr. Leopoldo-Levi.—*Le tempérament et ses troubles. Les glandes endocrines*.
Le Censo.—*Clericalis Disciplina*.
Ennis Richmond: *Through boyhood to manhood*.
Pierre Loti.—*Le roman d'un enfant*.
Ernest Dupuy.—*La jeunesse des romantiques*.
Dr. M. de Fleury.—*Nos enfants au collège*.
Paul Gaultier.—*L' Adolescent*.
Francois Porche.—*L'amour qui n'ose pas dire son nom*.
Jean Sarment.—*Le pecheur d'ombres; Les plus beaux yeux da monde; La couronne de castor, etc.* De este simpático dramaturgo ha dicho el más autorizado de los críticos dramáticos de Buenos Aires, D. Octavio Ramírez, que es el dramaturgo de la adolescencia.

GLOSARIO CEÑIDO DE TERMINOS RELATIVOS A LA LIBIDO URANO

AMICITIAE VINCULO, del latín, vínculo amistoso.

ADOLESCENTE (del latín, adolescens, adolescentem) si hemos de expresarnos fisiológicamente, se es adolescente mientras se crece, adolescit, en tanto se organiza definitivamente el organismo y la personalidad humanos. El adolescente es un hombre en esbozo.

ADOLESCENCIA, período de la vida que se manifiesta desde que hace su aparición la función genésica hasta el cabal desenvolvimiento del cuerpo.

ADOLESCENTARIO, adj. que está próximo a la adolescencia, algo característico de ese tramo.

BISEXUALIDAD, del latín, bis, dos, sexus, sexo, si bien se aplica a la organización de las flores que tienen a la vez estambres y pistilos, se extiende el término a la humanidad, estado de un ser que ya por su conformación anatómica o ya por su psiquismo, vacila entre los dos sexos.

Existe un hermafroditismo primitivo; varón o hembra algunos pertenecen enteramente a un solo sexo. El embrión humano cuyo desenvolvimiento resume la evolución de la especie, es fisiológicamente hablando, hermafrodita hasta el segundo mes de su existencia intra-uterina. La radiografía del testículo del que adolece de inversión profunda, señala la coexistencia de una glándula normal y de una glándula femenina, debilitada o atrofiada. Freud admite la bisexualidad primitiva de cada individuo.

COMPLEJO, del latín complexus, p. p. del verbo complecti, enlazar. En sexuología significaría la resultante de varios fenómenos que se resuelven en un estado determinado.

DAIMON, vocablo heleno con el cual se llama la influencia divina personificada, y no un agente maligno como hoy se entiende. De ahí deriva demonio. Podría acaso asimilarse el término a un ángel custodio mitológico.

DIFERENCIA entre los vocablos: lo sexual, lo erótico y lo genital:

lo sexual abarca mayor connotación que lo erótico en lo atinente a la diferenciación de los sexos;

lo erótico sería el carácter de la voluptuosidad "sui-generis" que se produce cuando está interesada la función sexual física;

lo genital fuera lo erótico en relación con el funcionamiento de los órganos de la generación.

EROTISMO, del heleno: eros, erotos, amor, significaría la extrema intensidad del amor físico. Existen localizadas en diversas partes del cuerpo humano, fuera de los órganos específicos de la reproducción, zonas erógenas, esto es, donde se puede experimentar la voluptuosidad. Ello es muy importante, porque atañe a las perversiones.

DIALOGOS DE PLATON: el diálogo tal cómo lo empleó el filósofo de la Academia, es un género literario, de índole filosófica, docente, en el cual varios intelectuales o que quieren llegar a serlo, discurren acerca de un tema, propuesto por uno de los participantes.

EROTICUS significa en heleno: un tratado acerca del amor; vocablo derivado de erotikos, de eros, amor.

EROS HOMOSEXUAL O URANO, quiere decir el principio instintivo afectivo que preside a la realización de esta clase de conjunción de seres de un mismo sexo.

EROS es la divinidad creadora del amor, el espíritu divino que atrae a los sexos. Es un elemento primitivo del mundo, dios invencible, que según la teogonia helena, tomó parte activísima en la organización del planeta. Relativamente tarde, en la evolución de su definición, Eros se torna la personificación del sentir amoroso.

GLANDDULAS ENDOCRINAS, del heleno, dentro y segregan, son órganos glandulares que se abren sobre el trayecto de la circulación de la sangre. El torrente vital es enriquecido por los órganos que irriga. Las principales glándulas de secreción interna son: la tiroides, la paratiroides, las cápsulas suprarrenales y la hipófisis.

ENDOCRINOLOGÍA, parte de la ciencia médica que trata de las glándulas mentadas.

GHAZAL O GHASEL, oda persa en la cual se celebraba ya el amor, ya el vino, ya las flores, ya otros aspectos de la naturaleza. Aunque estos sentires estaban a veces muy crudamente expresados, eran en realidad alegorías de cosas trascendentes, espirituales.

HABITAT, del latín habitare, vivir, morar. Se emplea en

las ciencias naturales para designar la comarca donde una especie puede desenvolverse a gusto, cabalmente.

HERMAFRODITISMO es el estado resultante de los estados intersexuales en los que coexisten ambos tejidos germinales en una misma gónada (ovario-testes) con intersexualidad del resto de los caracteres sexuales: órganos reproductores, caracteres secundarios, etc.; ver G. Marañón, cap. VIII, "Los estados intersexuales en la especie humana".

HERMAFRODITA, individuo que adolece ya de una anomalía o vicio de conformación anatómica, ya de un psiquismo propio a ambos sexos. El vocablo *andrógino* con el cual aquél pudiera confundirse, es una cosa muy distinta, si hemos de atenernos a los distingos de Platón, y los modernos Nietzsche, C. Spiess, L. Esteve. El andrógino presenta un cuerpo perfecto, mas cuya sexualidad no habiéndose definido aún, está dotado de los dos sexos o maneras de sentir el amor, psicológicamente hablando. Pasada la adolescencia, en la Hélade se entraba a la juventud y a la madurez sexual, esto es, al heterosexualismo. Esta explicación es fundamental para comprender a la antigüedad y al presente.

HOMOSEXUALIDAD: esta tendencia que es observada acaso en el 5 % de la humanidad, consiste "grosso modo", en una atracción hacia el propio sexo. Es sin duda una supervivencia en el adulto, hombre o mujer, de la bisexualidad inicial y honda del ser humano. Se dá tanto en individuos dementes, criminales como en perfectamente normales en todos los otros órdenes del pensamiento y del instinto. Los intersexuales normales dentro de su anormalidad, constituyen la mayoría.

HOMOSEXUALIZANTE, adj. que tiende al homosexualismo.

HOMOSEXUALISMO, n. abstracto, estado del homosexual.

HOMOSEXUAL O GYNANDRO, este último vocablo se compone de *gyné*, mujer, y *andrós*, varón, del heleno; se titula así al individuo cuyo psiquismo está afectado de una anomalía del impulso sexual. Es bastante raro que el homosexual presente alguna mal conformación corporal o padezca de la insuficiencia de los caracteres secundarios o terciarios. El homosexual de tipo corriente, es un sujeto normalmente constituido y que no padece de ninguna desviación de su esfera sexual. Como lo indicaría el precioso término urano, sería el resulta-

do de una manera de pensar, algo más anímico, psíquico que constitucional.

HETEROSEXUAL, adj. del heleno heterós, otro y sexual de sexus: representaría la calidad del individuo cuya libido lo arrastra al sexo opuesto.

Según Platón hay cuatro sexualidades: la del hombre cabal o el andrógino, capaz de experimentar las sensaciones de los dos sexos; es el bisexual; el macho, heterosexual, limitado a satisfacerse con la hembra tan solo, y finalmente, la mujer, conformada a la unisexualidad. A estas tres categorías, vendría a sumarse una cuarta sexualidad, la inversión sexual u homosexualidad.

LA LIBIDO, del latín libido, libidinem, fuerza instintiva de un poder casi ciego, que conduce al individuo a satisfacer su urgencia sexual.

OURANOS, en heleno, cielo, firmamento. Así se nombraba a la más antigua de las divinidades helenas después del Destino, hijo éste último del caos.

PUBERISMO, pubertad o pubescencia: estado del individuo cuando empieza a revelarse la función genésica.

PUBERAL, adj., perteneciente al púber.

PANDEMOS, del heleno, pan, todo, y demos, pueblo, esto es: popular, común.

PERVERSION: calidad atribuída a actos sexuales cuya finalidad es puramente el goce de la voluptuosidad, sin el propósito de la reproducción.

Algunos tratadistas distinguen lo siguiente:

Inversión perversidad o seudo-inversión: una anomalía adquirida.

Inversión Perversión, anomalía de carácter congénito, esto es, una anomalía normal.

SUBLIMACION: se discierne con este vocablo la transformación que sufren ciertas actividades groseras de los instintos para convertirse en actividades llenas de alta emotividad. Ejemplarización: Los dirigentes éticos y religiosos, y en general, en los individuos dotados de un poderoso instinto moral, existe una tendencia hacia las formas superiores del sentir homosexual. Havelock Ellis (L'Inversion sexuelle).

SYMPOSIUM, del heleno sun, junto, acción de beber y regalarse varias personas mientras platican elevadamente. Festín, la segunda parte de los banquetes, en Atenas, la sobremesa que hoy diríamos.

TEMPERAMENTO, manera de conducirse un individuo dada su constitución fisiológica y psíquica. Comprende dos aspectos:

I La constitución física.

II. La reacción del sujeto: A. en el dominio psíquico y nervioso; B. en el dominio de la nutrición.

Tanto el temperamento llamado normal como el anormal, es la consecuencia del buen o mal funcionamiento de las todo-poderosas glándulas endocrinas.

El temperamento homosexual o urano, es aquél que resulta de la constitución peculiar endocrínica del sujeto.

URANIDAD, nombre abstracto, creación idiomática del autor de "Alexis", denota las calidades del urano, hecho abstracción de todos los demás factores.

URANIZAR, v. a.: convertir al sentir urano, hacerlo simpático, producir en una persona del mismo sexo la emoción unisexual. Creación idiomática del autor de "Alexis".

URANIZANTE, ad., derivado del verbo anterior: que se avvicina a este sentir sin confundirse con él enteramente.

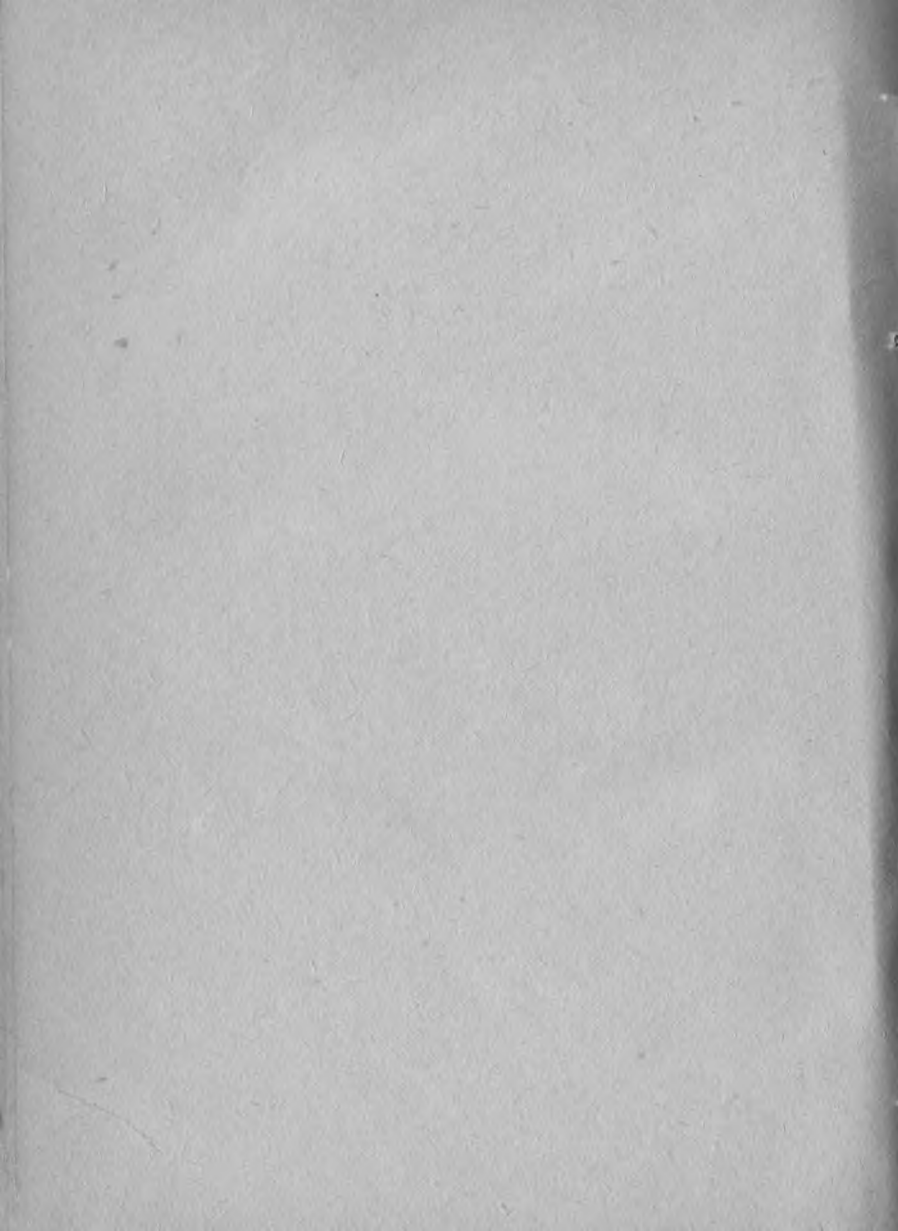
URANO

URANIANO

URANISTICO

} adjetivos que designan lo mismo, esto es, perteneciente al uranismo.

URANISMO, vocablo que procede de la palabra helena "ouranos" con que se designaba al dios del firmamento, y asimismo de ese término, alemanizado por Karl Ulrichs (1865) y con el que se define el amor homosexual. Esta designación es más fina que homosexualismo u homogenismo, porque supone un afecto que puede desbastarse y llevar a una sabia dirección de la vida. Considerar a este respecto, la dialéctica de Platón: en el Banquete.



INDICE ONOMASTICO

A

Adán	Arechelaüs
Abaunza (A.)	Alberti (L. B.)
Albani (Cardenal)	Aspasia
Alexis	Ambrogini (Angelo de Mon-
Agustín (San)	tepulciano)
Alfieri	Alejandro IV.
Anacreonte	Antinoo
Alejandro el Magno	Agésilas
Andersen (Hans)	Archidamus
Ariosto	Aristodemus
Aquiles	Autolycus
Adonis	Althis
Aphrodita	Anactoria
Alcibíades	Ana Estuardo, reina de Ingla-
Aristófanes	terra.
Agatón	Alberti (R.)
Anaxágoras	Augusto

B

Barrie (Sir Ja.)	Boccaccio
Beaumont.	Bernardo (San)
Bruyn Andrews (C.)	Bronzino (Angiolo)
Butler (Lady)	Beccadelli
Bossuet	Baeder
Beatriz (Portinari)	Bodenstedt
Berchmans (S. J.)	Barnfield (R.)
Beauharnais (Josephine Tas-	Benavente (Jacinto)
cer de la Pragerie de)	Balzac (Honoré de)
Baco	Binet Valmer
Bandello	Baber (el Sultán)

C

Carpenter (Ed.)	Cyniroé
Cátulo	Carmides
Corydón	Carlos VII, de Francia
Cupido	Cleomymus
Cómodo	Cleomenes III, de Esparta
Cicerón	Calias
Cirón	Calígula
Claudél (Paul)	Clarence (Duque Alberto de)
Casson (J.)	Cellini (Benvenuto)
Carlomagno	Croisset (Francois de)
Corneille	Carco
Carducci (G.)	Chumillas (V.)
Cervantes (m. de S.)	Charles (Ernest)
Cecil (Lord)	

D

David	Diadumenos
Du Deffand (Mme.)	Duquesnoy (J.)
Daniel (S.)	Daumer
Davies (J.)	Douglas (Lord Alfred)
Dionisio, el Areopágita	Dahli (S.)
Diana	De Fersen
Damon	

E

Enrique II, de Francia, Enrique III.	Enrique, príncipe de Prusia
Enrique IV, de Francia	Euryalus
Enrique IV, de Castilla	Eutychos
Enrique VIII, de Inglaterra	Elpenor
Essex (conde de)	Eusebio
Eugenio IV	Eryximachus

F

Francisco, San (de Asís)	Fidentius
Fenelón (Francois de Salignac de la Mothe)	Freud (S.)
Ficino (Marsilio)	Fitz-Gerald (Ed.)
Fronto (Cornelius)	Federico II, el Grande, rey de Prusia

Franck (W.)
 Fernando de Styria
 Fedro
 Fidias

Fletcher
 Felipe de Habsburgo, II de
 España
 Ferri-Pisani

G

García Lorca (F.)
 Gautier (T.)
 Godoy (L.)
 Gouchon Cané (E.)
 González Tuñón (R.)
 Giese (F.)
 Golbeck
 Guillermo II, de Inglaterra
 Guillermo III, de Inglaterra

Ganymedes
 Gyrinna
 Guicciardini (F.)
 Gerson (J. Chartier, llamdos)
 Gladstone (W. E.)
 Goethe (W.)
 Gide (A.)
 Gourmont (Remy de)
 Grillparser.

H

Hadriano
 Hentyg (Hans von
 Harmodio
 Hugo (Victor)
 Homero
 Hamlet
 Hércules
 Heráclito
 Hylas

Hyerónimus, el Peripatético
 Hossli
 Hölderli (J. C. F.)
 Hirschfeld (Magnus)
 Herder (von)
 Haldane (Ch.)
 Hallam (Arthur)
 Hernández Catá
 Hermant (Aber)

I

Isabel Tudor, reina de Ingla-
 tera
 Isabel Vernon
 Inocencio VII

Isabel, la Católica, de Castilla
 Ignotus
 Iolaus

J

Joyce (F.)

Jiménez de Asúa (Luis)

K

Kierkegaard
 Kostka (S. E. de)

Keats

L

Leigh Hunt
 Lalo (Ch.)
 Luis XIV, de Francia
 Luis XV, de Francia
 Luis II, de Baviera
 Lawrence (D. H.)
 Lamartine
 Landini (Cristóforo)

La Boétie (Etienne)
 Layerborg (Rolf)
 Lyon Raile (Arthur)
 Louys (Pierre)
 Lorrain (Jean)
 Loti (Pierre)
 Lang
 Lear (rey)

M

Moreas (J.)
 Michelet (Jules)
 Miguel Angel
 Mann (Tomás)
 Mendousse (Pierre)
 Montaigne (Michel de)
 Moliere
 Marlow
 Marañón (G.)
 Morata (Javier)
 Mecenas
 Menalco
 Maurras (Ch.)
 Morfeo
 Máximo (de Tyro)

Mahomet II, sultán de Turquía
 Macchiavello
 Minerva
 Marco Aurelio
 Memnon
 Meleagro
 Mochnius
 Muret
 Moritz (K. P.)
 Micels (Roberto)
 Martínez Sierra (G.)
 Mauclair (C.)
 Marx (Henry)
 Myrrha
 Massey (Gerald)

N

Nisus
 Nietzsche
 Newman (E.) Cardenal.

Nerva
 Nobel (A. B.)
 Núñez Regueiro (M.)

O

Orestes

Ovidio

P

Poinsot (J.)
 Platón
 Petronio

Plutarco
 Pigott (miss)
 Pylades

Píndaro	Platzko
Parménides	Panaít Istrati
Proust (Marcel)	Pausanias
Portogallo (Cardenal de)	Patroclo
Pablo, Apóstol	Pirethous
Pío II, papa	Poros
Petrarca	Penia
Paleólogo (Juan), emperador de Oriente	Platen (Conde de. Hallermünde)
Prodicus	Pleyade (La)
Priápo, emblema de la fecundidad de la naturaleza	Pío IX, papa
Pico della Mirandola (G.)	Pulci (Luigi)
Phalaris, tirano de Agrigento	Pantarkes
Philolaus	Plinio, el Mozo
Pythias	Porches (F.)
Pablo II, papa	Ponson Li (Miss)
Pittaluga (G.)	Ponsauby (Miss)

R

Rosselino (Ant.)	Racine
Rostand (M.)	Ramos Mejía (C.)
Rubens	Rockfeller
Radcliffe Hall	Ronsard
Rolland (Romain)	Rumí
Robespierre (M.)	Rümer
Raffalovich (André)	Roig de Leushenring
Rousseau (J. J.)	Rückert
Rimbaud (Arthur)	

S

Suleyman, el Magnífico, sultán de Turquía	Scaliger
Strathmore (D.)	Saboya de (Eugenio)
Schiller (F.)	Sales (S. Francesco de)
Shakespeare (W.)	Scot Erigenes
Savy de Valella (Ant.)	Saldaña (Quintiliano)
Schelling	Sirlin (Lázaro)
Sófocles	Shopenhauer
Sócrates	Symonds (J. A.)
Sybila de Cimes	Sindley (Place)
	Sixto IV, papa

Sappho
Schwolb (R.)
Scipión
Saadi
Sidney (Sir Philip)

Savonarola (G.)
Solón
Seroir
Schegel (F.)
Sparciano

T

Tomás (de Aquino Sto.)
Tryphon
Teresa (de Jesús)
Temyson (Lord A.)
Teócrito

Tiberio
Theseus
Thiwall (obispo)
Tasso
Trajano

U

Ulrichs (K. H.)
Ulises

Udall (N.)

V

Venus
Venus Cytherea
Vauvenargues (Marqués de)
Verlaine (Paúl)
Varius

Voltaire
Von Herder
Vinci (Da L.)
Vivero (Aug.)

X

Xantipa

Xenares

W

Willy
Witman (W.)
Wriothsley (H.) 3er. conde
de Southampton

Westphal
Wenniger (Otto)
Wilde (Oscar)

Z

Ziehen (T.)

INDICE DE MATERIAS



	Págs.
Otras obras del autor	4
En defensa de mis libros: "Alexis" o "El significado del Temperamento homosexual" y "El Homosexualismo Creador o La Amistad romancesca a lo largo de las Edades"	5
La Teoría expuesta en "Alexis" y complementada en "El Homosexualismo Creador"	9
Por qué lleva este libro el título de "Alexis"	11
El Drama de los Opuestos: <i>Dramatis Personae</i>	13
Acto primero y único	14
Arte y moralidad: ensayo breve acerca de si el arte tiene en sí mismo su razón de ser o debe de servir de medio para vestir ideas preconcebidas de política o de moral	32

Segunda Edición de "ALEXIS o EL SIGNIFICADO DEL TEMPERAMENTO HOMOSEXUAL"

A manera de breves prólogos de "Alexis"	37
"Alexis", prólogo a la 1ª edición de este libro	43

PRIMERA PARTE

Capítulo I.—El problema psicológico del uranismo humano y el planteamiento de su posible génesis	49
Capítulo II.—Las amistades escolares: su contenido emocional de gran perduración en el tiempo. Numerosos ejemplos históricos	53

SEGUNDA PARTE

Capítulo III.—Virgilio o el poeta	69
Capítulo IV.—Guillermo Shakespeare: el Dramaturgo	78
Cuadro sinóptico de los sonetos	98

Capítulo V.—Platón o el Filósofo. En el cual se da noticia de la opinión que se formó un ilustre prelado de la amistad en Grecia, y se prosigue la disertación, describiendo el banquete ofrecido por Agaton a sus amigos y lo que en él se trató: del amor sutil como virtud y atavío del alma	103
Capítulo VI.—En el cual se cuenta de lo mucho que a Platón amó y siguió San Agustín; de cómo asimilaron las doctrinas de "El Divino", el Dante y El Petrarca	116
Capítulo VII.—Cómo alcanzó Florencia a ser la ciudad desde donde irradió la filosofía platónica y donde fué amado su autor, tanto del príncipe como del más humilde escolar	120
Capítulo VIII.—Hadriano o el Estadista. — En el cual se retrata a ese reflexivo estadista en sus aciertos y en sus flaquezas, las cuales, aun tratándose de la vida de los seres más afortunados, no se dan los unos sin los otros	127
Capítulo IX.—Donde se enumera someramente los hombres uranos más destacados, la carrera que siguieron o el cargo que ocuparon, así como también las producciones literarias, filosóficas o científicas sobre este tema	136
El arte y las letras de índole urano durante el Renacimiento	138
Las letras alemanas y el "Urnische Mensch" o el "Urning"	139
Lo masculino en la amistad, tal como se revela en las letras inglesas	142
El sentimiento urano en España y en las Españas de ultramar	144
El sentimiento urano en la Francia del siglo pasado y en la etapa de la post-guerra	147
Epílogo	148
Notas	151
Opinión de un profesor norteamericano	153
Bibliografía reducida de obras citadas en este libro	155
Glosario ceñido de términos relativos a la libido urano	159
Índice onomástico	165

BIBLIOTECA CIENTIFICA

OBRAS PUBLICADAS EN EXISTENCIA

Vol.	SEGUNDA SERIE	Precio
1.	—Fisiología de la vida sexual en el hombre y la mujer, por el Dr. Otto Schwartz	0.30
2.	—Higiene sexual del soltero y la soltera, por el Dr. T. R. de Calmette, y La Virginidad estancada, por Hope Clare ...	0.20
3.	—Ética sexual, por el Dr. Augusto Forel.—Higiene del matrimonio, por el Dr. Rosch	0.20
8.	—Secretos del matrimonio, por el Dr. G. Mac Hardy	0.50
9.	—La Lujuria Humana, por el Dr. Luis M. de Aguirre	0.20
11.	—La Prostitución Clandestina, por el Dr. F. de R. Climent .	0.20
12.	—La sífilis, por los Dres. Nabel, Fournier, Bloch y Peacan .	0.20
13.	—La libertad sexual de los adolescentes, por Juan A. Senillosa	0.20
14.	—El Apetito Sexual, por el Dr. Augusto Forel. — Cómo nace el amor, por José Ingenieros	0.20
17.	—A la conquista de la vida, por el Dr. Voronoff	0.30
18.	—La higiene en la vida sexual, por el Dr. Max von Gruber .	0.30
20.	—El arte de tener hijos, por el Dr. L. Sociac	0.30
21.	—El tratamiento de la sífilis, por el Dr. Peyri	0.30
25.	—Las curas prodigiosas del Dr. Asuero, por Jerónimo Martínez	0.40
28.	—Amor, Conveniencia y Eugenesia, por G. Marañón	0.30
29.	—El arte de conservar el amor en el matrimonio, por el Dr. Jaff	0.40
30.	—Historia natural del hombre, por el Dr. Otto Schwartz ...	0.30
31.	—La tragedia Biológica y Social de la mujer, por el prof. A. W. Nemilow	0.30
32.	—La inquietud sexual, por el Dr. Pierre Vachet	0.40
33.	—Higiene sexual del soltero, por el Dr. Ciro Bayo	0.20
34.	—La perfección sexual en el matrimonio, por el Dr. Herbert Leitd	0.30
35.	—El Amor sin peligros, por el Dr. W. Wastroche	0.40

ESTAS OBRAS SE VENDEN EN TODOS LOS FIOSCOS

Los volúmenes 4, 5, 6, 7, 14, 15, 19, 22, 23, 24 y 26 están reimprimiéndose.

Pedidos a:

EDITORIAL CLARIDAD

SAN JOSE 1641

Casilla de Correo 736 - Buenos Aires



